



V I D A S M E X I C A N A S

PABLO HERRERA CARRILLO

FR. JUNIPERO SERRA
CIVILIZADOR DE LAS CALIFORNIAS

Fr. Junipero Serra

F
864
.S5
H47
1943

EDICIONES NOCHITI

MEXICO

1943



PABLO HERRERA CARRILLO

Le nació a Mallorca un hombre, luego universalmente conocido, que hablaba de dos armas para la conquista de infieles: la "España de las Dulces Palabras Persuasivas" y la "España del Hierro Riguroso". Le nació a este hombre — también en Mallorca — un aprendiz que, de las dos espadas, repudió la segunda y blandió siempre, graciosamente, la primera. Se llamaba el maestro, Raimundo Lulio. Se llamaba el aprendiz, Fray Junípero Serra. Con gran agudeza y exactitud, ha narrado Pablo Herrera Carrillo — para las EDICIONES XOCHILT — la vida de este discípulo del Pobrecito de Asís. Es por ello este libro, **FRAY JUNIPERO SERRA, CIVILIZADOR DE LAS CALIFORNIAS**, uno de los más originales de la colección. Escrito "con agudeza y exactitud" — decimos —: dos valores a los que podríamos añadir los de hondura y plasticidad. Porque el autor supo dibujar frases tan expresivas como ésta: "Junípero llegó a Veracruz con las naves quemadas". O esta otra: "Si Hernán Cortés es la tempestad, Junípero Serra es el allegretto de nuestra sexta sinfonía". Todo el libro es de una sorprendente agilidad, sobre todo cuando en él se apela a imágenes tomadas de la música. Si Pablo Herrera Carrillo es un excelente investigador de yertos documentos, también lo es de ocultas — y vivas — riquezas metafóricas del idioma.

●

FRAY JUNIPERO SERRA



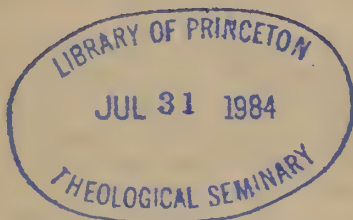
V I D A S M E X I C A N A S

8

FR. JUNIPERO SERRA
CIVILIZADOR DE LAS CALIFORNIAS

por

PABLO HERRERA CARRILLO



EDICIONES XOCHITL
MEXICO
1943



ES PROPIEDAD

Copyright by:
EDICIONES XOCHITL

México, 1943

Portada de
JULIO PRIETO

IMPRESO EN MEXICO
PRINTED IN MEXICO

A MANERA DE PROLOGO

CRISTOBAL COLON volvió a España de su tercer viaje al Nuevo Continente con la sospecha de haber andado muy cerca del Paraíso Terrenal y con el convencimiento de que había descubierto—son palabras suyas—el pezón de la teta del mundo, aquella parte de la Tierra “más alta y propíncua al cielo”.

Años después, con mayor fortuna que el Gran Almirante, el judío Antonio de León Pinelø iba a localizar definitivamente en América el Edén Perdido; pero adelantándose al autor de la “Historia Natural y Peregrina de las Indias Occidentales”, Fray Bartolomé de las Casas se apresuró a poblar las tierras recién halladas con “universas e infinitas gentes”, las más simples, sin maldades ni dobleces, obedientísimas, fidelísimas, humildes, pacientes, quietas, sin rencillas ni bullicios, nada rijosas ni querellosas, sin rencores y sin odios...

El Hombre de Las Casas no es precisamente el Hombre anterior a la Caída, pero resulta mejor que el

Hombre anterior al Contrato Social que siglos después inventará Juan Jacobo Rousseau.

Y con la leyenda del hombre americano naturalmente bueno, con la leyenda del Salvaje Feliz, surge también la Leyenda Negra contra la acción española en América.

Según estas leyendas, la Edad de Oro precolombina fué brutalmente destruida por la codicia de España; porque para los que se obstinan en suponer la existencia de una idílica ecuación de hombre y naturaleza en la América virgen, la conquista ibérica se desató sobre la dulzura geórgica del Nuevo Mundo de igual manera como se desata la tempestad sobre el júbilo campesino en la Sexta Sinfonía de Beethoven.

No hubo paraísos en este Continente ni antes ni después de su descubrimiento. No encontramos la vida paradisíaca ni entre los indios de organización social avanzada, ni entre los indios que vivían en estado de naturaleza.

No entre los primeros, porque ni siquiera en el comunismo de los Incas llega a desaparecer la explotación del hombre por el hombre; ni entre los segundos, porque cuando la conjunción de hombre y Naturaleza es más íntima, no es el hombre de Las Casas el que se encuentra, sino el hombre de Baegert.

A las "universas e infinitas gentes" de Las Casas, naturalmente buenas, puede oponerse la gente de que nos habla el misionero jesuíta Juan Jacobo Baegert en sus "Noticias de la Península Americana de California", "desonhista, desprevenida, irreflexiva e irresponsable; gente que para nada puede dominarse y que en todo sigue sus instintos naturales, igual a las bestias".

El descubrimiento del Nuevo Mundo dió margen a que se escribieran, en el terreno de la fábula, obras como "Utopía" de Tomás Moro y "La Ciudad del Sol"

por Tomás Campanella, concepciones demasiado artificiales y geométricas, sobre todo la citada en segundo término, para que se tomaran en serio en la realidad de la organización y colonización de América.

Se ha pretendido presentarnos a Don Vasco de Quiroga como empeñado en construir en Michoacán la Ciudad de Amaurota de Tomás Moro.

Pero ¿cómo podían ser utopistas, como podían soñar en paraísos sobre la tierra aquellos hombres como Don Vasco y su mismo pretendido maestro Tomás Moro, en cuyos oídos resonaban constantemente las palabras de San Pablo:

—“Sabedores somos, mientras llevamos auestas la pesadumbre del cuerpo, que somos peregrinos del Señor”. “No tenemos aquí abajo ciudad permanente, sino que vamos en pos de la Ciudad Futura”

Pero aquellos hombres como Don Vasco (prácticos a pesar de sus grandes ideales o, mejor dicho, prácticos precisamente por sus altos ideales que los ponían a cubierto de locuras utópicas), sí llegaron a considerar la posibilidad en la América recién hallada de una nueva organización social, lejos de las inveteradas costumbres y vicios arraigados del Viejo Mundo.

No era América, como pretendía Pinelo, el “Continens Paradisi”, el Continente del Paraíso Terrenal, ni la Tierra de la Nueva Promesa; pero sí se prestaba, en ciertos lugares y por cierto estado de inocencia en que se encontraban algunos indígenas, para ensayar una nueva cristiandad. Así surgieron, aquí y allá, esos milagros de organización social que hoy nos parecen fantásticos, como los de Fray Bartolomé de las Casas en la Vera Paz, de Don Vasco de Quiroga en torno del Lago de Pátzcuaro, de las Misiones Jesuíticas en los ríos del Paraguay, y de las Misiones

Franciscanas en los valles ubérrimos de la Alta California.

En México casi nada sabemos del milagro franciscano en la Alta California, no obstante que en los Estados Unidos se han escrito obras que ya pueden considerarse como clásicas, tales como la "California Pastoral" de Bancroft y ese admirable libro de mujer que se llama "Spanish Arcadia" de Nellie Van de Grift.

El desconocimiento para nosotros de la obra franciscana en Alta California tiene su explicación. Nuestra Historia Oficial sólo es un cronicón militar que al registrar nuestras derrotas durante la guerra con los Estados Unidos, nos entera cómo perdimos Texas, Nuevo México, Arizona y Alta California, pero no nos revela cómo se unieron un día a nuestro solar patrio tan dilatados territorios.

De las conquistas llevadas a cabo en nuestro país únicamente sabemos de las que se realizaron a fuego y sangre; pero nada conocemos o casi nada de las que se consumaron sin violencias, sin estruendos guerreros, por los caminos de la gracia...

La Conquista de México no termina con la conquista de Anáhuac; la conquista de nuevos territorios se opera a través de toda la época colonial y sólo termina, en vísperas de nuestra independencia de España, con la conquista pacífica de la Alta California; conquista sin sangre y sin lágrimas, pero que no es, sin embargo, más que una continuación de la conquista iniciada por Hernán Cortés.

Pues aun asentando la tesis de los negadores de España, de que la Conquista de Hernán Cortes se desató sobre nuestro país como la tempestad en la Sinfonía Pastoral de Beethoven, hay que convenir que, así

como en la tempestad de aquella sinfonía los violines y los oboes van "llevando poco a poco la calma al ambiente sacudido", en la tempestad desencadenada sobre el Anáhuac están ya contenidos los elementos que, purificados, y andando el tiempo, realizarán la conquista incruenta de la Alta California.

Si Hernán Cortés es la tempestad, Junípero Serra es el "allegretto" de nuestra Sexta Sinfonía.

P. H. C.

MAS que una tempestad, la era del descubrimiento y conquista de América parece, por momentos, un estallido, una explosión; una tremenda explosión de los imponderables de que se había ido cargando la Península Ibérica (España y Portugal), durante centurias y aun durante milenios.

El Barón de Humbolt nos habla de grandes tesoros vegetales, “acumulados allí por el movimiento constante de los pueblos hacia el Occidente bajo la influencia de una civilización en progreso”, pero para ser exactos, tendríamos que hablar también de otras muchas inmigraciones de muy diversa índole, operadas con rumbo a España como centro magnético del mundo, como por ejemplo, la de las cifras de la matemática indue, llevadas allá por

los árabes. En general puede decirse que en vísperas del primer viaje de Cristóbal Colón, la Península Ibérica era una arca en que todas las grandes culturas y civilizaciones de Europa, de Africa y del Asia tenían depositada una herencia para el Nuevo Mundo, formada con aportaciones de los celtíberos, de los fenicios, de los griegos, de los romanos, de los judíos, de los visigodos y de los sarracenos... Aunque el Cristianismo estaba allí detenido, representado, en espera del momento propicio para continuar su marcha triunfal siguiendo la ruta del sol.

Pero no sólo se habían amontonado y acumulado en España los ideales y las aspiraciones y virtudes más puras de la Antigüedad, del Medioevo y del Renacimiento, también esperaban las grandes concupiscencias, el "Surge et ambula!" del descubrimiento, para lanzarse al asalto de las nuevas tierras.

Esta mezcla extraña y complicada hace singularmente explosiva la época de los grandes descubrimientos y de las grandes conquistas, y hace contradictoria, la historia de aquellos tiempos, porque al lado del "Id y predicad a todas las naciones...", actúan también los tenebrosos instintos biológicos y bestiales del super-hombre de Nietzsche.

Recién llegados los conquistadores a las

tierras vírgenes de América, sentían relajados los frenos morales y represivos que en el Antiguo Continente inhibían las concupiscencias de la fiera; pero la conciencia cristiana, la acción de la autocritica que actúa siempre sobre el hombre español, logran enfrenar a la bestia y tras una lucha secular, España implanta en el Nuevo Mundo un eficaz y efectivo régimen de derecho.

El duelo entablado entre los teólogos por un lado y los encomenderos por otro, duelo tranzado por el jurista en etapas sucesivas así casi siempre con mayor ventaja para los primeros, acaba por hacer derribar toda la corriente histórica del imperio de la violencia al imperio de la justicia social, y si nuestra vida se inicia con las sangrientas conquistas de ese gran carnicero que es Nuño de Guzmán, la época de las conquistas se cierra en nuestro país con la de la Alta California—conquista incruenta— por ese santo que se llama Junípero Serra.

El imperativo evangélico acaba por imponerse en la Nueva España al imperativo biológico y los fueros del espíritu privan al fin sobre los fueros de la carne.

Sin embargo, no hay que desestimar ni condenar siempre la cooperación de los instintos primarios: es el concurso de todas las

energías amontonadas y de todos los imponderables acumulados en la Península Ibérica, lo que da su fuerza incontenible a la acción colonizadora y evangelizadora. Energías e imponderables se expanden como gases presionados que rompen sus recipientes y estallan. Misioneros y aventureros son bombardeados como proyectiles contra América. Nada ni nadie puede contenerlos; vencen los mares, los desiertos, las selvas, las montañas y las nieves eternas. Encontramos por todas partes las huellas del paso de evangelizadores y conquistadores como impactos de bala después de un combate; perforan el continente Americano que se les opone, en todos sentidos, y muchos tienen todavía fuerzas para lanzarse y dispersarse por las aguas y por las islas del Pacífico descubierta por Nuño de Balboa, y al redondearse la tierra por aquellos hombres nunca jamás superados, la Historia adquiere por primera vez un sentido universal. Por eso cuando llega San Francisco a España tiene en Santiago de Compostela la suprema revelación de que su Orden está destinada a una actuación ecuménica.

Para entender y escribir la biografía de los individuos de aquella edad, es preciso tener en cuenta, además del coeficiente personal de cada uno de ellos, la energía colecti-

va, la dinámica del momento histórico, la fuerza que suma el Destino a sus voluntades, los codos que añade a sus estaturas la grandeza de su misión, la intensidad de su vocación, la importancia del mensaje que están encargados de llevar a los demás.

Todo hombre tiene en sí mismo un valor personal que, graduado en relación al valor de cada uno de los demás hombres, fluctúa entre la cifra uno y la cifra nueve; pero además hay que agregarle a cada hombre de aquellos tiempos de epopeya todos los ceros a la derecha con que el Destino o la Providencia acrecenta su valor personal, su significación individual.

1. — UN TAL MIGUEL JOSE SERRE

En el número 85, folio 63 vuelta, del Libro II de "Bautismos" de la Iglesia Parroquial de la pequeña población de Petra en la Isla de Mallorca, obra la partida de un tal Miguel José Serre, que a la letra dice: "A ls 24 Nbre. de 1713 baptizé yo Barte. Lledó pre, y Vicario a Miguel Joseph Serre, fill de Antoni, y de Margta. Ferrer conjs. Foren parins Barte. Fiol y Sebastian Serre. Nasque dit die a la una despres de Mitja Nit".

Que traducido a nuestro idioma quiere decir: "El 24 de noviembre de 1713 bauticé yo, Bartolomé Lledó, presbítero y vicario, a Miguel José Serre, hijo de Antonio y de Margarita Ferrer, cónyuges. Fueron padrinos Bartolomé Fiol y Sebastiana Serre. Nació el dicho día a la una, después de la media noche".

El modesto rincón de la tierra en que naciera este niño, la humildad y pobreza de su linaje y aun la insignificancia del dialecto o variante dialectal en que fué asentado su advenimiento al mundo, parecían condenarle a la obscuridad más completa; y en la obscuridad de su lugarejo natal creció, como tantos otros niños buenos, sin pena y sin gloria.

Francisco Torrens y Nicolau, su biógrafo y paisano, que recogió con afán "los débiles ecos de la tradición local y familiar" relativos a Miguel José Serre o Serra, como llegará a ser mas tarde su apellido; que hurgó pacientemente los archivos de su villa de Petra y los del Convento de San Francisco de Asís y de la Residencia de los Padres Capuchinos en la Ciudad de Palma, capital de la mencionada Isla de Mallorca, apenas si puede decirnos de su biografiado que fué hijo de Antonio Serra y Abraham y de Margarita Ferrer y Fornes, "pertenecientes a la humilde clase de canteros y de agricultores"; que na-

ció, según lo cuentan documentos por él, Torrens, consultados, en la Calle de Botelles, número 48, antes Calle de Travesa 3; que grande fué el esmero que emplearon sus padres en la buena crianza del niño Miguel, especialmente el de su virtuosa madre, y que, apenas pudo andar el infante, fué llevado al convento franciscano que había en Petra, dedicado al glorioso San Bernardino de Sena, y allí aprendió latinidad y canto llano.

Tampoco de su juventud sabemos cosa mayor. Francisco Palou, su hermano en religión, su conterráneo también, su confesor durante 34 años y su discípulo predilecto de toda la vida, sólo nos refiere que en cuanto tuvo la edad necesaria lo llevaron sus padres a Palma, Capital de las Islas Baleares, para que se aplicara a estudios mayores; que cursó filosofía en el Convento de Nuestro Padre San Francisco y que acabó por tomar el hábito de la Orden franciscana el 14 de septiembre de 1730, en otro convento, también franciscano, el de Jesús, extramuros de la ciudad, a los 17 años, 9 meses y 21 días de haber nacido.

Hasta aquí, nada de extraordinario; nada que lo señale todavía como un predestinado de la gloria. ¿Cómo es que el Destino o la Providencia, o el Destino y la Providencia,

llevaron a Miguel José Serre o Serra, de la humilde casa de su nacimiento, en Botelles 48 de la Villa de Petra de Mallorca, al "National Statuary Hall" del Capitolio de Washington, como uno de los hombres representativos, como uno de los forjadores de la grandeza de los Estados Unidos? En este libro se intenta dar una respuesta más o menos satisfactoria a semejante pregunta.

2. — VOCACION

No hay en la vida de Miguel José Serra el brinco maravilloso de las transformaciones radicales de que nos habla José Enrique Rodó en sus "Motivos de Proteo"; ese brinco en que el lobo se transfigura, al conjuro divino, primero en rosas y luego en manso perro de San Bernardo.

No cae como San Pablo en el camino de Damasco; no escucha como el fundador de su Orden el "¡Devuélvete!" de la voz imperiosa de Spoleto; ni muda repentinamente de destino como Raymundo Lulio al descubrir el seno ulcerado de Ambrosia de Castelló, ni cambia por completo de rumbo como el Duque de Gandía frente al cadáver de la Reina

Isabel; no le hiere la gracia con la fuerza de un impacto de bala, como a Iñigo de Loyola, ni sabe de las agonías de San Francisco, convaleciente, errabundo por las campiñas de Asís, bañado en lágrimas y ardiendo en delirio en espera de que desde lo alto se le señalara ostensiblemente el camino. No suplica como el Salmista:— “Señor, muéstrame tus caminos; enséñame la verdad de tus senderos.”

Parece mamar con la leche de los senos de su madre la gracia divina; creció en su doble vocación sacerdotal y apostólica a medida que crecía en edad; jugando con su hermana Juana—la predilecta—comienza, catequizándola, su obra evangelizadora; desde sus primeros años, nos cuenta Torrens y Nicolau, mostraba un corazón sumamente sensible a las inspiraciones de la gracia; la devoción y la piedad parecían en él conaturales, “pudiendo decirse — añade textualmente el biógrafo de su niñez — que la virtud previno a la edad”.

De la lectura de las hazañas de los héroes franciscanos en las crónicas de la Orden Seráfica y de la meditación de las vidas de los santos —nos revela a su vez Francisco Palou— nacieron en él, desde que era novicio, vivos deseos de imitar a aquellos héroes y santos.

Estos deseos, fuertes desde temprana edad, pero por algún tiempo imprecisos, se enfocan definitivamente hacia la América; la lectura de la vida de San Francisco Solano, el Apóstol de las Indias Occidentales, sitúan al fin sus sueños y propósitos de apostolado en el Nuevo Mundo, y precisa en su pensamiento y en su corazón la forma y la "técnica" de realizarlos.

El violín mágico del gran andariego le gana insensiblemente la voluntad y le enciende la resolución de pasar —como el propio San Francisco Solano, que será su modelo y maestro de toda la vida— a evangelizar a los infieles de América.

Cuando San Francisco Solano hacía sus correrías por lo que hoy es la provincia argentina de La Rioja, predicando el Evangelio al son de su violín maravilloso, se cuenta que los indios embrujados por aquella música nunca jamás oída le preguntaban con ingénua pero insistente curiosidad:

—¿Quién habla así? ¿De quién es ese idioma de pájaros al amanecer? Y cuentan también que el santo artista errabundo les contestaba:

—¿Y de quién ha de ser, hermanos míos, sino del Hijo de Dios que murió en la cruz por nosotros?

Fué en este lenguaje de pájaros al amanecer, como llegó hasta el fondo del alma el llamado a Serra para el apostolado en el Nuevo Mundo; y en sus correrías por la Nueva España, no empleará más que la magia de su voz de orador y su canto llano para conquistar el alma de las gentes. Nunca aprendió "solfa", como dice Palou; pero le bastó su canto llano para ganarse el corazón de los infieles de Sierra Gorda y de las Costas de la Alta California. Ningun franciscano es ajenó al arte musical de insinuarse en el corazón de los demás y Junípero, como ninguno, poseyó ese arte.

3. — LA MARCA DE FUEGO

Pero este apacible y dulce despertar hacia la vocación, había de ser sellado, en prueba de autenticidad, con una marca de fuego.

Cumplido el año de su aprobación o de noviciado en el referido convento de Jesús, extramuros de Palma de Mallorca, profesó Serra en el mismo lugar el día 15 de septiembre de 1731, cambiando su nombre de Miguel José por el de Junípero, en devoción y en re-

cuerdo del más simple de los discípulos del Pobrecito de Asís.

Fué la profesión de franciscano el hecho decisivo de toda su vida. Ese día, lo extraordinario le señaló por primera vez indeleblemente para la inmortalidad.

“Viniéronme por la profesión —contaba él mismo— todos los bienes. Yo en el noviciado estuve casi siempre enfermo, y tan pequeño de cuerpo, que no alcanzaba al facistol ni podía ayudar a los connovicios en los quehaceres precisos del noviciado, por cuyo motivo sólo empleábame el padre maestro en ayudar a las misas todas las mañanas; pero con la profesión logré la salud y fuerzas, y conseguí crecer hasta la estatura media...”

Reconocen los teólogos tres maneras diferentes de vocación, tres diversos caminos por los que puede encaminarse un alma al sacerdocio o al apostolado:

Primero: Una revelación formal y directa, verdadero mandato expreso de lo alto, que llega por el conducto de una palabra interior precisa o por una voz exterior material, como en los dos casos clásicos de San Pablo y de San Francisco. El Señor señala expresamente a Saulo como un predestinado cuando dice a Ananías: “porque instrumento escogi-

do me es éste para que lleve mi nombre en presencia de los gentiles”.

Segundo: por un acto de la libre iniciativa del hombre mismo, fruto de elección personal ayudado por la gracia ordinaria. Y tercero: por una inspiración divina, no expresa y terminante, pero sí resultado de un toque directo y especial de la gracia.

Y agregan los teólogos que aunque no materializado en alguna forma o precisado en palabras indubitables, ese toque imprime al escogido un sello indeleble, una marca de fuego, uno de los Siete Dones del Espíritu Santo.

Junípero Serra no fué llamado expresamente por voz del Altísimo como su Padre San Francisco que escucha de viva voz, directamente de los labios de un Crucifijo bizantino, estas palabras categóricas:

—“Anda, sostén mi casa que se derrumba”.

Pero parece evidente que hubo en él un toque directo y especial de la gracia, que lo señaló para siempre con el Séptimo Don de Fortaleza, verdadera marca de fuego que no solo lo transforma y fortifica corporalmente, como él mismo nos lo cuenta, sino que da temple increíble a su voluntad en las condiciones más adversas de su vida; un temple y un dinamismo que lo hacen superior a la

suerte y a la adversidad y que lo ayudan a salvar todos los obstáculos, cumpliendo al pie de la letra este lema en mallorquino, que es el lema de su obra entera:

“PASSAR AVANT I MAI RETROCEDIR”

4. — “¡VETE POR EL MUNDO Y MARAVILLATE!”,..

Otra de las grandes influencias decisivas en la vida de Junípero Serra, además de la ya señalada de San Francisco Solano, es sin género de duda la de Raymundo Lulio.

No sabemos a punto fijo si Junípero llegó a leer alguno de los 123 libros atribuidos al gran Doctor Iluminado por el autor de la “Vida Coetánea”. Pero ¿qué importa si no llegó a leer el libro de “Blanquerna”, la autobiografía novelada de su maestro; ni el “Libro de las Contemplaciones”, tan discutido como enorme; ni el de “Los Cien Nombres de Cristo”, obra escrita para ser cantada; ni el “Libro de la Oración”, páginas de unción y dulcedumbre; ni el “Libro de los Mil Proverbios”, concebido y realizado sobre las ondas del mar Mediterráneo; ni el maravilloso “Libro de las Maravillas”?

La obra entera, la obra viva y fecunda de Ramón Barba Florida, era clima de la Isla de Mallorca, era atmósfera que respiraban los contemporáneos de Serra, y bajo ese clima y en esa atmósfera creció Junípero, identificándose con el sentido luliano, con la tradición luliana al respirarlos y vivirlos bajo el sol espléndido del Mediterráneo.

Y quien menciona espíritu luliano, habla de espíritu franciscano auténtico. Porque si de San Francisco pudo decirse que es aquel de entre los hombres que más se ha acercado al Jesús infinitamente dulce del Sermón de la Montaña, Raimundo Lulio es el alma más franciscana después de San Francisco.

Junípero se acercó al Pobrecito de Asís y se aproximó al Juéz de las Bienaventuranzas, a través del imponderable luliano y encendió su lámpara, como "el Amigo" del "Libro de Blanquerna", en el fuego del Amado; y, como el propio Blanquerna, llevará mientras viva, en su sangre, un "hervor de osadía". Y acatando el precepto maravilloso del "Félix o el Libro de las Maravillas":

—"Convienes que te maravilles... Vete por el mundo y maravíllate".

Junípero se echa a andar por el mundo y nada ni nadie lo hará detenerse sino la grandeza de la Bahía de San Francisco de Califor-

nia, ante cuya belleza rematará su peregrinar, ya casi centenario y sin fuerzas para ir mar adelante, profundamente maravillado; porque maravillarse es para los discípulos de Raymundo Lulio, una suerte de oración, una especie de plegaria.

Pero de las dos espadas necesarias según Raymundo Lulio para la conquista de los infieles: la Espada de las Dulces Palabras Persuasivas y la Espada del Hierro Riguroso, Junípero sólo tomará, al ponerse en marcha, y sólo desenvainará en sus andanzas de nuevo Don Quijote por el Nuevo Mundo, la Espada de las Dulces Palabras Persuasivas.

Por eso hará suya la Regla de Oro formulada por Fray Bartolomé de las Casas, para llevar a cabo la verdadera conquista del hombre por el hombre: "El modo de mover, dirigir, atraer o encaminar a la criatura racional al bien, a la verdad, a la virtud, a la justicia, a la fe pura y a la verdadera religión, ha de ser de un modo que esté de acuerdo con el modo, naturaleza y condición de la misma criatura racional: es decir, un modo dulce, blando, delicado y suave".

Ni ante los bárbaros indios pames de la Sierra Gorda, ni ante los degenerados californios que el Visitador Gálvez, Marqués de Sonora, llamará "rationales de segunda", olvida-

rá Junípero esta regla de oro, este evangelio de la dignidad humana; pero más afortunado que Las Casas, más capacitado para la vida práctica y operando en condiciones más favorables, Junípero, realizará plenamente en la Alta California los sueños que Las Casas no pudo alcanzar a ver realizados ni siquiera en la Vera Paz.

5. — JUNIPERO DECIDE VENIR AL NUEVO MUNDO

La tradición luliana era tan viva y su influencia tan intensa en Palma de Mallorca por los días de Junípero Serra, que la Universidad de aquella Ciudad llevaba el nombre de "Universidad Luliana" y era Raymundo Lulio el Patrón y el Doctor Iluminado de aquel centro de estudios. En la Universidad Luliana obtuvo precisamente Junípero Serra su grado de doctor en Teología y en la misma Universidad regentó la cátedra de Prima, según refiere Francisco Palou.

El propio biógrafo nos dice que la Universidad de Mallorca celebraba cada 25 de enero una solemnísima fiesta dedicada a su patrón y compatriota, el Beato Raymundo Lulio, y que el último año que estuvo en ella Junípero, le

fué encomendado el panegírico del Iluminado Doctor, que escuchó la universidad formada y los hombres más doctos de la Ciudad, y cuenta además que al bajar del púlpito nuestro Junípero Serra, un comentarista nada apasionado del predicador exclamó entusiasmado:

—“Digno es este sermón de que se imprima en letras de oro”.

Pero Junípero Serra, a semejanza de su gran maestro Raymundo Lulio, no cabía en ningún claustro, por más grande que fuera. Sentía como el andariego de la barba florida, la gran pasión por los horizontes abiertos, y el recuerdo y el ejemplo del inquieto Raymundo Lulio empujaron a Junípero fuera de la Universidad Luliana y determinó pasar al Nuevo Mundo.

Fray Rafael Verger, que fué Guardián del Colegio de San Fernando de México y Obispo del Nuevo Reyno de León, en la Nueva España que habla de esta determinación de Junípero Serra de dejar la Universidad Luliana para venir a América, casi lamentando su resolución: “estando muy aplaudido en su empleo (de catedrático de Prima) por su literatura y bellas prendas — escribe — dejó aquélla para venir a leer a los míseros gentiles de este dilatadissimo Reyno el cathecismo y la doctrina cristiana”.

El mismo Palou emplea igual tono al ocuparse del propósito tomado por Junípero de venir a predicar a los gentiles: "En el tiempo en que el reverendo lector fray Junípero se hallaba en las mayores estimaciones y aplausos, así en la religión como afuera, y que podían esperarse los correspondientes honores a sus méritos, fué hecha sobre él la voz divina llamándole para doctor de las gentes, tocándole en el corazón para que, dejando patria, padres y santa provincia, saliese a emplear sus talentos en la conversión de los gentiles".

Aun situándose en el terreno de la gloria puramente terrenal, nada hay que lamentar porque Junípero haya dejado la celebridad de campanario de que ya gozaba en Palma de Mallorca para venir al Nuevo Mundo, por que con su determinación se incorporó a la corriente que había de llevarlo a un renombre que no hubiera ganado jamás quedándose en casa.

A la cifra personal, que cada quien puede fijar a su gusto, entre el número uno y el número nueve, para Junípero, con su resolución de venir a la América y su propósito de conquistar el Alta California, colocó a la derecha de su cifra personal varios ceros que acrecentaron su grandeza.

6. — EL BAUTISMO DE MAR

Aun está por hacerse el estudio histórico del papel depurador del mar en la conquista y colonización de América. Decidirse a cruzar el mar y lograr cruzarlo en aquellos tiempos en que las embarcaciones llegaban con sus pasajes y tripulaciones diezmadas a los puertos del Nuevo Continente, era ya una selección de los más fuertes, de los mejor capacitados para la lucha.

Ya San Agustín había dicho que el tránsito por el mar era un bautismo: "Per mare transitum bautismo est". El tránsito del Atlántico consagraba a los elegidos, a los hombres fuertes que habían de forjar de nuevo la civilización en las tierras descubiertas.

Llegando a oídos de Junípero Serra de que en España se reclutaban misioneros para la Nueva España, comenzó a hacer gestiones, ya de acuerdo con Fray Francisco de Palou, compañero de convento y discípulo suyo, para que se les permitiera pasar a este hemisferio a la conversión de los gentiles. Sus gestiones resultaron, por de pronto, infructuosas: se le contestó que las misiones destinadas para los Colegios de Santa Cruz de Querétaro y San

Fernando de México, estaban ya completas y en vísperas de embarcarse; pero de los treinta y tres religiosos alistados para venir a San Fernando, se arrepintieron cinco, escribe Palou, "amedrentados del mar, que jamás habían visto, con cuyo motivo hubo lugar para nosotros". El mar había operado una primera eliminación y dado oportunidad a los deseosos de aventura.

El 13 de abril —de 1749— después de haberse despedido Junípero de sus padres, parientes y amigos, pero sin revelarles su viaje, se embarcó con Palou, su futuro biógrafo, y compañero hasta la hora de su muerte, en Palma de Mallorca para Málaga, a donde llegaron 15 días después. Permanecieron en Málaga 5 días y luego continuaron para Cádiz a donde llegaron el 7 de mayo, y por fin, en 28 de agosto, según Palou, o en 29 por la noche, según Serra, se embarcaron en el citado puerto de Cádiz para el puerto de Veracruz, en la Nueva España. El 30 de agosto se dieron a la vela y el 8 de septiembre estaban frente a las Islas Canarias.

Días después, el tormento de la sed hizo su aparición a bordo. Desde la festividad de Nuestra Señora del Rosario, comenzaron a racionarles el agua: "nos donaren a tots la aygua taxada", escribe Junípero en su pin-

toresco dialecto mallorquín, añadiendo que ésta fué la mayor tribulación de toda la travesía.

A los que perdían su tiempo lamentándose por la privación del agua, en torno de Junípero, éste solía decirles con sorna:

—Yo he hallado un medio para no tener sed, y es el comer poco y hablar menos para no gastar la saliva.

La privación del agua obligó a los de la embarcación a encaminarse a Puerto Rico de arribada forzosa. Desembarcaron en San Juan el 18 de octubre y mientras se hacía la aguada, Junípero, incansable, organizó una misión para los isleños, predicando en la Catedral. El 31 del mismo octubre se reembarcaron para Veracruz, y estando ya a la vista de este puerto en 2 de noviembre cuando ya se imaginaban que entrarían a él esa misma tarde o al día siguiente, sobrevino un Norte, — “Vent molte fatal en estas costas”, comenta nuestro héroe, que obligó a la tripulación del barco a virar para, alejarse de la tierra. Fueron a dar hasta la sonda de Campeche, pues se desató una espantosa tempestad que duró el 3 y el 4 de diciembre. Junípero nos la pinta como “molt fiera” y añade que el bajel hacía mucha agua y que el palo principal sólo de milagro aguantaba.

Llegó un momento en que hasta los hombres de mar, avezados a la lucha con los ele-

mentos, perdieron la fe y se sublevaron contra el capitán y el piloto, exigiendo se varara el barco en las playas para que pudieran salvarse algunos; “pero nuestro Junípero Serra —escribe Palau — se estuvo en medio de tanta tempestad e inquietud de ánimo, como si desde luego se hallara en el día más sereno; de suerte que preguntándole si sentía miedo, respondió que algo sentía, pero que haciendo memoria del fin de su venida a las Indias, se le quitaba luego”.

Y así debía ser. Cuando el hombre está seguro de su destino; cuando está convencido de que ha sido llamado a realizar una misión, se proyecta siempre hacia el futuro y hay en él una especie de absentismo aun en los momentos más peligrosos que él estima circunstanciales o incidentales en el curso de su ruta hacia el porvenir.

Hablando por ejemplo de los efectos del mareo a bordo, en una carta que dirigirá Junípero más tarde desde Veracruz a un pariente suyo, escribe estas palabras que nos revelan cómo durante las horas de sed, durante el mareo y durante la tempestad, él se permite ignorar al mar: “Y quant los demes estaven quasi morts, yo nuca sabut si estave en el mar y realmente es axi”. Que traducido al castellano

dice: "Y cuando los demás estaban casi muertos, yo nunca supe si estaba en el mar, y realmente es así"

7. — CON LAS NAVES QUEMADAS

Lo sabremos por el mismo Junípero muchos años después, pero es preciso que se asiente desde ahora en esta biografía porque ello explicará de aquí en adelante, en la vida que relatamos, el empuje irresistible de nuestro héroe en todas las peripecias de su acción en la Nueva España: Junípero Serra llegó a Veracruz con las naves quemadas.

En 1773, en una carta escrita —en 4 de agosto— a su sobrino, el Padre Miguel de Petra, nos revela:

"Quando salí de essa mi amable patria, ize ánimo de dexarla no solo corporalmente. Con varias personas pudiera haber mantenido correspondencia por cartas, pues sabe V.R. que no me faltaban conocidos y amigos dentro y fuera de la Religión; pero para haber de tener continuamente en la memoria lo dexaba, ¿para que fuera el dexarlo?"

Así se cortaba Junípero a sus espaldas toda retirada; pero así también se abría por

delante todos los caminos de México: los ya transitados que ahondaría en sus correrías de predicador entre fieles y los nuevos caminos, los abiertos hacia rumbos desconocidos, todavía sin meta, capaces de ser prolongados indefinidamente en las nuevas conquistas entre infieles.

00. — FRAILES ANDARIEGOS

IGNACIO Ramírez, “El Nigromante”; Ignacio Ramírez, el ex-claustrador, el iconoclasta de la Reforma, ha hecho en la persona de Fray Antonio Margil de Jesús, el elogio supremo de los Frailes Andariegos.

Nada más bello, ni más lírico, que aquel su himno en prosa al inquieto franciscano que, según expresión de J. Jesús Núñez y Domínguez, “hizo sentir el paso de sus sandalias vencedoras” por Querétaro, Zacatecas, Tabasco, Yucatán, Sierra de Nayarit, Coahuila. Nuevo León, etc., etc. y que “regó una estela de confianza desde Texas a Costa Rica”.

Oid como canta el precursor y apóstol de las Leyes de Reforma al pobrecito monje inmortal de los pies ligeros:

“Hace poco más de un siglo que un misionero llamado Fray Antonio Margil de Jesús, midió repetidas veces con sus pies y con su báculo la áspera y caliente lava que cubre el suelo guatemalteco; y ya sumergiéndose en enermizos pantanos, ya durmiendo en espesos bosques, entre venenosas serpientes y hambrientas fieras, buscaba a los feroces salvajes, sufría sus injurias, provocaba sus crueldades; y admirándolos con su resignación y venciénolos con su entusiasmo, los hacía caer postrados a sus pies, encender hogueras para los derribados ídolos y levantar para la cruz nuevos altares”.

Con Fray Antonio Margil de Jesús a la cabeza, forman legión en México los Frailes Andariegos “que sentían lumbre en las sandalias”. Ante aquellos humildes hombres en marcha, retrocedían las fronteras de la barbarie y se ensanchaban las de la Nueva España; puede decirse sin exageración alguna, que el territorio que andando el tiempo iba a ser nuestro solar patrio, al enredarse en los pies de aquellos andarines, lo mismo que una alfombra desflecada, se iba desdoblando y extendiendo hacia los cuatro rumbos cardinales.

Encendidos de un fuego interior, se ponían en camino impelidos por un doble imperativo.

Por un lado el precepto evangélico que los

empujaba hacia adelante: el "Id y predicad a todas las naciones". Por otra parte el señuelo de lo desconocido, el reclamo del desierto y del misterio que los llamaba a voces: el embrujo, la tentación de un Nuevo Mundo recién hallado, poblado de enigmas por descifrar, de nuevos senderos por descubrir, de amplios horizontes por contemplar.

Nada más variado que esta legión de andariegos. Los hay de todos los tipos: "pathfinders" o busca-rutas como Fray Francisco Vélez de Escalante; sembradores de pueblos como Fray Cintos; creadores de nuevas ciudades y de instituciones nuevas como Fray Juan de San Miguel, que entonaba en las selvas michoacanas, en lengua tarasca, el maravilloso Cántico del Sol de Nuestro Padre San Francisco: — "¡Alabado seas mi Dios; alabado en todas sus criaturas, y singularmente en nuestro hermano excelso el Sol... Alabado seas, Señor, en la Luna y en las Estrellas, las que formaste en los cielos claras y serenas... Alabado seas, Señor, por nuestra hermana el Agua, tan útil, tan humilde, tan preciosa y tan casta... Alabado seas, Señor por nuestro hermano el Fuego con que iluminas las noches, tan bello y agradable como indomable y fuerte!"... Himno que revela el espíritu franciscano que animaba a aquellos hombres de Dios, aún a los

mismos que no pertenecían a la Orden Seráfica.

Los había arrieros y constructores de carreteras, como el lego inmortal Fray Sebastián de Aparicio; marinos como Fray Andrés de Urdaneta, soldado de las guerras de Italia, que estuvieron con Loaiza en el Maluco, nauta de los Siete Mares del mundo, que encontró la "Vuelta de Occidente", por donde habían de llegarnos las sedas de China y las aromas de la Especiería; unos en sus viajes, como Kino al cruzar el Río Colorado, sólo llevaba en sus andanzas el breviario, una frazada para dormir y un manojo de retama envuelto en el paño de sol como almohada para reclinar la cabeza; otros, ni aun eso; algunos como Font, cartógrafos y geógrafos insignes, llevaban su astrolabio y sus tablas de cálculo para fijar posiciones de caminos y de parajes propicios para nuevas fundaciones...

Y con ellos marchaban los colonos y ganados que poblaban las tierras nuevas y con ellos iban nuevas plantas y las nuevas semillas. Francisco Piccolo cargaba a cuestras un costal de trigo por la desolación inaudita de su bien amada Baja California; Fray Jordán de Piemonte trajo de los pensiles de Europa a las huertas conventuales de Oaxaca, la albahaca y la Rosa de Alejandría. Y aun figuraban entre ellos algunos que sólo parecían viajar por

seguir el precepto de Raymundo Lulio, maestro de todos los frailes andariegos: “Conviene que te maravilles... ¡Vete por el mundo y maravíllate!” Así volvió — maravillado — Fray Marcos de Niza de su entrada al Nuevo México, con la visión de los pueblos indios convertida en la maravilla de las Siete Ciudades de Cibola.

Nada ni nadie los detenía. Cuando les cerraba el paso un río impetuoso, por ejemplo, un milagro estaba listo para hacerlos encontrar la manera de atravesarlo, — como Fray Juan Bautista Moya, el Apóstol de Tierra Caliente—, sobre los lomos de un caimán, manso como un asno.

Caminaban hasta de noche. Si alguien les decía: — “Peregrino, detente, que es de noche”, contestaban como el alquimista y trotamundos Ramón Barba Florida: — “Los caminos por donde el amigo busca a su Amado, están iluminados de amores”.

Y sin embargo, solían detenerse; pero cuando el báculo de los caminantes se inmovilizaba y enraizaba para echar ramas y flores como sucedió en Tacámbaro al báculo de Fray Juan Bautista Mora, era tan sólo para plantar una huerta o formar una ciudad para el arraigo de otros, no para el arraigo de ellos, que tenían siempre a flor de labio las palabras de San Pa-

blo: — “No tenemos aquí abajo ciudad permanente, sino que vamos en pos de la Ciudad Futura”.

Y así iban los hermanos menores del Santo de Umbría, como los pinta el gran historiógrafo de Guanajuato, Luis González Obregón: “Descalzos, miserables de traje, pero ricos de bondad que aún ilumina nuestra gratitud”.

Y acatando el verso maravilloso, “se quitaban las sandalias para no herir las piedras del camino”.

8.—FRAY JUNIPERO, EL TROTAMUNDOS DE LA PATA COJA

Tan luego como llegaron las misiones franciscana y dominica a Veracruz — celebrada la fiesta de acción de gracias, cuyo sermón se encomendó al Padre Serra, como era natural, dada su fama bien adquirida de orador — se dieron providencias para sacar a dichas misiones del puerto de Veracruz, porque su mal temporal hacía peligroso prolongar la estancia de los recién llegados de Europa. Al efecto se pusieron al servicio de los misioneros desembarcados los carruajes necesarios para emprender la marcha a la Ciudad de México.

Junípero pidió se le permitiera hacer el recorrido a pie. Concedida la autorización, se puso en camino acompañado únicamente de otro franciscano de la Provincia de Andalucía. Así inició, desde luego, su incansable peregrinar por estas tierras, apenas desembarcado. Así se dió de alta en la legión de los Frailes Andarriegos este singular trotamundos.

A pesar de las grandes caminatas que de ese momento emprendería incansablemente hacia todos los rumbos de la rosa de los vientos de México, tal vez Junípero no hubiera descollado como el más prodigioso andariego de aquellos tiempos, a no haberle acontecido en el camino de Veracruz a México una desgracia que cargará de "pathos" su vida entera de viandante.

Sucediole que una noche, durmiendo en una hacienda, sintió una picadura de mosquito en un pie; al principio aquello parecía no tener importancia, pero a fuerza de rascar y de restregar su punzadura, se le fué formando una llaga que ya no lo dejará en paz nunca, a lo largo de toda su existencia.

Aquella llaga, en carne viva de otro hombre de menos temple que Junípero, hubiera resultado un grillete capaz de hacerlo aferrar a una vida sedentaria, a una inmovilización tranquila; en los pies de Junípero, la llaga, por el

contrario, iba a ser como el par de alas en los tobillos de Hermes. Ella, paradójicamente, le dió una razón de ser para caminar siempre, para no estar quieto jamás.

Fray Diego de Almonte, ponderando en alguna ocasión el heroísmo de los grandes frailes andariegos, escribió de alguno: "No tiene fuerza para hacer piernas". A Junípero se le presentarán numerosas ocasiones en que "no tendrá fuerzas para hacer piernas"; pero como se dice en la frase del pueblo, hacía de tripas corazón y transformaba el impedimento físico de su cojera precisamente en el motor de sus correrías. Segismundo Freud vería a caso en esto la sublimación de un complejo de inferioridad; pero nosotros sabemos bien que para el espíritu verdaderamente cristiano el dolor es una fuerza, y los impedimentos un estímulo.

"Por las sendas — escribe Raymundo Lulio en su libro "Blanquerna"— iba el amigo buscando a su Amado; en estas sendas padecía el amigo peligros, enfermedades, trabajos y muchas dificultades para que exaltase su entendimiento y su voluntad..."

Por eso llegará Junípero al absurdo de defender su llaga como un tesoro contra los médicos-cirujanos que trataran de curársela. Sólo en los desiertos de la Baja California para

que los indios no carguen con él sobre unas parihuelas, consentirá que un arriero cure, con un lenitivo propio para curar mulas, su llaga enconada por el sol y por el polvo, y seguirá adelante arrastrando por la desolación de la Baja California su pobre pata coja.

9.—“¡QUIEN NOS TRAJERA UNA SELVA DE JUNIPEROS!”

La tarde del último día del año de 1749, Junípero terminó su caminata de Veracruz a México viniendo a prosternarse ante el milagroso ayate de Juan Diego en el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe. Al día siguiente se presentó al Apostólico Colegio de San Fernando, entonces extra-muros de la capital de la Nueva España. Al recibirlo el Padre Guardián con los brazos abiertos, lo saludó con estas palabras que expresaban al mismo tiempo un deseo y una profecía, reconociendo por adelantado los grandes servicios que el Padre Serra iba a prestar a la Iglesia y a México:

—¡Oh, quien nos trajera una selva de Juníperos!

El Padre Guardián de San Fernando hacía el mismo juego de palabras que siglos antes

San Francisco había hecho refiriéndose al más simple de sus discípulos. Ponderando Nuestro Padre San Francisco la aportación del hermano Junípero, uno de sus primeros colaboradores, y tomando su nombre en la significación de enebro o junípero, había hecho este supremo elogio del fraile a quien Santa Clara llamaba “el jugueteillo de Dios”:

—“¡Quién nos diera una selva de juníperos!”

10.—LOS APOSTOLICOS COLEGIOS DE PROPAGANDA FIDE

El Colegio de San Fernando, entonces extramuros de la Ciudad de México, a donde llegó Fray Junípero Serra de Veracruz, era uno de los tres Apostólicos Colegios de Propaganda Fide de la Nueva España.

¿Qué clase de instituciones eran estos colegios? Zepherin Engelhardt, historiador de las misiones y de los misioneros de las Californias, nos lo dice en términos precisos: “eran seminarios en que los franciscanos voluntarios se preparaban para misionar, principalmente entre indios”. Estos seminarios, añade, “eran independientes de cualquier provincia o

custodia, y estaban sujetos directamente al Comisario General de los Franciscanos de las Indias, que residía en Madrid”.

El primer Colegio de Propaganda Fide que se creó en América fué el de Santa Cruz de Querétaro.

Habiendo sido electo Fray Antonio Linaz custodio por la Provincia Franciscana de San Pedro y San Pablo de Michoacán para el Capítulo General de la Orden que había de reunirse en 1682 en Toledo, España, aquel incansable misionero (mallorquino también como Junípero) había solicitado de Fr. Joseph Jiménez Samaniego se le permitiera reclutar en la Madre Patria doce compañeros para volver a la Nueva España con ellos “y entrar predicando por la vasta serranía de gentiles de Cerro Gordo” o Sierra Gorda, como ahora se la conoce, abrupta región montañosa del corazón de nuestro país, que cubre parte de los Estados de Guanajuato, Querétaro, Hidalgo y San Luis Potosí.

Ximénez de Samaniego, que era entonces el General de la Orden de San Francisco en España, le sugirió a Linaz la conveniencia de crear en Nueva España un Colegio para la preparación especializada de franciscanos que quisieran dedicarse principalmente a misionar en-

tre infieles, y le dió patentes para que se presentara con el proyecto a Su Majestad.

El Rey concedió el permiso para la fundación del Apostólico Colegio de Propaganda Fide proyectado, que debía hacerse precisamente en Querétaro, y no en San Juan del Río como quería Linaz, por Real Cédula de 18 de abril de 1682, expedida en Aranjuez.

A semejanza de este Colegio, que se llamó de Santa Cruz de Querétaro, se fundaron más tarde el de Guadalupe de Zacatecas, creado por Fray Margil de Jesús, y luego el de San Fernando de México, en la casa y huerta del contador D. Agustín de Oliva, que se compró con limosnas.

En la Real Cédula que concedió el permiso para esta última fundación y que está fechada en San Ildefonso en 15 de octubre de 1733, se expresa por Su Majestad Católica: "He resuelto conceder (como por la presente concedo) licencia y facultad a los citados Ministros apostólicos de la Orden de S. Francisco de la Nueva España, para que en el referido Hospicio, nombrado de San Fernando, extramuros de México, puedan fundar y funden el mencionado Colegio Seminario de Propaganda Fide; siendo encargo de que tengan sujetos para infieles, como previenen la Bula de Inocencio Undécimo, el año de mil seiscientos ochenta y tres".

El Colegio de Santa Cruz de Querétaro, que había sido fundado con la mira primitiva de conquistar la Sierra Gorda, no pudo llegar a realizar semejante conquista. Ella estaba reservada al Colegio de San Fernando; y, por especial designio de la Providencia, había de encomendarse a Junípero Serra.

11.—SERRA ES ENVIADO A LA EVANGELIZACION DE LOS PAMES

Cuando cinco meses después de su llegada a la Ciudad de México, y a insinuación del Padre Guardián de su Colegio, se ofreció Serra a ir a la conquista espiritual de Sierra Gorda, en compañía de algunos de los franciscanos que habían venido con él de Europa, la famosa conquista era ya una empresa varias veces fallida.

Los misioneros del Colegio de Santa Cruz de Querétaro habían tratado de realizar el sueño de Linaz de entrar a la Sierra Gorda predicando el evangelio, pero al llegar a ella se la habían encontrado, en parte por lo menos, ocupada por los padres agustinos y hubieron de volverse a su Colegio.

En realidad ni los dominicos ni los agusti-

nos, que tenían fundadas viejas misiones en la región, lograron jamás evangelizar el corazón mismo de la Sierra, Gorda, que seguía siendo, según feliz expresión del Padre Palou, “un manchón de gentilidad en el centro de Nueva España”.

Joaquín de Aguirre, un Alcalde Mayor del Mineral de Zimapab, la había dedicado años antes términos más duros que Palou: la había llamado “una vergüenza a sólo treinta leguas de la Corte”, es decir de la Capital de la Nueva España.

El alcalde de referencia escribía en 1711 al gobierno virreinal urgiéndole para que pusiera pronto remedio a la gravísima situación creada por los indios de la Sierra Gorda, y por los foragidos entre ellos refugiados, que bajaban de dicha sierra a robar y matar en las regiones circunvecinas. Era tanta la audacia de los indios y de los prófugos de la justicia que vivían entre ellos y los dirigían o acompañaban en sus correrías, que según el propio alcalde, en el importantísimo centro minero de Zimapán, tenían que vivir sus habitantes haciendo guardias en las goteras de la población para prevenir los golpes de los indios y bandoleros que amagaban constantemente el real de minas. Comenta patéticamente Aguirre: “siendo sensible cosa que a la vista de esa

corte en treinta leguas se permita vivir de esta manera a una cuadrilla de ladrones que sólo vive de eso, pasando no sólo a robar para comer, sino cuanto pueden, y hacer cuantos daños les es posible”.

Manifiesta el mismo memorialista que las jurisdicciones o autoridades locales existentes en torno de la sierra, son impotentes; que se necesita una acción más grande y eficaz contra los bárbaros; que aunque se dieran amplias facultades a dichas jurisdicciones para hacer la guerra a los pames y a sus aliados con todo rigor, nunca se conseguiría un triunfo sobre ellos, efectivo y definitivo, “a causa de que aun que salgan (las autoridades locales a combatirlos, la fragosidad del país los ampara por no poderse andar en él a caballo...”

12.—CERCO Y ASEDIO DE SIERRA GORDA

Con las correrías de los indios pames y de los foragidos que bajaban de la Sierra Gorda, “el manchón de ignominia” se iba ensanchando. La barbarie recuperaba terreno a costa de la civilización. Los pobladores y coloniza-

dores abandonaban sus campos y se alejaban de la sierra maldita.

Había que hacer, pues, algo en firme, y se hizo al fin. Encomendada a Don José de Escandón la conquista y colonización de Sierra Gorda, de Tamaulipas y el Seno Mexicano, Escandón por decreto de 23 de junio de 1743 del Virrey Conde de Fuenclara, fundó las misiones de Santa María del Agua de Landa, San Francisco del Valle de Tilaco, Nuestra Señora de la Luz de Tancoyol y San Francisco del Valle de Tilaco, y San Miguel de Concá, y congregó a los indios de Santiago de Xalpan, con la cooperación de misioneros proporcionados por el Colegio de San Fernando.

Con estas misiones se puso un verdadero cerco al núcleo de la Sierra Gorda desde el cual los pames irradiaban sus actividades destructoras.

“De suerte que todas ellas (leemos en un informe suscrito en noviembre de 1761, por los ministros que servían entonces aquellas misiones) hacen un círculo casi perfectamente esférico, quedando en medio una Sierra y al pie de ella y casi en medio de las cinco Misiones está la Villa de Gente de Razón recién fundada con el título de Nuestra Señora del Mar de Herrera”.

En torno del "manchón de gentilidad" se tendió, pues, el cordón de San Francisco. Para la dirección de las referidas misiones se envió allá a Fray Pedro Pérez de Mezquia, práctico en esta clase de fundaciones por haber estado con Fray Antonio Margil de Jesús en las misiones de Texas. Mezquia implantó en Sierra Gorda el régimen misional adoptado por los Colegios de Santa Cruz de Querétaro y Guadalupe de Zacatecas, para sus fundaciones.

Pero el medio derrotó a los primeros misioneros fernandinos capitaneados por Mezquia. "El clima de dicha sierra, —escribe Palou haciendo una síntesis del fracaso—, es muy caliente y húmedo, y por consiguiente, contrario a la salud; por lo cual enfermaron en breve muchos de los misioneros, de los cuales en pocos días murieron cuatro, y otros se retiraron, imposibilitados, a la enfermería del Colegio, quedando solos dos de los fundadores de la misión. Como éste (el Colegio de San Fernando) se hallaba entonces exhausto de misioneros, fué preciso pedir socorro a los otros Colegios de Querétaro y Zacatecas; pero como quiera que iban a suplir por el tiempo de seis meses y cumplidos estos los remudaban otros, no tenían tiempo para aprender la lengua y éste era el gran atraso para la conquista espiritual".

El cordón de San Francisco tendido en torno de la Sierra Gorda, estaba roto.

13.—EL HOMBRE PROVIDENCIAL

Se necesitaba para las misiones de Sierra Gorda un hombre excepcional que procediera en forma diametralmente opuesta a la actitud de los últimos ministros. Un hombre, en primer lugar, que quisiera sepultarse en vida allá, por todos los años que fuera necesario. Junípero Serra se enterrará cerca de 9 años. En segundo lugar, un hombre que quisiera y pudiera afrontar el problema de la Sierra Gorda planteado en toda su dificultad y grandeza, comenzando por la dificultad de la lengua.

Serra y sus compañeros del Colegio de San Fernando salieron para Sierra Gorda a principios de junio de 1750, según Palou, a quien seguimos principalmente en esta parte de la vida de Junípero. De Santiago de Jalpan habían venido por los Padres a México unos indios ladinos con caballos de silla y carga, "en atención a lo dilatado del camino, lo escabroso de la mitad de la Sierra y la falta de agua".

Pero Junípero se negó a emprender el viaje a caballo. Descalzándose las sandalias que

acostumbraba llevar en el Colegio, se puso en marcha a pie, en alpargatas, y cuando éstas se le deshicieron por los agrestes caminos, las substituyó con huaraches, con los huaraches de cuero crudo del indio.

Llegó a Jalpan el 10 de junio, casi arrastrándose. La llaga se le había agravado durante el viaje y la marcha le había sido particularmente penosa por la hinchazón del pie.

Apenas llegado, se puso a la obra estudiando detenidamente la situación de las misiones, la idiosincrasia del indio y las condiciones del medio. Comprendió desde luego que antes de conquistar las anfractuosidades de la serranía, había que conquistar las anfractuosidades del alma del indio y que para conseguir esto, necesitaba comenzar por el aprendizaje de su lengua.

Junípero, lo cuenta él mismo con tristeza, carecía de facultades para el estudio y asimilación de idiomas. Pero con la ayuda de un indio mexicano que le sirvió de lengua pame, acabó por dominar de tal manera ésta, que tradujo a ella las oraciones más usuales y el texto de la doctrina cristiana.

14.— EL PROBLEMA DE ALIMENTAR AL LOBO DE GUBIO.

Junípero por principio de cuentas comprendió que tenía ante sí, en lo temporal, como problema más apremiante (que se le volverá a presentar por segunda vez en Baja California y por tercera vez en Alta California) el problema de cómo alimentar al Hermano Lobo. Es decir, el problema del Lobo de Eugubio o de Gubio, tal como lo plantea messer Francisco en "I Fioreti" ("Las Florecillas" de San Francisco). Comprendió que el indio pame, como el feroz lobo de la más bella leyenda franciscana, hacía el daño, en primer lugar por hambre. Que el pame bajaba de su sierra, como el lobo de Gubio bajaba del monte, a los poblados a hacer el mal, impelido por una apremiante necesidad fisiológica de subsistencia. Para poder sellar con el indio pame un pacto de paz, era preciso asegurarle, como San Francisco le aseguró a la fiera, todo lo necesario para el sustento.

En una palabra, era necesario desterrar la miseria en que vivían los indios de Sierra Gorda, con la abundancia. Pero no con una abundancia gratuita, llovida del cielo, sino

creada y acrecentada con el esfuerzo de los mismos indios.

El problema de la abundancia era un problema de educación, muy difícil de resolver porque el indio pame era extraordinariamente perezoso. Wigberto Jiménez Moreno cita unas palabras del Padre Soriano, que misionó entre pames, que pintaban de cuerpo entero al indio de cuya educación había de encargarse Junípero: "el tratar con ellos —dice— es lento y dilatado martirio... raramente agradecen un beneficio... son muy maliciosos... muy flojos, y sólo les agrada andar por los montes como fieras..."

¿Cómo hacer trabajar a aquellos bárbaros, crecidos y viciados en la holganza? Junípero no encontró mejor medio que el de la ejemplaridad y resolvió el problema de hacer trabajar a los demás, trabajando él mismo en forma incansable e impresionante.

Cuenta Palou, fuente inagotable de noticias acerca de Serra, que "se ejercitó en el ejercicio corporal hasta no desdeñar de practicar los oficios más bajos y humildes, como peón de albañil y de acarrear piedra para la fábrica de la iglesia, hacer mezcla con los muchachos como si fuera uno de ellos, y con los grandes acarrear madera para la dicha fábrica, metiéndose también entre los albañiles a llenar los huecos entre las piedras con ripios

para macizar las paredes, con un traje humil-
dísimo, con el hábito hecho pedazos, envuelto
en un pedazo de manto viejo, siendo así que es
una tierra muy caliente; por sandalias, un pe-
dazo de cuero crudo, que es el calzado de aque-
llos indios, que en su lengua llaman "apats
nipís", que es lo mismo que guaracha o abarca".

Asegura el mismo Palou, que viendo al Pa-
dre Serra en una ocasión el Padre Pruneda, su
antiguo Maestro de Mística, metido en una
cuadrilla de indios que cargaban una gran viga,
ayudándolos a llevarla y con su manto doblado
sobre el hombro para poder dar el tamaño
pues Serra era de baja estatura, el Padre lla-
mó rápidamente a Palou para que contempla-
ra aquel espectáculo, creyendo sorprendería a
Palou.

—Mire le dijo Pruneda a Palou, señalán-
dole a Serra — como anda de viacrucis y en
qué traje. . .

A lo que le contestó Palou:

—Eso es de todos los días.

15.—LLENANDO LOS TROJES

En el informe ya mencionado de las misiones de Sierra Gorda, suscrito en noviembre de 1761, por los ministros que las servían en aquella época, informe que se encuentra en el Archivo Franciscano de la Sección de Manuscritos de nuestra Biblioteca Nacional, se hallan varios datos interesantes, de los que reproducimos a continuación algunos.

La región encomendada a los mencionados misioneros estaba limitada al Norte por Río Verde; al Oriente, con jurisdicción de Villa de Valles; al Poniente, por el Real y Minas de Escanela, jurisdicción de Villa de Cadereyta; y por el Sur, lindaba con las jurisdicciones de las Alcaldías Mayores de Zimapán y Meztitlán.

Todos los indios que componían estas misiones pertenecían a la nación pame, hablaban un mismo idioma y se les había congregado procedentes de varias rancherías en que vivían dispersos y de las que “se extrajeron a los sitios más acomodados en que se fundaron sus pueblos”.

A principios, la vida de las misiones fué sumamente difícil para misioneros e indios, “porque como no se hizo contribución alguna

de parte del Real Erario, ni en yuntas aperadas, para la labranza, ni en ganados de cría, ni en el maíz necesario, y que se acostumbraba dar en las reducciones nuevas, fueron indécibles los trabajos que en aquellos tiempos padecieron," hasta que, a base de limosnas y a costa de la propia paga de los misioneros, "se juntaron yuntas con los necesarios aperos para el cultivo de las tierras y se compraron algunas vacas, y ya no fué tanta la necesidad de los indios, lográndose con dicha diligencia que se minorase esta (necesidad), al paso que con el cuidado de los religiosos se acrecentaban las yuntas, y tambien las siembras, y consiguiétemente las cosechas. De suerte que hoy día, gracias a Dios (dicen los fernandinos) tienen los indios de estas misiones el suficiente sustento para su manutención anual".

No sólo se alcanzaron a producir suficientes cosechas para la alimentación, sino para iniciar un creciente comercio con las semillas sobrantes, en el que se aleccionó a los indios para que cambiaran sus cereales por ganado o herramientas y vestidos.

La alimentación de los indios no solo aumentó en cantidad, sino que mejoró en calidad, pues Junípero introdujo el cultivo de legumbres.

Los trojes de las misiones, que antiguamente no podían sostenerse sin la ayuda age-

na, llegaron a almacenar cinco mil fanegas sobrantes de maíz.

16.—UN JEFE SE HA FORJADO

En el riñón de la Sierra Gorda, un jefe se estaba forjando. Junípero Serra se iba revelando como el gran organizador que alcanzaría toda la gloria y plenitud al llegarle su hora, la gran hora de Junípero, en que habría de sacar casi de la nada toda la riqueza y grandeza que hacen de Alta California la región agrícola más estupenda del mundo.

Y en torno de aquel jefe, se iba formando también todo un estado mayor, el brillante estado mayor de civilizadores que cooperaran con él en las Californias. Palou, Crespi, Lausen, Ramos de Lora, Murguía, De la Campa, Paterna... que figuran en la historia de Sierra Gorda, sonarán también en la historia de las Californias. Sierra Gorda sirve como de escuela preparatoria para la conquista de la Alta California, obra maestra del Colegio de San Fernando.

Y a imitación del jefe, trabajan los demás misioneros colaboradores de Serra. En los campos agrícolas, ellos ponen el ejemplo a los

indios dedicándose a las labores más rudas, como gañanes o como mayordomos, hasta que los indios quedan habilitados y preparados, En lo espiritual, siguen también las huellas del maestro.

El éxito de Junípero en Sierra Gorda está en haber sabido comprender por completo al indio, y en haber hecho frente en su totalidad al problema de la Sierra, con un admirable conocimiento de los hombres y del medio. Pone Junípero a contribución su poderosa inventiva para ganarse al pame por cuantos medios lícitos podían aprovecharse, desde el canto y la música hasta las representaciones teatrales, Escribe y compone personalmente "coloquios" o adapta los agenos y los hace representar a los indios en castellano y en lengua pame.

Y como coronamiento de su conquista espiritual substituye el culto general de la Sierra Gorda a "Cachum" la Madre del Sol, por el culto a la Infinitamente Pura. Comprendiendo a fondo el alma del indio, artista por encima de todas las cosas y a pesar de su rudeza, reviste Serra al culto católico de esplendor inusitado y espectacular y va lentamente insinuando, mediante la magia del canto, la dulzura del cristianismo; imprimiendo a sus neófitos una "tierna y gran devoción" que se acendra en los

cánticos predilectos, como el de "Tota Pulchra", que "aprendieran y entonaban con mucha solemnidad los indios".

17.—LA CONQUISTA DE LA DIOSA "CACHUM", MADRE DEL SOL

Es en la correspondencia de Don José de Escandón donde se encuentra el mejor elogio de la obra de los fernandinos en Sierra Gorda; no sólo en las cartas en que felicita al Colegio de San Fernando "por el ferboroso zelo de los religiosos, que de mi orden las han administrado, cuyo esmero y fatigas me son bien notorios" (como se expresa en misiva al Guardián, de fecha 9 de noviembre de 1762), sino hasta en aquellas cartas en que critica y hace cargos a los misioneros de que no dejan acercarse al corazón de la Sierra Gorda a los pobladores y colonizadores no indios. "En Filaco (se queja amargamente Escandón en carta de fecha 28 de abril de 1751, dirigida al Guardián, denunciando la negativa de los misioneros a recibir pobladores no indios que es donde hay más necesidad de pobladores. . . solo hay dos familias. . . Si en Tancoyol, se hubieran agasajado y atendido (a las familias de gente de ra-

zón que querían radicarse allí) pudieran pasar de ciento...”

Estos cargos implican en realidad un supremo elogio para la obra de Junípero y sus sucesores. Los pobladores que antes huían des-pavoridos de las cercanías de la Sierra Gorda, iban ya hacia ella, definitivamente pacificada y cristianizada, en oleadas cada vez mayores. Era la marea creciente de la civilización en retorno que se entraba por los valles y cañadas, con perjuicio a veces de los intereses de los indios. Y los pames descendían de sus montañas a los pueblos y minerales circunvecinos, pero ya no en son de guerra, sino en son de paz, trayendo los productos de las industrias domésticas introducidas por Junípero, principalmente entre las indias pames. Aprovechando la habilidad de manos y la dedicación y laboriosidad de las mismas, Junípero las inició en las artes de hilar y de tejer a la europea, y enseñó a fabricar medias, calcetas, toallas y otras mercancías con las que aun hoy día comercian los indios pames..’

De su obra material constructiva, quedan todavía para la gloria de Junípero no sólo las capillas que subsisten de pie, sino la ruina de construcciones como las de un gran acueducto de mampostería, en parte subterráneo, que llevaba el agua en abundancia del arroyo del

Agua cate a la plaza misma de Santiago de Jalpan, obra atribuída por el historiador que-
retano Don José Antonio Septien y Villaseñor
a Serra, y que generaciones posteriores de-
jaron azolvar primero y luego desmoronarse
en parte.

Pero el triunfo de Junípero Serra se evi-
dencia sobre todo en la entrega que le hicieron
los propios indios, ya cristianizados, del ídolo
que guardaban en lo mas abrupto de la sierra,
una estatua de la diosa Cachum, Madre del
Sol, que en vano buscaron los soldados de
Don José de Escandón y que Junípero se trajo
como un trofeo al Colegio de San Fernando,
cuando fué llamado para hacerse cargo de las
Misiones de San Sabá.

Esta deidad sanguinaria de la Sierra Gorda,
que no pudo ser conquistada con "la espada del
Hierro Riguroso" de la soldadesca a principios
de la colonización, fué ganada al fin por Juní-
pero con "la Espada de las Dulces Palabras
Persuasivas".

18.—EL HOMBRE PROPONE Y DIOS DISPONE

La llamada de Junípero Serra a México para destinarlo al restablecimiento de la misión en San Sabá, que acababa de ser arrasada por los apaches, quienes mataron a dos de sus ministros e hirieron gravemente a otro, era toda una consagración, puesto que se le confiaba una delicadísima comisión teniendo en cuenta su obra admirable entre los pames.

Junípero daba por hecha su salida para el Rio de San Sabá. En 29 de septiembre de 1758, tres días después de haber llegado de Sierra Gorda, escribía desde San Fernando a su sobrino Miguel de Petra, capuchino de Mallorca:

“Ocho años y meses he estado ausente de este Santo Apostólico Colegio de San Fernando de México, en donde me hallo recién llegado de 3 días y próximo a emprender una jornada de más de cuatrocientas leguas a unas tierras de gentiles, donde se intenta plantar nuestra Santa Fe Católica, empleo para el cual me destina la Santa Obediencia, por lo que acabo de llegar llamado de las misiones de Sierra Gorda”.

Pero el hombre propone y Dios es el que

dispone en definitiva. No estaba escrito que Serra partiera, con su inseparable Palou, a las misiones de San Sabá en la remota Texas. La fecha de la partida se fué posponiendo y por muerte del Virrey Marqués de las Amarillas, en Cuernavaca a 5 de febrero de 1760, Junípero no fué por fin de cuentas a sustituir a los mártires de San Sabá. La Providencia le tenía reservados mucho más altos destinos. California iba a ser el teatro de sus grandes actividades.

19. — EL ORADOR

Desde su regreso de Sierra Gorda hasta 1767, Junípero Serra se dedicó a la predicación y a misionar entre fieles, teniendo como centro de operaciones la Ciudad de México, pero llevando sus correrías de gran fraile andariego a un número increíble de lugares y poblaciones: Zimapán, provincia del Mezquital, Pueblos de las Huastecas, Villa de Valles; costa del Seno Mexicano, en Tabuco, Tuxpan, Tamiahua, etc.; Oaxaca, Tabasco, Río Verde, etc., etc.

Serra fué orador incansable toda su vida. En Palma de Mallorca y sus contornos era cons-

tantemente solicitado como predicador. Ya hemos hablado de él como orador académico en el seno de la Universidad Luliana. En Puerto Rico se reveló como orador de multitudes. Pero es sobre todo en este período de su vida a que nos referimos, cuando mayores oportunidades tiene para dedicarse a la oratoria sagrada.

Hasta qué alturas rayó su elocuencia, no hemos podido averiguarlo porque no hemos logrado dar con algunas de sus piezas oratorias que se dice andan escritas por allí de su puño y letra. Sólo sabemos de la forma exterior de sus predicaciones, que eran largas y expresadas con vigor, en voz a veces tan alta que llegaba al grito; sabemos también que su elocuencia era caudalosa por sus vastos y profundos conocimientos de las Sagradas Escrituras que se desbordaban en sus discursos en largas tiradas; que siempre se colocaba a la altura de sus oyentes, por más rústicos que estos fueran, con el uso de ejemplos, de comparaciones, de símbolos; que hablar era para él un placer que lo transfiguraba y encendía en un júbilo irradiante y contagioso; pero que cuando la magia de sus propias palabras dejaba de resonar en sus oídos, y se tornaba un crítico exigente de sí mismo, se lamentaba amargamente de lo que él tenía por ineficacia de su palabra para mover los corazones. Comparándose

por ejemplo, con los demás oradores de la misión en la Catedral de San Juan de Puerto Rico, de que hablamos muy a los principios, se dolía de que “era el unich en qui no residia aquell foch interior que inflamme las paraulas para mover el cor dels oyents”, (que era el único en quien no residía aquel fuego interior que inflama las palabras para mover el corazón de los oyentes).

Porque para este gran franciscano, el ideal de la oratoria sagrada era hacer sentir a los hombres lo que la elocuencia de nuestro Padre San Francisco hacía sentir a Fray Pacífico, el primer trovador de su tiempo, quien aseguraba que después de oír al Pobrecito de Asís, sentíase atravesado el cuerpo por dos espadas: una de arriba abajo, de la cabeza a los pies, y otra en forma de cruz, a lo largo de los brazos extendidos, taladrándole el pecho...

En ocasiones, nuestro predicador Fray Junípero Serra, tenía arrebatos de oratoria sólo explicables en un alma profundamente franciscana. Si un día, caminando entre Carmano y Bevagno, San Francisco se detiene con asombro de los hermanos Angelo y Maseo para predicar a los hermanos pájaros; si San Antonio de Padua, en Rimini, dirige este exordio exabrupto a los hermanos peces: — “Udite la parola di Dio voi pesci del mare e del fiume...!” (Oid la palabra de Dios, peces del mar y de

los ríos), Fray Junípero, en la fundación de la misión de San Antonio, y después de repicar las campanas acabadas de colgar de un árbol o una horqueta, ante el asombro de los más respetuosos que en esos momentos lo tomaron a loco, se encaró a públicos invisibles, a auditorios ausentes, para hablarles a grandes gritos efusivos y jubilosos.

¡Cosa extraña! Entonces, ante el encendido orador no se veían las multitudes, los grandes auditorios; y, hoy, en California, ante las multitudes en actitud de escuchar, no se vé ya al orador, pero aún sigue resonando la palabra maravillosa del ausente...

0. — BAJA CALIFORNIA CANTA COMO LA SIRENA

DESDE las nebulosidades de su prehistoria, Baja California, la tentadora, no ha dejado un sólo instante, a través de los siglos, de embrujar a los hombres con su inexplicable y fuerte hechizo. Desde que era, para los lectores de libros de caballería — como el de “Las Sergas de Esplandián”—, una Isla, de la Reina Calafia, situada muy cerca del Paraíso Terrenal, escarpada de montañas de metales preciosos y habitada de amazonas negras, Baja California ha sido la obsesión perdurable.

La leyenda de “El Dorado” murió con los últimos grandes conquistadores y aventureros españoles. Las Siete Ciudades de Cibola, que jurara el visionario Fray Marcos de Niza ha-

ber entrevisto desde lejos, en el corazón misterioso del Nuevo México, se desvanecieron bien pronto ante los pecadores y codiciosos ojos de los rudos soldados de Vázquez de Coronado. Las creaciones mismas de la realidad tuvieron un embrujo sobre las imaginaciones, más efímero que el de las fábulas de la época de los grandes descubrimientos: el Potosí es ya sólo un recuerdo, y la Valenciana, exhausta, ya no fascina con su riqueza; el Klondyke fué la fiebre del oro de un instante y los diamantes de Kimberley, la alucinación de un minuto. Sólo la inquietante, remota península, Tierra Incognita, sigue cantando como la sirena.

En vano se ha procurado desentrañar el secreto recóndito de su fascinación. Su filtro milagroso —podría decirse— ha sido el misterio. Mientras la Baja California —podría afirmarse— perteneció a la Mitología, mientras fué Ciguatán la Isla del Tesoro, el país de las negras amazonas, los hombres la amaron, por enigmática, con una fe que fué una ceguera, con una obstinación que fué una locura.

Hernán Cortés, el férreo conquistador, la supo amar con una pasión más ardiente y más rendida que a la "Malinche", y le consagró, con los últimos años de su vida, su riqueza entera, sus más grandes esfuerzos, comprometiéndolo todo lo ganado en la Nueva España. Y

tras de Hernán Cortés se lanzó a la conquista imposible la turbamulta de los alucinados por la tierra baja californiana: Francisco de Ulloa, Fernando de Alarcón, Juan Rodríguez Cabrillo, Sebastián Vizcaíno, el Almirante Otondo, Lunecilla, Iturbi...

Pero es el caso que cuando la Baja California vino a ser sólo una desolada realidad; cuando, gracias a los esfuerzos y exploraciones de Kino, Salvatierra, Ugarte, Link y Consag, se precisó su geografía, deslindándola del misterio, la incorregible siguió seduciendo desde lejos el corazón de los hombres.

De todos los hombres sin distinción. Porque la Baja California ha enamorado a los misioneros a la par que a los piratas y a los filibusteros; a los hombres de empresa, lo mismo que a los hombres de ciencia; igual a Marta la hacendosa, que a María Magdalena, la pecadora.

Los jesuítas la amaron con uno de los amores más puros y desinteresados que recuerda la historia. Soñaban para ella grandes destinos. Baja California sería la Italia del Nuevo Mundo; su Mar Bermejo sería como un nuevo Mar Adriático, y Loreto, la Pobre Loreto, llegaría a ser un gran foco de atracción y de radiación. Y cuando el Virrey La Croix los arrancó de su sueño, todavía en alta mar, convertían

hacia ella los ojos enarenados en llanto para ver como se perdían, en la lontananza marina, los últimos riscosos picachos de su desolada, de su desnuda, de su calcinada, pero bien amada Baja California.

Filibusteros como William Walker, el de los ojos de acero, que quiso hacer de ella y de Sonora la República de las Dos Estrellas, la presentaban a la codicia de los aventureros como una presa fabulosa. Los "W.W", los Trabajadores del Mundo, estuvieron a punto de convertirla en una república socialista para todos los desheredados del mundo; los hombres rubios de los ojos azules la creen suya por "destino manifiesto"; los hombres amarillos de los ojos oblicuos, la codician desde hace tiempo para crear en ella el "Shin Nihon", su tierra prometida, una prolongación en tierra firme de América del Imperio del Sol Naciente; y hasta el Judío Errante ha soñado alguna vez en ella para hacer un alto en el camino, para crear allí un Hogar Israelita del Nuevo Continente.

Naves enarbolando las banderas de todas las patrias del mundo, procedentes de todos los rumbos de la Rosa de los vientos marinos, vinieron hacia ella atraídos por sus riquezas. Nautas ingleses siguiendo la estela de la nave pirata de Sir Francis Drake, desde Tomás Ca-

vendish, pasando por Robinson Crusoe, hasta el capitán Wilkinson, a quien Chile bendice como un libertador y la Baja California maldice como un bandolero. Bucaneros holandeses, como los pichilingues, que venían en busca de las perlas de la Virgen; barcos moscovitas, a cargar la sal para sus establecimientos de Alaska; buques bostoneros que venían a la compra de pieles de nutria y a la práctica del contrabando; veleros escandinavos, tras de sus ballenas; barcazas alemanas de enormes vientres hinchados, a cargar el cobre de las minas de El Boleo para los cables eléctricos y alambres que se estremecen como nervios con las inquietudes de la Humanidad; vapores orchilleros que arribaban al acaparamiento del parásito que producía la tintura para teñir de púrpura las vestiduras del mundo, cuando el mundo se revestía como para una fiesta imperial...

Todos los Ulises de los Siete Mares de la tierra han escuchado su canto y han acudido a su reclamo sin taparse los ojos.

Y con la Baja California, el Alta California ha compartido también la fama universal, desde que fueron, antaño, en la cartografía delirante, islas de misterio y de ensueño: "¡las Californias!"; y hoy día, aun divididas bajo diferentes banderas y bajo diversos gobiernos,

siguen siendo en la magia de su común destino, como la tierra acogedora de la antigua mitología en que se daba el loto maravilloso que mataba en las almas recién llegadas la nostalgia de las patrias de origen...

20.—SERRA ES DESTINADO A LAS MISIONES DE CALIFORNIA

La determinación de Carlos III de expulsar de sus dominios a los Padres de la Compañía de Jesús iba a crear en la Nueva España un problema particularmente difícil: ¿cómo substituir a los misioneros que se expulsarían de California?

El problema revestía singular importancia por múltiples razones. La expulsión debía efectuarse precisamente cuando se cernía sobre aquellas lejanas y dilatadísimas regiones el fantasma de la amenaza extranjera, principalmente de parte de los rusos que desde Alaska se decía pretendían avanzar hacia el Sur y codiciaban lo que entonces se llamaba por las autoridades de la Nueva España muy vagamente "las costas septentrionales de la California". Por otra parte, se suponía que los Jesuítas ocultaban en la Península grandes riquezas,

que eran allí más poderosos que en ninguna otra parte y que dominaban por completo a la población indígena. Se llegaba aún al grado de temerse, por algunos, que los jesuítas opusieran en la Península una resistencia armada.

Tanto el Virrey Marqués de Croix, como el famoso Visitador D. José de Gálvez, se dieron a buscar los hombres capaces de expulsar a los jesuítas y sobre todo de reemplazarlos. Se determinó entonces entregar las misiones que habían de dejar los Padres jesuítas a los franciscanos del Colegio de San Fernando, al frente de los cuales iría Junípero Serra, electo Presidente por el Padre Guardián. La expedición militar se encomendó al Capitán Gaspar de Portolá, originario de Balaguer, Cataluña, dándosele el nombramiento de primer Gobernador de California. Portolá tenía una buena hoja de servicios: se había hallado en los sitios de Demonte, Cuneo, Tortona y Valencia del Poo; en las batallas de la Madona del Olmo y de Placencia y en los reencuentros del Paso del Panaro y del Fidoni.

En 16 de Junio de 1767, salió Fray Junípero Serra del Colegio de San Fernando rumbo a Tepic, con los Padres Fr. Francisco Palou, Fr. Juan Morán, Fr. Antonio Martí-

nez, Fr. Juan Ignacio Gastore, Fr. Fernando Parrón, Fr. Juan Sancho de la Torre (mallorquino), Fr. Francisco Gómez y Fray Andrés Villumbrales.

Serra y sus compañeros llegaron a Tepic el 21 de Agosto. Allí se les juntaron: Fr. Juan Crespi, Fr. José Murguía, Fr. Miguel de la Campa y Fr. Fermín Lazuen, procedentes de Sierra Gorda, cuyas misiones habían sido entregadas al clero secular.

El Hospicio de Santa Cruz de Tepic había sido convertido por aquellas fechas en el cuartel general de la movilización de las fuerzas franciscanas. Allí se habían reconcentrado no solamente los fernandinos que hemos mencionado, destinados a California, sino además a catorce misioneros del Colegio de Santa Cruz de Querétaro, designados para las Pimerías; once Observantes de la Provincia de Jalisco que iban a Sonora y siete misioneros más de la misma Provincia de Jalisco, que se harían cargo de las misiones jesuítas de Tepic.

La Orden de San Francisco reemplazaba a la Compañía de Jesús en el Noroeste de México.

21.—JUNIPERO DISPUTA A SUS PROPIOS HERMANOS LA BAJA CALIFORNIA

Encontrándose Serra en el puerto de Matanchel, preparando con las autoridades navales lo relativo al embarque para la Baja California, llegó a Tepic un correo con orden del Virrey para que la Misión de San Fernando pasara a Sonora, con la de Querétaro; y la de Jalisco, a la California. Palou se apresuró a comunicar a su Padre Presidente en Matanchel la orden del Virrey. Junípero se volvió inmediatamente a Tepic, “sintiendo mucho, dice Palou en sus “Noticias de la Nueva California”, la inesperada novedad; el mismo efecto causó a todos nosotros...”

Los fernandinos se reunieron a considerar el caso y acordaron que Francisco Palou y Miguel de la Campa vinieran a la Ciudad de Guanajuato, donde se encontraba entonces el Visitador Gálvez, a hablar con éste a fin de que se estuviera a lo primitivamente acordado. Mientras, salían para la California a substituir a los Jesuítas los Padres Observantes de la Provincia de Jalisco, con la expedición militar de ocupación mandada por don Gaspar de Portolá.

Palou y De la Campa llegaron a la Ciudad de Guanajuato el 1°. de noviembre, al mediodía; se alojaron en el Convento de los RR. PP. Descalzos y vieron luego a Don José de Gálvez, quien se mostró contrariado por el cambio hecho por el Virrey en el destino de Serra y sus compañeros, pues esto no era lo meditado y acordado, y les dió cartas para el Marqués de Croxi. Al día siguiente, Palou y su compañero se pusieron en marcha para la Ciudad de México, llegando a esta Capital el día 9. Tan luego como el Virrey se enteró del contenido de las cartas del Visitador, dió contraorden, disponiendo que Junípero y los fernandinos pasaran a la Baja California.

Para Serra, la suerte estaba echada.

En el mismo barco, llamado la "Purísima Concepción", que trajo de la Península al Continente a los Padres Jesuítas, salieron Serra y los misioneros del Colegio de San Fernando, del Puerto de San Blas el 12 de marzo de 1768 para su destino.

El paquebot "Concepción" dió fondo en la rada de Loreto (cabecera de la California) la noche del Viernes Santo, 1°. de abril de 1768. Esa misma noche desembarcaron Junípero y Palou, y al día siguiente Sábado de

Gloria, bajaron a tierra todos los demás hijos del Colegio de San Fernando.

Portolá estaba bien adueñado para entonces de la Baja California, pero profundamente desilusionado porque no se encontraban por ninguna parte los fabulosos tesoros que se suponían acumulados allí por los Jesuitas. En compensación, tenía entregada la administración de las temporalidades de las misiones a comisarios escogidos entre la soldadesca.

El 3 de abril, Domingo de Resurrección, se cantó una misa solemne en Loreto, en acción de gracias. En dicho Presidio y Misión de Loreto permanecieron Serra y Parrón. Los demás salieron el 6 para la misión de San Francisco Xavier, de Viggé, y de allí se dispersaron por todos los rumbos el día 8, para ir a ocupar las respectivas misiones que se les había designado por el Padre Presidente.

22.—POLARIZACION DE FUERZAS HACIA EL NOROESTE

Hay en “Las Sergas de Esplandián”, célebre libro de caballería, una maravillosa noticia.

“Sabed que a la diestra mano de las Indias —revela en ese libro su autor Garci Nuñez de Montalvo— hubo una isla llamada California, muy allegada a la parte del Paraíso Terrenal, la cual fué poblada de mujeres negras, sin que ningun varón entre ellas hubiese, que casi como las amazonas era su estilo de vivir...”

Lo de las mujeres negras era lo de menos. Garci Nuñez de Montalvo aseguraba que la isla era por completo de oro macizo.

Esta asombrosa revelación de “Las Sergas de Esplandián” fué decisiva en la historia de la Baja California. Recién conquistada la Nueva España, unos indios del rumbo de Colima dieron las primeras vagas noticias acerca de aquella península y la imaginación desenfrenada de los descubridores y conquistadores —entre ellos el mismo Don Hernán Cortés— se apresuraron a identificar a la región que había descubierto Fortún Ximenez como la Is-

la de la Reina Calafia del maravilloso libro de "Las Sergas de Esplandián".

No es por lo tanto de extrañar que Hernán Cortés, dejando a un lado sus conquistas en el Anáhuac, se entregara de lleno en sus últimos años a la conquista de la California, que le disputaron los más grandes conquistadores de su tiempo: Nuño de Guzmán, Pedro de Alvarado que se vino de Guatemala con el oro del "Pirú" y una flota en busca de la isla paradisíaca; y hasta Hernando de Soto, desde el fondo de la Florida, en la que en vano se había buscado la fuente de la eterna juventud, se sentía con derecho a la prodigiosa Isla de las Amazonas.

Desvanecida la ilusión de aquella tierra que no era de tierra sino de oro macizo, grandes factores siguieron polarizando hacia el Noroeste de México las fuerzas pujantes de la Nueva España que surgía arrestos imperiales. Encontrada por Fray Andrés de Urdaneta la "Vuelta de Occidente", se buscó en las Californias un puerto para el refresco de los Galeones de Manila que llegaran con los aromas de la Especiería y las porcelanas y sedas de la China, pero también con las tripulaciones diezmadas por el mar de Loanda. La búsqueda de los estrechos fué también otro de los motivos de polarización hacia aque-

llas costas remotas; y, más tarde, la amenaza de los ingleses y de los rusos hicieron montar guardia a nuestros estupendos marinos de la época colonial, desde San Blas hasta Alaska.

Y siempre, con terquedad increíble, mientras hubo hacia el Noroeste tierras por descubrir, la magia, el misterio de lo desconocido se agitó como un señuelo ante los ojos de los aventureros.

23.—DON JOSE DE GALVEZ SUEÑA OTRA VEZ EN EL ORO DE LA REINA CALAFIA

Don José de Gálvez sentía fuertemente la fascinación del Noroeste. Galvez había llegado a la Nueva España con amplísimas facultades que le concedían las Cédulas de 10, 14 y 20 de mayo de 1765, de Visitador General de todos los Tribunales y Cajas Reales de este Reyno”, con autorizaciones para “reglar el manejo y gobierno de todas las rentas y ramos de la Real Hacienda” y con el carácter de Intendente de los Ejércitos en América; su actuación se encaminó principalmente a acrecentar los ingresos; pero desde Europa venía obsesionado con la preocupación de los

destinos de California. Había recogido allá todos los rumores de una amenaza extranjera sobre la remota provincia y se había convencido de su importancia leyendo la "Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual" del jesuíta Andrés Marcos Burriel.

Pero la cuestión de la California la englobaba Gálvez en un vastísimo programa que elaboró para el Noroeste de la Nueva España, donde quiso formar una especie de nuevo Virreinato, descentralizándolo del de la Nueva España. Además de la pacificación definitiva y colonización en gran escala de Sonora, donde estaría el centro de la nueva entidad, se impuso la resolución de crear un apostadero en San Blas como base de las conquistas por mar que se proponía llevar a cabo hasta conseguir la ocupación del Puerto de Monterrey y consolidación del dominio de Su Majestad en las costas septentrionales de la California.

Así es que tan luego como se desocupó de sus grandes labores en Guanajuato, San Luis Potosí y Valladolid, se dedicó, en cuerpo y alma, a sus grandes proyectos en el Noroeste.

Consecuente con sus ideas de hacendista, se proponía, entre otras cosas, hacer productiva la California para que no fuera una car-

ga a la Real Hacienda, sino una poderosa fuente de ingresos. Estimaba que la California era extraordinariamente rica, creía en el oro de la Isla de la Reina Calafia, y se encaminó allá llevando mineros de Guanajuato para emprender en gran escala la producción de metales preciosos.

Muchas de sus ilusiones resultaron fallidas, pero Gálvez provocó o acrecentó un nuevo fenómeno de polarización de las grandes fuerzas expansionistas de la Nueva España hacia el misterio del Noroeste; fenómeno de polarización que había de llevar a Junípero hasta la tierra que le estaba destinada para su gloria.

24.—EL GRAN VISITADOR EN EL NOROESTE

Gálvez salió de Guadalajara para San Blas el 4 de mayo y poco después fué alcanzado por un correo del Virrey con un despacho de Grimaldi, Ministro de la Corona, en que se ordenaba a las autoridades de la Nueva España se tomaran medidas para preservar a la California del peligro ruso. Aquello era tanto como llover sobre mojado. Llegó a San

Blas el 13 de mayo y dedicó desde luego toda su atención a la base naval o "apostadero".

El Virrey escribe así a su Majestad con fecha 22 del propio mayo, acerca de este establecimiento, según minuta que hemos visto en el Archivo General de la Nación: "Para formar un puerto a la mansión de los buques destinados a California y Sonora, tanto para facilitar la expedición como para establecer y mejorar los comercios de aquellas Provincias, fué elexido paraje cerca del río que llaman de San Blás, en la costa del Mar del Sur, entre 21 y 22 grados de latitud, a cuyo efecto comisioné a Dn. Manuel Rivero, sujeto capaz de disponer población, puerto y arsenal, que me ha dado cuenta de las ventajas con que se halla en su encargo, teniendo mas de cien familias, entre ellas como ochenta de blancos que aquí llaman de españoles, en que se comprehenden de todos oficios..."

Así se formó el Puerto de San Blas, tan íntimamente ligado con la historia de las Californias y tan estrechamente relacionado con la estupenda hazaña de registro, exploración y mapeo llevada a cabo por nuestros grandes marinos de la última época del régimen virreinal, a lo largo de todas las costas septentrionales, desde Monterrey a la península de Alaska.

Al propio Rivero se había encomendado la terminación de los buques "San Carlos" y "San Antonio", destinados a las comunicaciones con Sonora y la Península, que para aquella época estaban ya en servicio.

En junta celebrada por Gálvez en San Blas con el Ingeniero Miguel Costanzó, el citado Rivero, Antonio Favián Quesada y el piloto y matemático Vicente Vila, acordaron que se enviaran dos expediciones a la ocupación de Monterrey, una marítima, en los bergantines "San Carlos" y "San Antonio", y otra por tierra que había de salir de las misiones de la Antigua California.

El 24 de marzo de 1768 se embarcó Gálvez para California, y después de un viaje de 40 días, escribe el historiador norteamericano Herbert Ingram Priestley, llegó a "the land of his golden dreams...", a la tierra de sus sueños dorados.

Gálvez comunica al Virrey, y éste a la Corona, que la California dará mucho oro y mucha plata de sus minas inexploradas. Porque según Gálvez, si la California no había llegado a ser una tierra de promisión, se debía exclusivamente a los Jesuitas que no habían logrado hacer de los indios más que una especie de "rationales de segunda" y que sólo habían hecho de las misiones una espe-

cie de haciendas para explotar a los indios que él, Gálvez, redimiría.

Gálvez llegó con las ideas anticlericales de su tiempo; con un ideal de colonización lo más laico posible, semejante al de Campomanes para la Sierra Morena, en España; pero el estado de miseria a que habían reducido los comisarios militares de Portolá las misiones, lo hicieron acudir bien pronto en solicitud del concurso de los religiosos en la administración y fomento de los bienes materiales de las misiones.

25.—FRACASO PARCIAL DE GALVEZ EN CALIFORNIA

Todos los historiadores norteamericanos de primera fila reconocen la grandeza de Junípero Serra y todos acaban por rendirle, al valorizar globalmente su obra, un cálido y rendido elogio.

Pero todos, o casi todos: Hubert Howe Bancroft, Theodore Henry Hitell, Charles E. Chapaman, etc, cada vez que pueden, le niegan o regatean el mérito o la gloria en éste o aquel episodio de la historia de la naciente Alta California.

Hubert Ingram Priestley va mas lejos: se empeña en empequeñecer o anular la cooperación de Serra en el plan de ocupación y colonización de la Alta California, para atribuirle toda la gloria al Visitador D. José de Gálvez. Según Priestley, Serra "had nothing to do with the conception of the plan", nada tuvo que ver en la concepción del plan.

Si Priestley se refiere a la concepción general y en el papel de la junta de San Blas de que hemos hablado, Priestley puede tener razón, si se considera el primitivo proyecto, escueto, descarnado, digamos como en esqueleto; pero cuando el plan hubo de ponerse en marcha y de hacerse cuajar para ser llevado a la práctica, la colaboración de Serra con Gálvez no sólo fué estrechísima, sino indispensable. Sin el dinamismo, sin la fuerza de voluntad y el admirable sentido práctico de Junípero, maravillosamente hermanado con su idealismo, habría fracasado como todo el resto de lo planeado y proyectado por Gálvez en la Baja California.

Gálvez implantó en la Nueva España, y principalmente por lo que respecta a la península californiana, la manía, antaño desconocida, de quererlo resolver todo a base de decretos; el absurdo de pretender crear o modificar profundamente las cosas, legis-

lando. El propio Priestley cuenta hasta 19 decretos lanzados por Gálvez en la Baja California (y que todo el mundo puede consultar en nuestro Archivo General de la Nación) a favor de la Baja California y reconoce que algunos de esos decretos resultaron "contra" la Baja California.

Además de la impotencia de Gálvez para hacer producir a la Baja California al grado de que no necesitara de la ayuda económica del "Fondo Piadoso de las Californias", Gálvez se anotó otros muchos fracasos en aquella península.

Dispuso Gálvez que Cabo San Lucas se convirtiera en población-clave de las posesiones españolas en el Pacífico del Norte, y no llegaron a levantarse allí más que dos miserables cabañas; decretó la creación de una escuela de artes y oficios para los indios, no habiendo quien lo tomara en serio; quiso crear una especie de escuela náutica práctica y nunca pasó este deseo de un proyecto; pretendió convertir al poblacho de Santa Anna en una gran villa cabecera de la Región del Cabo y en un centro minero de primer orden, mandando instalar, al efecto, maquinaria para la saca de plata y refinar oro, pero tampoco pudo lograrse; los mineros que llevó allá desde Guanajuato para crear el auge de

la riqueza mineral, se volvieron descorazonados.

“La Villa que intentaba fundar en la Hacienda de Santa Anna —informa el misionero Juan Ramos de Lora, al Virrey— tampoco ha tenido logro, ni el afecto deseado; pues aunque se compraron las casas de dicha hacienda para en ellas poner un Almacén Real para el surtimiento de este Departamento Sur de la California, y para que en ellas quedasen establecidos y viviesen los Comisarios Reales, Oficiales y Ministros de Justicia y que a continuación de dichas casas se hiciesen las fábricas necesarias, para que en ellas se construyesen y armasen las máquinas, y los artes que se habían inventado, para beneficiar los metales y las sacas de Platas, no habiéndose logrado el intento... dentro de muy poco tiempo quedaron abandonadas, como las demás que allí se han fabricado; por lo que sólo quedaron las casas, que eran antes de la hacienda, aunque muy maltratadas y amenazando ruinas... “(Archivo General de la Nación, Vol. 12 de Misiones)

Este fracaso de Gálvez era de esperarse desde que comenzó a actuar en la Península, Basta darse uno cuenta de sus críticas a los Padres Jesuítas para que se adivine su in-

comprensión de los problemas fundamentales de la Baja California.

26.—SERRA HACE SUYO EL PROYECTO DE COLONIZAR LA ALTA CALIFORNIA

Sólo el plan de conquistar y colonizar la Alta California se salva del fracaso de todo lo proyectado por Gálvez para aquellas regiones, por haberlo hecho suyo la férrea voluntad de Junípero Serra.

Recién llegado Gálvez a Santa Anna —que convierte en el centro de sus actividades— se apresura a escribir al Padre Presidente de las Misiones, en 12 de junio, participándole su llegada y pidiéndoles a dicho Presidente y demás ministros de las misiones “se sirvan todos darme los documentos y luces que pido y necesito, si han de recaer mis providencias sobre una competente instrucción de los hechos”,

Por desgracia, Gálvez no solía aprovechar las luces ajenas.

Serra y Gálvez siguieron carteándose. Algunas de las cartas del segundo al primero se conservan todavía en nuestro Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía.

Entre otros asuntos, Gálvez le trata lo relativo a la expedición en proyecto para el Puerto de Monterrey, y le pide dos Padres para los barcos. Respecto de Baja California, le suplica que los Ministros de las misiones se hagan cargo de los bienes temporales de éstas, pues los comisarios militares las arruinan y le ruega venir a tratar con él los asuntos que lo habían llevado a tierras peninsulares.

Cuando Serra se resolvió a bajar de Loreto al Real de Santa Anna para tratar de vivavor y con la amplitud necesaria la ocupación Monterrey, Gálvez le escribió, en 22 de octubre, celebrando su resolución y concretándose a añadir que, puesto que iban a "hablar de todo", le suplicaba se encaminara a Santa Anna "en derechura", ofreciéndole allí "puchero abundante y alojamiento estrecho".

Más tarde, por el propio Serra se sabrá cuan estrecha fué la colaboración entre Gálvez y el propio Serra en el desarrollo del acuerdo primitivo y escueto de la Junta de San Blas para convertirlo en todo un plan de acción, organizado y viable. En carta de junio 20 de 1779, Serra revela al Guardián de San Fernando "haber habitado dos meses con el visitador en continuas conferencias sobre estas expediciones (a Monterrey)".

Respecto de misiones, Serra y Gálvez acor-

daron que se fundasen tres desde luego: una en San Diego, otra en Monterrey y la tercera en el intermedio, y que se implantara en ellas “el orden y gobierno que las de Sierra Gorda, tan del agrado del propio ilustrísimo señor” Visitador.

Claro que nadie puede desconocer la importancia de que Gálvez respaldara lo proyectado en aquel momento decisivo para la Alta California, dado su valimiento e influencia en la corte y sus poderes casi omnímodos de que disfrutaba; pero no se crea —como pudiera suponerse leyendo a Priestley— que la idea de ocupar Monterrey y colonizar las costas septentrionales de la Nueva España fué original de Gálvez. Basta leer cómo empieza el relato oficial de la ocupación de Monterrey por la expedición de Portolá, para comprender hasta qué punto había sido acariciada y sobada esa idea con anterioridad.

“Después de las repetidas y costosas Expediciones — dice el famoso “Extracto de Noticias” que se mandó imprimir en México a raíz del redescubrimiento de Monterrey — que se hicieron por la Corona de España en los siglos antecedentes para el reconocimiento de la Costa Occidental de California por la mar del Sur, y la ocupación del importante Puerto de Monterrey, se ha logrado ahora felizmente...”

27.—LAS EXPEDICIONES POR MAR Y TIERRA A MÓNTERREY

De las expediciones acordadas en la Junta de San Blas de que ya hemos hablado, la primera en organizarse y partir fué la marítima; pero se acordó dividirla en dos partidas o trozos.

Así es que, primero partió el “San Carlos”, alias “El Toyson de Oro”, del Puerto de la Paz y luego, el “San Antonio” o “El Príncipe”, de Cabo San Lucas.

Don Vicente Vila, Capitán del “San Carlos”, abre su diario de bitácora o de navegación con estas palabras, con las que se abre también la historia de la conquista de la Alta California:

“Del lunes 9 de Henero, al Martes 10 de 1769 años. — A las doce de la noche con el viento de tierra por el Sur-Sur-Oeste mui floxo, zarpé el ancla y me hice a la vela con todo aparejo...”

Iban a bordo del “San Carlos”, además de la tripulación, 25 voluntarios de Cataluña al mando el Teniente Don Pedro Fages, el cirujano francés Don Pedro Prat y Don Miguel Costansó “en calidad de Ingeniero — según el mismo refiere — y con el fin de formar allá

el establecimiento proyectado (de Monterrey), y levantar los planos y mapas de los puertos y terrenos. . .”

Llevaba el barco así mismo esta preciosa carga que especifica Palou: “todos los utensilios de casa y campo, con las necesarias herramientas para labores de tierra y siembra de toda especie de semillas, así de la antigua como de la Nueva España, sin olvidarse por estas atenciones de las más mínimas, como hortaliza, flores, lino. . .”

Junípero, como es de suponerse, había bendecido previamente a la embarcación, los tripulantes, las semillas y las plantas que florecerían y fructificarían en tierras de la Alta California, y las banderas del Rey que se desplegarían en toda su gloria, bajo su cielo.

El “San Antonio” partió el 15 de febrero del Cabo San Lucas, despachado personalmente por Gálvez que había ido allá para reconocerlo y carenarlo, con ese entusiasmo y ese cuidado verdaderamente admirables que supo poner en todo lo referente a la organización de las expediciones.

Mandaba la embarcación D. Juan Pérez, de origen mallorquino, como Junípero, de notables dotes marineras. Pérez había servido en la carrera de Filipinas, a bordo de los galeo-

nes de Manila y más tarde había de hacerse célebre como descubridor de Nutka.

Un tercer barco, "El San José", debía salir más tarde con provisiones. En el "San Carlos" viajaba Fr. Fernando Parrón y en el "San Antonio" iban Fr. Juan Vizcaíno y Fr. Francisco Gómez.

La expedición por tierra salió también dividida en dos grupos o trozos, pues no se quiso comprometer el éxito de las dos expediciones enviando todos los elementos en una sola partida por mar o en una sola partida por tierra.

El primer trozo de la expedición terrestre salió al mando del Capitán Fernando Rivera y Moncada, veterano de la Península, el 24 de marzo del citado año de 1769, desde un punto denominado Velicatá, al Norte de la misión de Santa María de los Angeles, la más meridional de las fundadas por los jesuitas.

Rivera y Moncada había recibido órdenes de situarse en dicho lugar con veinticinco soldados de cuera, tres arrieros, y cuarenta y dos indios peninsulares cristianos, que formaban la primera partida expedicionaria, en espera de que repusieran en dicho lugar, el más apropiado que se encontró por su agua y sus pastos, cuatrocientas cabezas de ganado va-

cuno, caballar y mular destinado a San Diego.

La segunda partida de la expedición terrestre salió, también del mismo Velicatá, el 15 de mayo del referido año al mando del Gobernador de California, Don Gaspar Portolá, con varios indios californios conversos, 10 soldados del Presidio de Loreto y 170 mulas con carga. Con Rivera y Moncada iba el Padre Juan Crespi, llevando consigo o a su cuidado, con solicitud casi femenina, las plantas y semillas más escogidas de la Vieja California, como un presente para la Nueva.

Y con Gaspar de Portolá, llevando bajo el brazo el "Diario" del Padre Jesuíta Wenceslao Link, como guía, y arrastrando por los desiertos su pobre pata coja, iba Junípero Serra, el hombre del destino.

28.—JUNIPERO BESA EL SUELO DE LA BAJA CALIFORNIA

Junípero Serra no podía irse de la Baja California sin añadir siquiera una nueva Misión a las fundadas por los Padres de la Compañía de Jesús. La víspera de la salida del segundo y último trozo de la expedición por tierra, 14

de mayo, primer día de Pascua del Espíritu Santo, fundó la Misión de San Fernando de Velicatá, que durante muchos años sería la base de aprovisionamientos por tierra de las nuevas misiones en la Alta California. "Revestido de alba y capa pluvial —cuenta Palou— bendijo el agua y con ella el sitio y la capillita improvisada, enarboló la cruz y designó como Ministro de la nueva Misión a Fray Miguel de la Campa; luego cantó misa, predicando acerca de la venida del Espíritu Santo. Finalmente, cantó con su gran voz varonil el "Veni Creator Spiritus" supliendo la falta de órgano y demás instrumentos músicos, los continuos tiros de la tropa, que disparó durante la función, y el humo de la pólvora al del incienso, que no tenían".

Junípero no había tenido hasta entonces, materialmente, tiempo para ocuparse de nuevas fundiciones. Sólo un año, un mes y como 15 días había permanecido en la Baja California de los Jesuitas. Había llegado a la rada de Loreto el 1.º de abril de 1768, y el 15 de mayo de 1769, se ponía en marcha desde San Fernando de Velicatá para San Diego. Al llegar a Baja California hubo que enfrentarse con el desastre a que habían conducido las misiones los soldados que quedaron al frente de ellas, después de la expulsión de los jesuitas, y tres

meses después de su llegada, tuvo que empezar a pensar, a instancias de Gálvez, en las expediciones destinadas a Monterrey, y a partir de octubre, consagrarse de lleno con el Visitador a preparar hasta en sus más mínimos detalles la conquista y colonización de la Alta California.

Pero ni en los apresuramientos de la partida se olvidará de su bien amada tierra de la Baja California. Agobiado por el enorme trabajo de los preparativos de las expediciones y urgido en los últimos momentos por Portolá, ya en marcha, para que se le una, Serra encontrará todavía manera de visitar las misiones del Norte, observar lo que les hace falta y recomendar a sus Ministros, por escrito y de viva voz, lo que en su concepto hay que hacer por cada una de ellas para su beneficio; y deja a Francisco Palou, su discípulo amado, en su lugar, como Presidente, entregándole por escrito una especie de programa general para todas las misiones, según el mismo Serra informará más tarde al Guardián de San Fernando desde San Diego California (en julio 3 de 1769): "Cuando yo salí de las viejas misiones dexé en mi salida apuntados cuantos asuntos me parecen convenir que se propusiesen a dicho Padre (Palou) para que las cosas quedasen en buen pie".

Nunca jamás olvidará a la Baja California; en medio de la infidelidad de la Alta California, por muchos años pensará con nostalgia en la Península como en la Cristianidad más próxima.

Estima que la Providencia y la Geografía señalan a las dos regiones un común destino. Comprende la necesidad que la Alta California, recién nacida a la civilización cristiana, tiene de los indios y de los auxilios de la Baja California ; pero piensa también, sin duda alguna, que con el tiempo Alta California estará en condiciones de pagar con creces a la Península todos sus sacrificios.

Antes de partir para San Diego besará la tierra de la Baja California, no sabemos si como despedida a la vieja cristianidad o como un ósculo de salutación a las tierras vírgenes por conquistar. El mismo nos lo cuenta. Acababa de fundar la Misión de San Fernando Velicatá, cuando le avisaron que se acercaban a ella los primeros indios gentiles. Entonces, al escuchar esta buena nueva, dice, "alabé al Señor besé la tierra, dando a su magestad gracias de que después de tantos años de desearlos me concedía verme entre ellos, en su tierra". Salió al encuentro de los hombres que llegaban "enteramente desnudos, como Adán en el Paraíso antes del pecado", y les

llenó las manos de la más rica y más dulce fruta de la Vieja California: les llenó las manos de higos pasados y enmielados; y, en el dintel de la gentilidad, una esperanza cruzó por su imaginación: la de poder crear con aquellos hombres nuevos, maleables como la cera, un remedo de paraíso sobre la tierra. Y se puso en marcha hacia la nueva Arcadia que iba a fundar, una Arcadia cristiana que Nelly Sanchez Van de Grift había de bautizar con el hombre de "Spanish Arcadia".

29.—EL ESPIRITU ESTA PRONTO, PERO LA CARNE ES FLACA

Por el propio Junípero Serra sabemos que los impulsos a la acción le llegaban en ondas de júbilo, en oleadas de una alegría interior que acrecentaba sus fuerzas. Cuando inició su viaje a San Diego California, el júbilo que irradiaba su persona era patente a todos. Pero en cambio las flaquezas de la carne lo encadenaban. Caminaba como arrastrando grilletes: la llaga, la vieja llaga, otra vez la llaga que atormentaba uno de sus pies enfermo, hacía de la marcha un martirio.

Viéndolo de esta suerte, cuenta Palou, el Gobernador le suplicó que se devolviera.

—No hable usted de esto— le contestó Junípero, porque yo confío en que Dios me dará fuerzas... Mas que me muera en el camino, no vuelvo atrás; a bien que me enterraran, y quedaré gustoso entre los gentiles, si es la voluntad de Dios.

Ante esta resolución, sigue diciendo Palou, y viendo Portolá que ni a pié ni a caballo podía seguir, “mandó hacer un tapextle en forma de parihuela o féretro de difunto formado de varas, para que acostado allí lo llevarsen los indios neófitos de la California...”

Más de algun fraile andariego enfermo, que no podía hacer fuerzas de piernas, viajó así, como muerto, llevado en camilla, para no interrumpir sus correrías evangelizadoras; pero el temple de Junípero no podía consentir en ser una carga para sus hijos.

Entre los arrieros de la Expedición va un tal Juan Antonio Coronel, con fama de un tanto cuanto curandero. Junípero le suplica le dé una medicina para su llaga.

—Padre, le contesta, soy arriero y sólo he curado las mataduras de las bestias.

—Pues, hijo mío, — le replica Junípero—, haz cuenta que soy una bestia y esta llaga es una matadura...

Y el arriero Juan Antonio Coronel aplica a la llaga de Junípero una cura que acostumbraba aplicar a las mataduras de las mulas.

Junípero logra cierto alivio que aprovecha para estudiar el terreno que a medida que se avanza se va mejorando; y va buscando y localizando lugares apropiados para presas y sitios propicios para un cordón de nuevas misiones que, en sus sueños, habían de unir la Nueva con la Vieja California.

30.—EL ARRIBO DE LAS EXPEDICIONES A SAN DIEGO

El primero en llegar al Puerto de San Diego, fué el Paquebot "San Antonio", alias "El Príncipe", que fondeó el 11 de abril.

Cuando en 29 del mismo mes, por la tarde, llegaba el "San Carlos" "en demanda del puerto con todo velamen", ya se lo encontró allí fondeado en Punta Guijarros. Largaron los dos barcos sus banderas, saludándose.

A las 8 de la noche, la lancha del "San Antonio" abordó al "San Carlos" llevando a Vila la noticia de que la mitad de la tripulación de Perez, de la cual habían muerto ya dos hombres, estaba infestada de escorbuto. Vi-

la llegaba en peores condiciones: solo dos hombres de mar tenía buenos y la mitad de la tropa estaba enferma del mal de Loanda. Vila no podía dar un paso. Fr. Fernando Parrón se sostenía de pié por milagro y el mismo cirujano don Pedro Prat “estaba en la imposibilidad de asistirlos (según se lee en el diario de bitácora del “San Carlos”), por estar gravemente malo”.

Rivera y Moncada llegó a San Diego el 14 de mayo. Portolá hizo su entrada en 1° de julio y en 4 del mismo mes informa al Virrey De Croix:

“Hallé en este puerto a la gente de mi primer trozo, tan llena de salud y fuerzas como la que traje en mi compañía; pero a la expedición marítima la encontré poco menos que inutilizada; y en estado tan infeliz y deplorable que movía a la mayor compasión; todos sin excepción, soldados, marineros y oficiales, están tocados del escorbuto; unos enteramente postrados, otros medio tullidos; otros en pie, pero sin fuerzas; y esta terrible enfermedad se ha llevado ya treinta y un hombres...” (Archivo General de la Nación, Ramo de “Californias”, tomo 76).

El cuadro del San Diego de aquella hora, pintado por Junípero, no es menos sombrío. La visión del puerto le impresiona favorable-

mente; le parece, como escribe a Palou, “verdaderamente bello y con razón famoso”. Pero el espectáculo de los hombres que llegaron a San Diego por mar es profundamente conmovedor. Cuenta que debido al mal estado del barrilaje del “San Carlos”, “le faltó el agua inopinadamente”, por lo que sus tripulantes arribaron a una isla en busca de agua, que resultó de mala calidad y enfermaron de escorbuto mal de Loanda, de suerte que solo llegaron buenos a San Diego un marinero y un cocinero; que de los “Migueletes” o voluntarios catalanes, murieron 3 y gran número estaba enfermo; que los del “San Antonio”, “que estaban por salir para Monterrey, se contagiaron al socorrer a los del San Carlos”. (Correspondencia de Serra. — Biblioteca Nacional de México, Sección de Manuscritos).

Así, en plena tragedia, dió comienzo a la admirable obra colonizadora de la Alta California.

31.—BUSQUEDA DE MONTERREY Y FUNDACION DE SAN DIEGO

Apenas llegado, Portolá dió providencias para seguir adelante: “el propio día de mi arribo — escribe al Virrey — propuse al comandante de mar Dn. Vizente Vila el seguir su viaje para Monterrey... facilitándole los medios y 10 hombres”.

Vila le contestó que aceptaría partir aun con la mitad de los hombres que le ofrecía Portolá, siempre que estos fueran marinos; pero como no le podía proporcionar más que soldados, el viaje por mar era imposible. Portolá determinó ir en persona y por tierra, en demanda del ambicionado puerto de Monterrey. La expedición salió el 14 de junio de 1779.

El Ingeniero Costansó, en su “Diaro Histórico de los Viajes de mar y tierra hechos al norte de la California”, nos describe así la pintoresca caravana en marcha hacia el Norte: “iba en la cabeza el Comandante con los oficiales, los seis hombres de los voluntarios de Cataluña, que se agregaron en San Diego, y algunos indios amigos, con palas, azadones, barras, hachas, y otros instrumentos de gas-

tadores, para desmontar, y abrir paso siempre que se ofreciera: seguía-se después la re-cua dividida en cuatro atajos, con sus arrie-ros, y competente número de soldados de Presidio, para su escolta en cada uno: venía en la retaguardia, con el resto de la tropa e indios amigos, el Capitán Don Fernando de Rivera, conboyando la caballada y mulada de remuda''.

Iba también el Padre Crespi, que había de escribir un "Diario" de esta expedición, diario que le ha valido este supremo elogio de Herbert Eugene Bolton: "Entre todos los grandes diaristas que registraron las exploraciones en el Nuevo Mundo, Juan Crespi ocupa un lugar eminente".

Mientras, se iba fundando San Diego. Las primeras construcciones en aquel puerto fueron las barracas levantadas por los enfermos, para los agonizantes. Con los primeros cimientos se abrieron también las primeras fosas para los muertos. Los supervivientes se iban encariñando con el país recién ocupado, gracias al arraigo de los huesos. Los convalescientes no desertan, porque algunos de sus compañeros de fatigas se han quedado allí a descansar definitivamente.

Pero cedamos la palabra a Costansó, que por ingeniero, tiene mas autoridad que noso-

tros para describir las primeras construcciones que se hicieron: "Construyóse en las inmediaciones de la Playa, a la parte del Este, un corto recinto formado de un parapeto de tierra y fagina, que se guarneció con dos cañones; desembarcáronse algunas velas y toldos de los Paquebots, con las que se hicieron dos tiendas capaces para Hospital: pusieron a un lado las suyas los dos Oficiales, los Padres Misioneros y el Cirujano, y hallándose todo en estado de recibir enfermos, se trajeron de a bordo en las lanchas, y se acomodaron en la tienda lo mejor que se pudo".

Pero Junípero, a quien le hormigueaban las manos por trabajar, puso bien pronto casa aparte.

Substrayéndose al ambiente del hospital y al derrotismo del momento, y pensando más que en la muerte en la vida y en el porvenir, a los dos días de la salida de la expedición procedió a fundar el establecimiento, y enarbolando el estandarte de la santa cruz, "fijándola en el sitio que le pareció más propio para la fundación del pueblo... con la poca gente que existía sana, en los ratos que no era preciso asistir a los enfermos, se fueron construyendo unas humildes barracas; y habiendo dedicado una para iglesia interina, se procuraron atraer allí con dádivas y afectuosas expresiones a los gentiles que se dejaban ver"...

Cuando es dable enviar desde el nuevo establecimiento un correo por tierra a lo largo de la Baja California, Serra rinde parte a su Colegio: "Dia 16 del mismo julio se fundó en la devida forma esta misión de San Diego de este puerto, y en el inicio de los libros nos nombramos ministros de ellas yo, y el dicho padre Fr. Fernando (Parrón)".

32.—LA BIENVENIDA DE LAS ROSAS

Hay una primera impresión de Junípero en suelo de la Alta o Nueva California que le durará toda la vida; que lo lleva, recién llegado, a adoptar una actitud de optimismo: la impresión que le produce lo que pudiéramos llamar la bienvenida de las rosas.

Junípero llega a lo que será el primer establecimiento de la Alta California en plena día; el puerto, bajo un sol espléndido, le parece "verdaderamente bello y con razón famoso". Escribiendo al Guardián le hace esta primera descripción del país: "la tierra es buena y tiene un río (¡un río!... téngase en cuenta que Junípero llega de la Baja California, la Tierra-Sin-Ríos) y hay tantas parras naturalmente y sin humana industria nacidas, que poco costará

imitar a nuestro Padre Noé. Hay muchas rosas de Castilla, y buenas arboledas; pero más que todo es la abundancia de las gentes. . .”

¡Rosas de Castilla! Se adivina luego la interna y reconfortante impresión que debió causar en el alma franciscana de los misioneros escapados de los desiertos bajacalifornianos la presencia de rosas de Castilla, crecidas a la buena de Dios en las nuevas tierras por evangelizar.

En la parte de la Baja California que ocuparon los Padres Jesuitas, no debe haber habido rosas de Castilla, pues el P. Francisco Piccolo hizo que le llevaran del Continente a la Península de esta clase de rosas, según es de verse por una carta que le escribió al Procurador de las misiones, recomendándole: “Me dice Gerónimo Palermo que dexó unas plantas de rosas de Castilla en Ravan para mi: si están de pie, Vuestra Reverencia, por quien es, me las remita. . .”

En cambio ya Fray Antonio de la Ascensión, desde el viaje de Sebastián Vizcaino a la Alta California en 1602, se las había encontrado en esta provincia en abundancia, principalmente en el Puerto de Monterrey, pues en su “Relación” nos dice haber visto allí “mucha rosa de Castilla”, “lindas lagunas de agua dulce” y sierras nevadas.

También Juan Crespi nos refiere en su

“Diario” su encuentro con ellas, al llegar a San Diego y, más comunicativo que su maestro y Presidente, nos cuenta además, la embriaguez de la bienvenida; nos refiere cómo las toma al llegar —aún sin sacudirse el polvo de los largos caminos— en brazadas y cómo aspira con deleite su fragancia. Ya no le abandonarán jamás en sus caminatas; serán siempre sus fieles compañeras de viaje, las verá constantemente a lo largo de los senderos y sobre todo a la vera de los arroyos y de los ríos, desde San Diego a la bahía de San Francisco.

Y estas rosas de Castilla difunden en el ambiente de las tierras acabadas de ocupar por Junípero y sus compañeros, un capitoso perfume de optimismo que inspira una fe jubilosa en el porvenir a los recién llegados.

“Aquí no hay apaches, — escribe Serra en la citada carta al Guardián, lleno de confianza — aquí no hay enemigos”. Y le anuncia su esperanza de que “cumplirá a Dios Nuestro Señor en la Nueva California la palabra dada a Nuestro Padre San Francisco de que con la sola presencia de sus hijos, se convertirán en los últimos siglos los gentiles”.

Luego añade, profetizando en firme: “Lo que sí digo (es que) las misiones que por acá se pongan, considero serán más ventajosas

que las antiguas porque la tierra es buena, y mas abundantes y muchos los aguajes”,

En realidad Junípero había encontrado aún antes de llegar a San Diego, arriba de Velicatá, en la región que por algún tiempo se llamó de la Frontera, “muy buenas tierras” y “muy buenos aguajes” y había notado en “mucho trecho atrás” la ausencia de piedras y de espinas características de la California Jesuítica, y que desde medio camino o antes, de Velicatá a San Diego, empezaban a presentarse “los arroyos y los valles hechos unas alamedas”.

Y porque encontró parras silvestres “buenas y gordas”, y porque “en varios arroyos del camino y del paraje en que nos encontramos, a más de las parras hay rosas de Castilla”, le anuncia también a Palou una obra mas fecunda en la tierra al Norte de San Diego que en la península de los jesuitas, porque la nueva tierra ocupada “es buena y muy distinta tierra de la de esa Antigua California”.

33.—¡EL PUERTO DE MONTERREY ES UN MITO!

Mientras Fray Junípero Serra iniciaba sus trabajos en San Diego, Gaspar de Portolá y su comitiva marchaban en pos de una quimera. Iban en busca del famoso Puerto de Monterrey, descrito con amor por el piloto González Cabrera Bueno, de la expedición de Sebastián Vizcaino, e idealizado por éste último con miras mercantilistas.

Llevaban, Portolá y su gente, para identificar el puerto en el terreno, una copia de la descripción de González Cabrera Bueno tomada de su "Navegación Especulativa y Práctica".

La caravana subió en búsqueda infructuosa hasta la Bahía de San Francisco y bajó de San Francisco a San Diego repasando la costa en registro más minucioso, sin encontrar el famoso puerto. Y sin embargo, dos veces, de ida y de vuelta, estuvieron en él y lo más curioso del caso resulta que después de haber estado dos veces en el lugar que buscaban, dejaron en el mismo una carta enterrada al pie de una cruz haciendo constar, muy solemnemente, que no habían dado con el lugar que

buscaban, que era precisamente donde enterraban la constancia. La carta está fechada en 9 de diciembre en Ensenada de los Pinos. ¡Ensenada de los Pinos era el Puerto de Monterrey! ¿Qué había pasado?

Los expedicionarios se hacían cruces: “No sabíamos que pensar — escribe el Ingeniero Costansó — a vista de lo que pasaba. Un puerto tan famoso como el de Monterrey, tan celebrado y ponderado a su tiempo por unos hombres de carácter, hábiles e inteligentes y prácticos navegantes, que expresamente vinieron a reconocer estas costas de orden del monarca que entonces regía las Españas, ¿cabe decir que no se ha encontrado después de las más esquisitas y vivas diligencias, practicadas a costa de muchos sudores y fatigas? ¿o será lícito pensar que se ha cegado y destruido con el tiempo?”

Portolá, en carta de 11 de febrero de 1770 al Virrey (Archivo General de la Nación, Ramo de “Californias”, Tom. 76), hablándole de las ventajas de la expedición que duró seis meses y medio, enumera la de “desengañarnos que Monterrey en lo que hemos andado no existe”.

El fiasco tiene su explicación bien sencilla. Las bondades del puerto habían sido exageradas. El Capitán Don Fernando Rivera parece

sospechase el engaño cuando al volver de la segunda exploración al puerto, expresó: “que lo que debía ser Río Carmelo es solo un arroyo; y lo que debía ser puerto, una pequeña ensenada, y lo que eran lagunas grandes, laguni-llas...”.

Además, los exploradores habían sido víctimas de una ilusión colectiva. La expedición de Sebastián Vizcaino a las costas de California en 1602, había tenido por objeto encontrar un puerto para el Galeón de Manila, que en su viaje a la América se acercaba a este continente a la altura del Cabo Mendocino; cuando más tarde fué encontrado Monterrey, no llegó sin embargo a aprovecharse porque no resultaba práctico ya detenerse en dicho puerto. Monterrey de California siguió obsesionando a los españoles ante el peligro de que éste fuera ocupado por los rusos o por los ingleses, que lo codiciaban con vehemencia. Por eso Portolá y su gente no podían resignarse a creer que la mediocre ensenada que en realidad era Monterrey, fuera el famoso puerto anhelado por la Nao de China como Tierra de Promisión y codiciado por los extranjeros como presa de valor incalculable.

34.—VUELVE LA CARAVANA DE ESQUELETOS

Portolá asegura que emprendió la marcha desde San Diego hacia el Norte en busca del Puerto de Monterrey, con un puñado de esqueletos. Ya podrán imaginarse nuestros lectores cómo regresarían aquellos hombres de su malograda expedición, después de haberse alimentado, cuando podían, durante meses, con carne de mula flaca, sin grano de sal y sin sazón alguna.

Costansó y Crespi, con idénticas palabras, nos pintan en sus "Diarios" el sobresalto y la angustia de la caravana de espectros al acercarse de regreso, desilusionados y vencidos, al Puerto de San Diego:

"A la verdad — escriben en los "Diarios" — todos venían con el recelo que habiendo durado el rigor de las enfermedades y la mortandad de gente, no hubiese quedado el establecimiento hecho un páramo".

No; el Real no era todavía un páramo, pero era ya más cementerio o camposanto que hospital.

Costansó asienta en su "Diario" al llegar

a San Diego: "todos los que dexamos enfermos en su lecho se los había llevado Dios".

Para colmo de males, los expedicionarios fueron saludados con la nueva de que los indios de San Diego habían asaltado el Real el día de la Asunción de Nuestra Señora; que un jovencito de Guadalajara había muerto herido por los indios junto a Junípero Serra ("en el jacalito de mi habitación", dice éste); que habían resultado heridos durante el asalto: el Padre Vizcaino, un herrero de Guadalajara y un indio cristiano de la misión de San Ignacio, de la Baja California.

Sin embargo, a pesar de la primera sangre, en el ánimo de Junípero persistía la impresión de la bienvenida de las rosas y en medio de aquellos hombres sombríos y cabizbajos, podía aun sonreír y permitirse hacer finas ironías a costa de los expedicionarios. No era para menos: ¡Haber ido a Roma y no haber encontrado la Basílica de San Pedro!

Hecho el recuento de los víveres y provisiones y calculándose que estos no podían durar sino hasta mediados de marzo, descontados los necesarios para volverse a Velicatá, se acordó en contra del parecer de Serra, abandonar la empresa, si para el 19 de marzo de 1770, fiesta de San José, Santo Patrón de la Expedición, no recibían auxilios, del "San

José" o del "San Antonio" que había regresado a San Blas en busca de ellos.

35.—"¡PASSAR AVANT Y NUNCA RETROCEDIR!"

En esta hora crucial de la historia de la Alta California y cuando no se hablaba en el Real de otra cosa sino del regreso, según refiere Palou, "pareciéndoles así a los oficiales como a los marinos dilatado el plazo" que se habían fijado, Serra y Crespi determinaron quedarse aunque todos partieran.

¡No desampararían la nueva tierra por evangelizar; no darían media vuelta; cumplirían al pie de la letra, contra todos y contra todo, este lema de toda la vida de Junípero, que se lee en una de sus cartas en mallorquin': ¡PASSAR AVANT Y NUNCA RETROCEDIR!"

En la popularísima pieza teatral de John Steven Mc. Croarty, que se representa en California al aire libre con el nombre de "Mission Play", en el primer acto, se dramatiza el momento en que aprobando abandonar la California, Junípero se agiganta con su resolución de quedarse, determinación que

decide en definitiva la suerte de la Alta California. El hecho es generalmente admitido y aun Bancroft mismo asegura que Serra y Crespi se opusieron tenazmente al abandono. Pero el gran historiador Charles E. Chapman lo niega rotundamente. Estima que es sólo una leyenda inventada por Palou, con ánimo de exaltar a Serra y calumniar a Portolá, quien, según Chapman, nunca llegó a pensar en abandonar la empresa.

Mucho antes de que Palou escribiera en San Francisco California su magnífica "Relación Histórica de la Vida y Apostólicas Tareas del Venerable Padre Fray Junípero Serra", el Gobernador de las Californias, Don Matías Armora, en un informe al Virrey que obra en el Tomo 76 del Ramo de "Californias" del Archivo General de la Nación, con el título de "Noticias sacadas de las cartas que recibí el 2 de agosto de 1770", escribe textualmente: "Día 19 de marzo se avisó desde la misión de San Diego el paquebot "San Antonio", alias el Príncipe, que causó gran alegría a todos los de la Expedición de tierra, que tenían determinado esperarlo hasta el dicho día 19 del Sr. San José, pero parece que dicho Sto. Patriarca los quiso detener con la vista del socorro para que al siguiente no se pusieran en marcha para Loreto".

Los mismos Costansó y Fages, en carta suscrita por ambos con fecha 7 de febrero de 1770, comunican la misma noticia respecto del abandono, aunque un tanto paliada o todavía no tan radical (pues la carta es de principios de febrero) al Visitador Gálvez, diciéndole desde San Diego: "que por acuerdo de la junta del día anterior, Portolá y Fernando Rivera se retiran a California (es decir a la Baja California, pues todavía entonces solía llamársele California a secas) con gran parte de la tropa de esta expedición, a fin de disminuir aquí el número de bocas (Tomo núm. 66 del Ramo "Californias" del Archivo General de la Nación.

Palou, por lo tanto, no calumnió a Portolá ni inventó el episodio; y como al hablar de éste inserta en su obra una carta de Junípero en que Serra expresamente le comunica el hecho negado por Chapman, en todo caso Junípero y no Palou sería el inventor de la conseja.

Si Palou exalta la fibra de Junípero, no empuqueñece a Portolá; al contrario. La gloria de Junípero se crece en este episodio, no por la cobardía de los hombres de armas, sino precisamente por lo que pudo haber de razonable, de justificado, de indicado en la determinación de Portolá para retirarse.

El propio Junípero, años más tarde, en carta escrita desde San Carlos de Monterrey en 18 de julio de 1774, al Guardián y Discretorio de San Fernando, y que obra en la Sección de Manuscritos de nuestra Biblioteca Nacional, reivindica como una gloria colectiva del Colegio el hecho de que por la actitud de sus hijos no se haya abandonado la empresa de la colonización de la Alta California, con estas palabras verdaderamente lapidarias y definitivas:

“Paréceme que si los Religiosos de San Fernando no hubiesen vuelto las espaldas para donde los oficiales seculares ponían la cara, no habría mucho honor para este Santo Colegio”.

36.—LAS NUEVAS CARTAS DE RELACION

A propósito de cartas de Junípero Serra debemos advertir que para historiar su vida y sus actividades en la Alta California nos hemos valido y seguiremos valiéndonos en adelante, principalmente de sus cartas como fuente; de las cartas dispersas en casi todos los fondos documentales de importancia de la Ciudad de México y, sobre todo, de la colección que fi-

gura en la Biblioteca Nacional. Esta colección, formada con cartas originales de Serra a los Guardianes y Discretorios del Colegio de San Fernando y con copias de epístolas dirigidas a los Virreyes, fué hecha seguramente por Palou. Estas cartas son indispensables para el conocimiento de la personalidad de Junípero por dentro y para enterarse uno de la historia de la Alta California en sus principios.

Bancroft habla despectivamente de la colección de cartas de Serra que existe en la Alta California, también formada por Palou, que contiene las misivas de Serra como Presidente a los diferentes ministros de las misiones. La incomprensión de Bancroft se manifiesta en muchos casos y particularmente en éste, en que no pudo o no supo aprovechar una fuente preciosísima para entender íntimamente el nacimiento y desarrollo de la civilización cristiana en aquella región.

No queremos, al llamarlas aquí "Nuevas Cartas de Relación", parangonar los epístolas de Serra con las comunicaciones de Hernán Cortés a la Corona de España acerca de la prodigiosa conquista de Anahuac; pero sí debemos expresar que nunca se entenderá verdaderamente la historia de la conquista y colonización de México por España si el ciclo de

la literatura abierta con las Cartas de Relación de Hernán Cortés no se completa con la Correspondencia de Junípero.

Entiéndase bien en qué sentido hablamos de literatura en esta ocasión, pues las cartas de Junípero no solamente están desprovistas de toda pretensión literaria, sino que aparecen descuidadas y desaliñadas, en ocasiones a tal grado que se deja entender que el autor quiere matar toda vanidad literaria. Torrens y Nicolau, hablándonos de la oratoria de Junípero dice que este santo misionero tenía horror a las palabras sonoras y que su expresión era siempre llana, familiar. Escribiendo, éste parece ser también su ideal. Lucha con Crespi para que éste pade de sus "diarios" todo follaje de adorno, "menudencias, repeticiones y superlativos"; y lo invita a que escriba "más natural y corriente".

Pero precisamente por descuidadas y por ajenas a toda intención con miras a la posteridad, las cartas de Junípero nos lo entregan por completo, porque él se entregó en ellas como un niño grande, sin malicias, a pesar de que Bancroft, las estima escritas en clave. Corre por todas ellas la vida límpida del gran franciscano como el agua clara por los cauces de un arroyo todo lleno de mansedumbre y transparencia.

37.—SEGUNDA BUSQUEDA, HALLAZGO Y TOMA DE POSESION DE MONTERREY

Como hemos visto ya por la carta de Armora citada, el último día del plazo para esperar los socorros, 19 de marzo, fiesta de San José, el "San Antonio" hizo su milagrosa aparición frente al puerto de San Diego. El "San José" no llegó nunca: se lo tragó el mar, desapareció sin dejar rastro de su suerte.

El "San Antonio" dió fondo en el puerto hasta el 23 de marzo, al mando de D. Juan Pérez, con gran cantidad de provisiones, por lo que Portolá decidió emprender de nuevo la búsqueda de Monterrey, en dos expediciones: una por tierra y otra por mar.

Por tierra salió él y 20 soldados "de cuera" y voluntarios catalanes al mando de D. Pedro Fages, con fecha 17 de abril de 1770. Como capellán figuraba el Padre Crespi. La expedición por mar había salido el día anterior, 16, pero Junípero se embarcó desde el 14, y con él Costansó, a bordo del "San Antonio" al mando de D. Juan Pérez,

El viaje por mar fué "penosillo", revela Junípero, y agrega "duró mes y medio cahales, y el día 13 de mayo entramos y dimos

fondo en nuestro pleiteado puerto". Para entonces ya estaba en Monterrey Don Gaspar de Portolá, pues había llegado el 13 de mayo.

El San Antonio ancló en el mismo fondeadero en que "168 años antes estuvo surta—según dice Costansó en su "Diario Histórico" — la escuadra del General Vizcaino, enviada por el Conde de Monterrey al descubrimiento de estas costas, de orden del Señor Don Felipe Tercero".

Las expediciones por mar y tierra se dirigieron sin titubeos a la Punta y Ensenada de los Pinos, porque muy probablemente tanto Vila como Serra habían convencido a Portolá que, a juzgar por las descripciones de Cabrera Bueno, dicha ensenada de los Pinos debía ser forzosamente el Puerto de Monterrey.

El día 1º de junio se reunieron las dos expediciones y en esta reunión se fijó el día 3, Domingo y Pascua de Pentecostés, para la función de la primera misa y erección del estandarte de la cruz.

"Llegó el día; — dice Serra — se formó capilla y altar junto a la misma barranquita y encino, todo inmediato a la playa, donde dice haberse celebrado (misa) en los principios de la centuria pasada. Veníamos a un mismo tiempo al parage por distintos rumbos

los de mar y los de tierra, nosotros cantando en la lancha las divinas alabanzas, y los señores de tierra, en sus corazones. Llegados y recibidos con repiques de campanas colgadas del encino, dispuesto todo lo necesario, habiéndome revestido de alba y estola, me andé con todos ante el altar, entoné el himno "Veniceator spíritus"; el cual concluido e invocada por este medio la asistencia del Divino Espíritu por cuanto íbamos a executar, bendije la sal y el agua y nos encaminamos todos a una cruz grande prevenida y tendida en el suelo, la que entre todos levantamos; canté su bendición, la fixamos y adoramos todos son ternura de nuestros corazones, rocié con agua bendita aquellos campos, y levantando así el estandarte del Rey del cielo, se erigieron los de nuestro Católico Monarca celebrándose con altas voces de ¡Viva la Fe! y ¡Viva el Rey! que acompañaron repiques de campanas y tiros de fusilería y cañonazos del barco. Luego (para que la toma de posesión, comentamos nosotros, resultara más efectiva, más íntima, mas completa y simbólica), hicimos al pie de la cruz el entierro de un difunto marino o calafate, el único que ha muerto en este barco en esta expedición. Y concluido, comencé la misa cantada, que llevó después del evangelio

su sermón y toda fué muy acompañada de cañonazos”.

Así crecía México en la época colonial; así añadió un día a nuestro país Junípero Serra una vasta provincia, casi un imperio.

38.—ERECCION DEL PRESIDIO Y MISION DE SAN CARLOS DE MONTERREY

”Erigiose en aquella tierra —dice por su parte en el “Diario Histórico” Costansó— conforme lo mandado, un Presidio y Misión con la Advocación de San Carlos, cooperando todos con igual esmero y solicitud, Tropa, Marinería, y sus respectivos oficiales a los humildes principios de tan importante Establecimiento...”

Descargado el paquebot, Portolá y Costansó se embarcaron de regreso a San Blas, dejando el mando al Teniente de Infantería Don Pedro Fages. En agosto 2 el Ingeniero Costansó escribió al Virrey, resumiendo así su labor de los últimos días en Monterrey: “elegí el sitio que me pareció más apropósito para fundar el nuevo Presidio y Misión cuyas habitaciones y oficinas trazé sobre el terreno”... “Antes de mi salida quedaron construidos dos

almacenes capaces, en que cupo toda la carga del Pacabot (sic) y en donde vivían provisionalmente los PP. Misioneros, y el oficial comandante, cada cual en el suyo”.

Habla también de un almacén de pólvora construido a distancia de un tiro de fusil del otro edificio, y de que levantó el mapa del puerto y terreno. (Archivo General de la Nación. — “Californias”, 66).

39.—NACE UNA ARQUITECTURA QUE CONQUISTARA AL MUNDO

Serra tomó participación material en las primeras construcciones de Monterrey. “Aquí estoy — escribe en 30 de junio de 1770 a la Reverenda Madre Sor Antonia Valladolid— recién llegado y con los quehaceres de hacer una casita de palos en que vivir, que al mismo tiempo sirva de despensa y almacén... y de Iglesia donde decir misa, todo con la incomodidad que es forzosa en tales principios”.

Así, con esta construcción y las que habían quedado atrás en San Diego, Serra y sus compañeros iniciaban una arquitectura que andando los años estaba destinada a conquistar el mundo.

Serra, espíritu altamente progresista, iba bien pronto a superarse y ya en agosto de 1772 las construcciones de la misión de San Carlos de Borromeo, trasladada, para mayor comodidad y para estar alejada convenientemente de la soldadesca del Presidio, a las riveras del Río Carmelo, habían crecido considerablemente.

De una minuciosa descripción que hace al Guardián de San Fernando aparece que esas construcciones eran de paredes “de gruesos pinos pelados, en gran parte labrados, cogidas sus rendijas con piedras o ripios”; con techos de morillos de pino y ciprés mondados, y, “sobre ellos estiva de rajas, y después sacate, barro y tierra apretada y pisonada”. El edificio consta ya de 6 piezas: tres celdas, una destinada a Capilla, otra a oficina y la tercera a sala de recibimiento y la troje o almacén. Toda la casa estaba “alhajada con tinajera, estante de libros, sillas de tixera... dos bancas... dos mesas...caxas...”

Y agrega, no sin cierta satisfacción: “En substancia, hay donde vivir y encerrar lo que se nos traiga...”

Y así irán creciendo ésta y las demás misiones tan luego de fundadas, constantemente. Nunca serán fastuosas, eso sí; ni siquiera los templos cuya edificación se conservará siempre dentro de la primitiva modestia prescrita por nuestro Padre San Francisco. Pero dentro

de esa modestia mejorarán sin interrupción; crecerán con la riqueza y prosperidad ambiente.

En algunas partes se rehicieron las iglesias hasta tres veces, antes que alcanzaran el tamaño y la forma actuales; y, a medida que crecían las construcciones y se renovaban, la adaptación al medio era más íntima.

Al principio, en la época de las palizadas, las construcciones resultan rígidas; pero bien pronto se abandonará la madera por el adobe, que alcanza su pleno florecimiento en la época pastoral; y en el adobe se van plasmando con más facilidad las nuevas formas de lo que había de llegar a llamarse "Mission Style".

Arquitectos hay que niegan la existencia de semejante estilo y que niegan o regatean toda originalidad a la arquitectura franciscana en California, recordando como precedentes el cortijo andaluz y mucho más remotamente, la clavería medioeval y aún la villa romana.

Para éstos, la arquitectura misional es sólo una deducción del estilo superior urbano o ciudadano que, al descender o degenerar al plano rústico, transforma sus valores en otros propios de su función con la Naturaleza: elementabilidad de la estructura, crudeza de material, simplicidad de formas, etc.

Lo admirable y desconcertante es que en esta época de la casa ideal definida por Le

Corbussier como "une machine a habiter", "una máquina destinada a ser habitada", las ciudades modernas del mundo, donde quiera que el clima lo permite, van a buscar en esta arquitectura franciscana de California que descendió de lo citadino a lo rústico, el modelo o la inspiración para construir sus más bellas residencias, bañadas de luz, rodeadas de jardines y con las puertas de par en par abiertas al aire puro.

Por el contrario, para los más comprensivos arquitectos norteamericanos, el estilo misional es de gran originalidad, porque siendo un producto genuino del medio ambiente de California, éste le ha impreso un sello indefinible, pero indeleble.

Para Blackmar, por ejemplo, la arquitectura misional es "a distinctive California architecture". Los viajeros, dice, contemplan con asombro las interesantes estructuras que han soportado las tormentas de un siglo... monumentos de sabiduría y perseverancia de sus fundadores que procuraron no simplemente trasplantar una civilización, sino crear una nueva, sacándola de los rudos materiales con que contaban.

Newcomb va más lejos: para Newcomb el estilo misional es, por encima de todo, California misma: sus colinas de suaves pendientes, sus playas, sus montañas, su luminosidad.

“Habiendo sido difícil—añade textualmente—venir a California artistas y artesanos, el sacerdote y los indios, con materiales humildes y manos diestras se pusieron a edificar sencillamente, y enfrentándose sincera y resueltamente con los problemas tales como los veían, fueron capaces de crear un estilo que, en el país en que fué desarrollado, ha sido ya superado”.

Y explica luego el por qué de esta superación: la arquitectura misional franciscana, dice, “subsiste entre nosotros, como una herencia permanente, no sólo como ruinas muertas de las misiones, sino como presencia viva, como influencia actual en la construcción de nuestros modernos edificios”.

Es que Junípero no legó a la posteridad una obra maestra acabada o definitiva en arquitectura, sino un movimiento arquitectural.

La arquitectura misional franciscana es sin duda alguna una interpretación del medio ambiente como quieren los arquitectos norteamericanos más comprensivos; pero convengamos también en que es una interpretación franciscana, porque es el resultado de la comprensión franciscana de la naturaleza, tanto más íntima cuanto mas primitivo es el franciscanismo.

San Francisco de Asís habría construido así, como construyeron Junípero y sus sucesores, de haber vivido “il poverello” en el am-

biente de la Alta California, tan semejante en ocasiones al ambiente del Mar Mediterráneo.

40.—LA NUEVA TIERRA DE PROMISION

Para describirnos la desolación de la Baja California, el misionero jesuita Juan Jacobo Baegert, tiene que pedir prestadas las palabras necesarias al Libro de los Salmos. La llama: "Terra deserta et inacuosa", tierra desierta, intransitable y sin agua.

Toda la Península es para él roca viva, peña desnuda y crucificada, coronada de espinas. La roca "es la médula, el corazón, la sustancia, y como quien dice, el ingrediente principal de todo el cuerpo de California".

"En cuanto a las espinas — escribe el mismo ilustre misionero alemán — su cantidad resulta asombrosa y hay muchas de terrible aspecto. Parece que la maldición que Dios fulminó sobre la tierra después del pecado del primer hombre, haya recaído de una manera especial sobre la California (la Vieja California)".

Por esta desconsoladora descripción, ya podrán imaginarse nuestros lectores el júbilo, el

optimismo, la fe en el porvenir que exultaba en los hombres recién llegados de los desiertos bajacalifornianos a los valles prometedores de la Alta California, la Nueva Tierra de Promisión.

Lo que más les conmueve, lo que más les entusiasma, es la abundancia de agua. Llegados de "la Tierra—Que—No—Conoce—Los—Ríos", cuentan, como niños, con deleite y admirados, las corrientes de agua:

El soldado José Velázquez, enviado desde la Alta California a la Baja California por auxilios, refiere que de Monterrey a San Diego "pasó por nueve arroyos corrientes que tiran a ríos, por la abundancia de sus aguas, espacio de sus caxas y poblado de arboledas".. (Arch. Gral. — Californias, Tomo 76).

Este rudo, este oscuro soldado es un observador estupendo: nos da en su diario una visión más comprensiva de la Alta California que el mismo gran ingeniero y admirable arquitecto D. Miguel Costansó. Nos habla y enumera hasta seis sierras (entre Monterrey y San Diego) "que por la parte del mar son ásperas y en su centro comunican paso por ser accesibles. Siendo las más ásperas las de Santa Lucía y en el Canal, las de la Conversión".

Lo demás del camino "son mesas, cañadas, lomas tendidas, todas matizadas de arboledas,

y pobladas de buenos pastos de todas calidades, hasta la orilla el mar”.

También Costansó se entusiasma a veces y se detiene a describir y pronosticar, como cuando se ocupa de la región del Río de la Porciúncula, donde se levantará más tarde la ciudad de Los Angeles, Metrópoli del Oeste: “todas las tierras que vimos en esta jornada nos parecieron admirables para producir toda especie de granos y de frutos”.

Pero es sobre todo Fray Juan Crespi, el admirable y admirado diarista de las expediciones, el que nos da la impresión más fresca, más sentida y comprensiva de las nuevas tierras: “Toda la tierra en general — dice hablando de la región comprendida entre San Diego y San Francisco, en una carta al Visitador Gálvez que cito de preferencia a su “Diario” por parecerme menos conocida o inédita — es muy buena, muy empastada toda, muy abundante de aguajes corrientes y muy seguidos; en jornadas de dos leguas encontramos hasta siete aguajes de arroyos con buenas tomas de agua. Todo muy poblado de numerosa gentilidad, toda ella como lo que llevo dicho de la del Puerto de San Francisco, muy mansa, afable y al parecer dócil toda”.

Agrega este dato a su descripción, que resulta todo un vaticinio: “Se han encon-

trado once o doce ríos hasta el puerto de San Francisco y todos tienen llanuras de muchas leguas, que cada uno de por sí, podría abastecer ciudades grandes o Provincias”.

41.—EL MOMENTO

Estas descripciones de Crespi, que Junípero confirmaría bien pronto en el terreno mismo, inflaman la imaginación del Padre Presidente, cuyas encendidas cartas prenden llamaradas de entusiasmo en el ánimo del Visitador Don José de Gálvez. Y ambos, Serra y Gálvez, bombardean al Apostólico Colegio de Propaganda Fide de San Fernando con peticiones de misioneros y más misioneros para las Californias.

Junípero quiere que se le envíen cien por principios de cuentas. Gálvez apoya decididamente las peticiones de Junípero, y urge el pronto envío de nuevas y más numerosas misiones.

En carta de 10 de febrero de 1770, al referirle al Gardián Fray Juan Andrés el retorno de la expedición que había llegado hasta San Francisco, y había regresado ponderando la gran cantidad de gentilidad que debía ser

evangelizada, Junípero le expresa que la noticia es digna de imprimirse para enfervorizar a la tierra entera "para poner manos a la espiritual conquista de ese nuevo mundo". Le dice "que si los cien religiosos que el Consejo Real ofreció al R.P. Pablo, los quiere Vuestra Reverencia y el Venerable Discretorio admitir, y pedir y remitir toditos a California, sin que quede ni uno solo en casa, yo les daré acá destino, y ahora añadido que todavía serán pocos; pero si quisieren que no les falte nada de conveniencia, uno solo que venga es sobrado".

Ante el asedio combinado de Gálvez y Serra, Fray Rafael Verger, el Nuevo Guardián de San Fernando, protesta. Se le prohíbe a Serra comunicarse con Gálvez y se le hace ver, por Verger, que por su culpa, — de Junípero, — Gálvez "nos ha molido tanto que si yo no me he tenido tieso arrastra a toda la misión".

Verger no ha adivinado la importancia de la Alta California ni se ha dado cuenta de que el momento es único, de que el momento es propicio para las grandes empresas, porque Gálvez con toda su fuerza en la Corte puede ayudarlas eficazmente y porque en la Corte misma existe el temor de la amenaza extranjera sobre las Californias y está

dispuesta a hacer todos los esfuerzos y sacrificios por salvarlas definitivamente.

Serra trata en vano de hacer comprender a la miopía de Verger la oportunidad que le brindan al Colegio de San Fernando estas condiciones excepcionales para llevar a cabo una obra gigantesca en Alta California, que por su extensión y felices circunstancias, es todo un nuevo mundo por conquistar. En carta de 20 de junio de 1771 le escribe manifestándole que comprende que el Colegio necesita numerosos religiosos para sus atenciones, pero que puede haberlos para todo y que los que se envíen a Californias “no tendrá el Santo Colegio que mantenerlos”; que es preciso llevar adelante la gran obra “aunque se necesiten los ministros a centenares, ahora que se nos ruega con ello, y se provee a las misiones con el abasto que V. R. verá por los tantos de los recibos que acabo de firmarle al Teniente...”

Añade más adelante que si el Colegio se lo propone, lo conseguirá apelando a los medios que para ellos sea necesario, como traer nueva misión de España. “Yo no digo — escribe textualmente — que todo se ha de hacer en un día, pero bueno es poner la proa al buen viento”.

42.—AZOE CONTRA OXIGENO.

Todo inútil. Verger no tiene la amplitud de visión de Junípero y adopta una actitud diametralmente distinta a la de nuestro héroe que se evidencia en estas palabras que escribe a Don Manuel López de Casafonda, refiriéndose a las exigencias de Gálvez: "Resistiremos en cuanto fuere posible, que se malbarate la Real Hacienda, o Píadosas Donaciones con el dorado título de propagar la fe, y extender los dominios de nuestro soberano".

La gigantesca empresa de Serra y de Gálvez le parece totalmente absurda, porque "va sin fundamento, sin aquella madurez y cautela" con que siempre se ha procedido en casos semejantes. Y anuncia sobriamente: "si Dios nuestro Señor no obra con milagros y prodigios, no se puede esperar feliz éxito".

En cuanto a Junípero, hay que enfrenarlo, hay que maniatarlo. Serra, —lo reconoce Verger—, es un gran talento, se distinguió por sus bellas prendas en la Universidad de Mallorca; es además un celoso misionero, hombre de energía que sobresalió mucho en Sierra Gorda, "no obstante es preciso mode-

rar su ardiente celo". Esta será la política de todos contra Serra: moderar su celo, ahogar su pasión por las grandes empresas, malograr su destino.

Rivera y Moncada dirá de él:

—Nunca he visto un Padre mas celoso para fundar misiones que este Padre Presidente. No piensa sino en fundar misiones, no importándole cómo hayan de fundarse.

Y hasta el buen D. Matías Armora, excelente Gobernador de las Californias, llega a escribirles desde Santa Anna a Junípero y sus compañeros "que por el mismo Dios a quienes se sacrifican, les ruego que difieran las ejecuciones de sus santos deseos"... porque si "antes de tiempo y proporción se violenta la empresa, se perderá ella de un modo irreparable". Les pide que lo esperen, que irá bien pronto con refuerzos para ayudarles. Si lo hubiera escuchado, Junípero y sus compañeros lo estarían todavía esperando.

La lucha de Junípero contra todos es, durante el tiempo entero de su actuación en la Alta California, la lucha del oxígeno contra el azoe.

Aun llegará a prohibírsele que mencione las misiones en el papel de sus cartas; casi se le veda que piense en ellas.

Ante estas exigencias, Junípero el sumiso,

Junípero el de la Santa Obediencia, apelará en sus cartas al inalienable derecho que tiene siquiera de soñar. A todo renuncia menos a su ensueño; y su ensueño de toda la vida serán las misiones. Pero su ensueño será un día realidad, a pesar de todo.

43.—COSA DE LOCOS

Fray Rafael Verger califica la empresa de Serra-Gálvez, por absurda, bajo el paliativo de empresa quijotesca, como cosa de locos. La condena por adelantado al fracaso. Le causa risa.

“Para ver con claridad —escribe al Fiscal Real, Don Manuel López de Casafonda, con fecha 3 de agosto de 1771— cuan digno de risa, y que mas parece función de Dn. Quijote, que cosa sería, el querer con mil pesos fundar una misión, hemos de asentar primero, que la de Monterrey según la cuenta regulada de inteligentes, dista de esta Capital 790 leguas; otros la estiman en 800; y es preciso llevar muchas cosas de esta Ciudad, como son todas las herramientas necesarias para sembrar, como rejas, azadones, etc., cosas, etc. Para carpintería completa, como sierras gran-

des, medianas, chicas, barrenas, azuelas, cepillos, escoplos, compases, punteras, martillos, etc. Para albañiles, del mismo modo, todos sus instrumentos. Todo esto es preciso e indispensable, como también todo el ajuar para comer, como ollas de cobre, cazos, platos, etc. Es fuerza hacer una casita para vivienda, una Iglesiasita, aunque toda sea pobre; troje para poder guardar los granos y necesarios. Es menester algún pie de ganado correspondiente, no para una familia como de Sierra Morena, sino para un pueblo apartado mas de 200 leguas. y si hablamos de Monterrey, más de 350 de otro que pueda dar socorro, así de lo dicho como de algunas yuntas para sembrar, como mulas, caballos y todo lo necesario para comer..." Sigue enumerando obstáculos y amontonando dificultades y al final se pregunta: "¿Todo esto se ha de costear con mil pesos?"

Y agrega, desafiando colérico a Don José Gálvez, que quisiera ver a este ingenio singular aplicado a semejante empresa para ver como la llevaba a cabo. (Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía. — "Colección, y trasunto de varios escritos, alegatos, informes..." de Fr. Rafael Verger, Guardián de San Fernando).

— Junípero no solo cometió un absurdo, el

absurdo de fundar una misión en las condiciones tan contrarias a que se refiere Verger, sino que cometió nueve absurdos, porque fundó nueve misiones: San Diego de Alcalá, San Carlos Borromeo, San Antonio de Padua, San Gabriel Arcangel, San Luis Obispo de Tolosa, San Francisco de Asís, San Juan Capistrano, Sana Clara de Asís y San Buenaventura.

.Y hubiera fundado cien misiones si no se hubieran confabulado todos, por momentos hasta sus hermanos de San Fernando, para enervar su pujanza y matar sus anhelos.

44.—HOMBRE DEL DESTINO

Verger quería ver como podía resolver D. José de Gálvez el problema de las fundaciones a mas de 800 leguas de la Capital de la Nueva España. En realidad, Gálvez no necesitaba trasladarse a la Alta California para resolver el formidable problema. Lo tenía resuelto de antemano; desde que en la Baja California se encontró al hombre capaz no solo de comprender sus proyectos, sino de hacerlos suyos y realizarlos.

Y Junípero fué el milagro mismo, única esperanza que existía, según Verger, para

que la empresa se salvará del desastre. Junípero triunfó en la Alta California porque no era ni un Quijote ni un Sancho Panza, sino las dos cosas juntas en milagroso equilibrio. Ve como ninguno los obstáculos presentes y los que en el futuro han de levantársele por delante, cerrándole el paso; pero ve también clarividente, las oportunidades de la hora y las condiciones excepcionalmente ventajosas que el medio recién descubierto le ofrece. Es el hombre atento al detalle, preocupado por la minucia; pero es también el hombre de vision panorámica, de vastas concepciones. Por primera vez se siente en la Alta California, ante lo ilimitado. En Sierra Gorda se le encomendó el cerco y asedio de una región de mezquinas proporciones, sin grandes posibilidades. En Baja California se había puesto a su cuidado una serie de viejas misiones, de recursos limitados y en plena e irremediable decadencia. Pero en la Alta California tenía frente a él los horizontes abiertos. Aquello no era un pedazo de tierra más por añadirse a la Nueva España; era todo un mundo nuevo por conquistar.

En las márgenes de los ríos (brechas en la montaña) a uno y otro lado se abrían los valles descritos por Crespi, vastos como provincias, en espera de las aglomeraciones huma-

nas, hervorosas y sonoras; o para decirlo a la bella manera de Rómulo Gallegos en "Canaima": frente a los ojos de Junípero, se abrían "las hondas lejanías de las tierras llanas, las profundas perspectivas de las tierras montuosas", todavía "sin humos de hogares ni atajos de caminos, vastos silencios para inmensos rumores de pueblos futuros..."

45.—PEQUEÑECES DE JUNIPERO

Serra, es el hombre del detalle. En todo piensa, hasta en lo más mínimo. Todo lo prevee, hasta lo más insignificante. Dijérase que observaba la vida con microscopio. Bancroft lo tacha de autoritario porque ve en sus cartas a los misioneros bajo su dirección, que todo lo dispone sin dejar nada a la iniciativa particular de cada ministro. No es eso. Es que Junípero, excepcionalmente previsor, está en todo hasta la minucia.

Para muestra, un botón. Veamos, por ejemplo, su "Memoria" de lo indispensable para la misión que se había de fundar en la Bahía de San Francisco. Pide a México: primeramente, un Divino Crucifijo "como principal objeto de predicación"; luego un lienzo

o pintura de San Francisco, “de vara y media de alto, con su marco dorado, que venga en piezas, o en media caña” y “que sea de buen pincel”; para la misión de San Luis Obispo, pide un San Luis “con hábito apostólico que asome por bajo el roquete y se vea bien el cordón, su mitra en la cabeza, capa pluvial bien floreada y una corona real y cetro a los pies”. Y tras de este Crucifijo y este San Francisco de Asís, —porque para Junípero, como para Santa Teresa, “entre los pucheros anda el Señor” — “seis cacitos de cobre estañados, para cocina y demas usos, como lavar, etc.”; seis sartenes; seis ollas; una payla grande o cazo pozolero para la comida de los indios. A continuación un sinnúmero de objetos de lo más abigarrado: doce gruesas de rosarios, seis hachas carpinteras, dos docenas de azadones, cinco rejas castellanas calzadas, dos docenas de cueros crudos para coyundas, dos cedazos de alambre para colar atole; garlopa, cepillo y martillo de carpintero; picadera, cuchara y plomada, etc.

Y clavos... clavos... clavos... De todos los tamaños, para todos los usos, como símbolo de su labor constructora que todavía hoy no acaba, porque los remaches que ahora se emplean en las grandes estructuras de hierro

de los rascacielos de San Francisco California, son nietos de aquellos clavos.

Y sin embargo, para este miniaturista, para este amante de las cosas nímias, de los parvos objetos de uso doméstico, la bahía de San Francisco, la enorme bahía Puerto de Puertos, no es dentro del plan gigantesco de colonización sino “un escaloncito” para ulteriores grandes conquistas, que llevarán a cabo sus sucesores.

“Veo por la postdata de Vuestra Excelencia —escribe con fecha 2 de julio de 1775 al Virrey— y confieso la grande utilidad que tiene el pueblo y ocupación del Puerto de Sn. Francisco, como V.E. lo tiene ordenado, para las ideas sucesivas de conversiones en mayor altura, según fueren exigiendo los descubrimientos por mar, que V.E. con santo celo ha mandado repetir; y yo, ya que mis muchos años pelean contra las esperanzas de subir tan arriba, tengo mucho consuelo en ayudar a poner este escaloncito, por donde suban los más robustos, a dilatar la gloria de Dios...”

46.—LA GRANDIOSA CONCEPCION JUNIPERIANA

El programa mínimo e inmediato de Junipero es ante todo crear un cordón de misiones desde San Diego a San Francisco, puestas entre sí a tal distancia “que cada tercer día, y yendo algo ligeros, se pueda desde S. Diego hasta Monterrey (y más tarde hasta San Francisco) dormir en poblado, y asegurar la paz de toda la tierra”, según lo escribe bien clara y pensadamente.

Entre San Diego y San Fernando de Velicatá propone y proyecta el establecimiento de cinco misiones de enlace, verdadero cordón umbilical que ha de unir a la Nueva California con la Madre California. De esta gran cadena longitudinal de núcleos de civilización y cristiandad, verdadera espina dorsal del gigantesco plan de colonización, debía desprenderse “un espolón”, por el rumbo de la misión de San Gabriel Arcángel, hacía el Río Colorado, para asegurar las comunicaciones con Sonora que juzgaba indispensables para lograr la independencia económica de la Alta California. Pienso también que debe abrirse comunicación entre California y el Nuevo México.

Junípero consideraba que eran vitales para la Alta California estas tres grandes rutas de comunicación, a saber: la ruta marina, con base en el Apostadero o Arsenal de San Blas, para el aprovisionamiento de cereales y mercaderías de todo género, ruta sin meta definida hacia el Norte, "camino de las Rusias", abierta a todo expansionismo; la ruta de emergencia y línea postal a lo largo de la Baja California, y la ruta hacia Sonora para la conducción de grandes masas de ganado en cantidad suficiente para crear una gran industria agropecuaria, base para conquistas ilimitadas hacia el Norte. Escribiéndole al Virrey en carta de 31 de marzo de 1774, bajo la impresión del éxito que había tenido la expedición de Don Juan Bautista de Anza que había encontrado al fin la ruta entre Sonora y la Alta California, le dice entusiasmado: "y una vez puesto esto en buen pié (se refiere a California, enriquecida con un buen pie ganadero traído por la ruta de Sonora), no pediremos más ganado, más que se extiendan nuestras conquistas por estos rumbos hasta el fin del mundo".

Pero téngase muy en cuenta que estos grandes propósitos, aunque llevan para Serra implícitos deseos de acrecentar los dominios de Su Majestad, tienen por mira ante todo y por encima de todo, la propagación del Evangelio.

Dentro de esta vasta concepción, véamos lo que permitieron realizar a la grandeza de Serra la pequeñez e incomprensión de sus contemporáneos y en especial la ruindad de las autoridades militares de California, opuestas siempre torpe y sistemáticamente a los vuelos del incansable misionero.

47.—FUNDACION DE LAS MISIONES DE SAN ANTONIO, SAN GABRIEL Y SAN LUIS

Los informes de Junípero al Virrey y al Visitador fueron fecundos, a pesar de la oposición de Verger. Aprovechando la llegada de una numerosa misión de religiosos franciscanos, procedentes de España, al Colegio de San Fernando, Croix y Gálvez obtuvieron de este Colegio el envío de diez religiosos para cinco nuevas misiones en la Alta California, entre San Diego y Monterrey, además de la de San Buenaventura ya acordada, y veinte religiosos para la Antigua California, diez de los cuales se destinarían a las misiones de enlace entre San Fernando de Velicatá y San Diego.

Los destinados para la Alta California se embarcaron en el paquebot "San Antonio" en

2 de enero de 1771, desde San Blas a Monterrey. Los destinados a la Península, se embarcaron como un mes después desde el propio San Blas; los primeros, llegaron felizmente a su destino el 21 de mayo; y los segundos, después de una serie increíble de peripecias y contrariedades, no pudieron. Esta última circunstancia, la negativa luego de las autoridades militares para proporcionar escoltas a las misiones proyectadas y finalmente la entrega de las misiones franciscanas de Baja California a los Padres Dominicos, malograron el proyecto de Junípero de enlazar las dos Californias con un cordón de misiones.

Con los misioneros llegados nuevamente a Monterrey, se apresuró Serra a realizar sus propósitos y el 14 de julio del mismo año de 1771, fundó con los Padres Fray Miguel Pieras y Fray Buenaventura Sitjar la misión de San Antonio de Padua, en el corazón de la Sierra de Santa Lucía. El lugar para la fundación fué seleccionado por Junípero, en un amplio Valle, bien regado y densamente poblado de pinos, robles y encinas; lugar abundante en bellotas y piñones que aseguraran la suerte de la misión, pues dada la escasez de provisiones, Serra pensó en un sitio en que la naturaleza misma proporcionara, siquiera para los principios, el primitivo alimento de los indígenas

mientras se le daba tiempo de crear toda una agricultura en la Alta California. Pieras y Sitjar contaron a los comienzos con la cooperación muy activa de tres marinos, un cabo y algunos soldados, en las labores temporales de la misión, pero al cabo de 4 meses, llegó Fages al lugar y al ver la adhesión de los militares a los padres, les mandó cesar los trabajos “sin que valieran — dice Serra — ruegos ni promesas”. Y añade: “Con lo que han tenido grande desconsuelo los padres, porque sobre lloverseles toda la habitación, (que con ser reducida, hasta hoy no está acabada), ellos han sido los carpinteros, los arrieros, y cada uno con su azada en la mano, con dos indios de California (Baja) que les di en la fundación, cabaron la tierra para un poco de trigo que sembraron y su pedazo de huerta”.

La cuarta misión se fundó con el nombre de San Gabriel Arcángel a orillas del Río de los Temblores, en 8 de septiembre de 1771, por dos de los seis padres que Junípero envió por mar de Monterrey a San Diego, o sean Fray Pedro Gamboa y Fray Angel Somera.

“El paraje, —observa Serra—, en el conjunto de circunstancias de tierra, río, arroyos, madera, leña y demás conveniencias, es sin disputa el más excelente de todo lo descubierto. Y sin duda esta sola (misión) bien cultivada, bastaría (bastava, dice en el original) para

mantenerse a sí, y a todas las demás". Y agrega: "Esta ha sido la única fundación en que no me he haya (hayga, dice el original) hallado personalmente, porque se me faltó a la palabra y convenio de avisarme".

Esta misión fué sostenida con parte del numeroso ganado llegado de la Baja California a San Diego el 18 de julio para las nuevas fundaciones. Con objeto de fundar las demás, bajó Junípero de Monterrey a San Diego y, después de una exploración de Fages y Crespi a la bahía de San Francisco, Serra y Fages fundaron la misión de San Luis, Obispo de Tolosa, en la Cañada de los Osos, el 1.º de Septiembre de 1772, quedando en ella de ministro el P. Fray José Caballer con dos indios cristianos de la Baja California como ayudantes, a los que se sumaron más tarde cuatro familias de indios del mismo origen.

Al día siguiente se puso en marcha Junípero para el sur y estuvo de visita en San Gabriel del 11 al 13 del mismo mes de diciembre, y el 16 llegó a San Diego.

Cuando quiso Junípero proseguir las fundaciones, se encontró con la decidida oposición del Comandante Don Pedro Fages que ya para aquellas fechas, según expresa Palou en sus "Noticias de la Nueva California", se entrometía de tal manera en el gobierno de las mi-

siones "que ya quería y defendía que todo le tocara a él y no a los padres".

Esta actitud y otras circunstancias de que se hablará más adelante, decidieron a Junípero a emprender un viaje a México para entrevistar al nuevo Virrey, Fray Antonio María de Bucareli y Ursua, quien recibió del Marqués de Croix, las riendas del gobierno de la Nueva España en San Cristóbal Ecatepec el 22 de Septiembre de 1771. Con este viaje se cierra el primer período de la época misional en la Nueva California.

48.—LA PRIMERA EPOCA DE LAS MISIONES EN LA ALTA CALIFORNIA

El espectro del hambre se enseñorea por completo de toda la primera época misional en la Alta California. El menor retardo de los pequebotes "San Carlos" o "San Antonio", que proveen a los nuevos establecimientos con provisiones laboriosamente transportadas desde el puerto de San Bias, impone el racionamiento de los alimentos y provoca en aquellos desterrados de la civilización un verdadero estado de angustia.

Entonces, se vuelven los ojos hacia la Antigua California. Durante toda esta etapa de

ayuno forzoso para las nacientes misiones, la Península es la providencia de la Alta California niña.

En el terreno de las conquistas espirituales, bien poca cosa se consigue. Las dos razas, la autóctona y la advenediza, conviven una al lado de otra. Se observan y se espían mutuamente, de cerca, muy de cerca, pero por encima de un abismo que se abre entre ambas; abismo que si ha sido franqueado en ocasiones milagrosas por unos cuantos conversos, no se acierta aún a decir cómo ha podido ser esto, porque no se ha tendido todavía ningún puente seguro y permanente entre dos concepciones de la vida y del universo diametralmente distintas.

Es la era de las improvisaciones que se evidencia sobre todo en lo recién edificado: casas que son verdaderas enramadas; palizadas provisionales; refugios perentorios para no vivir del todo a la intemperie; capillas como esbozadas; horquetas o brazos de árboles que son temporalmente las primeras torres o las primeras espadañas desde las que tocan las campanas misionales traídas de la Baja California por mar o por tierra a través de las rutas recién halladas.

El adobe, cuya plasticidad y docilidad permitiré, cuando florezca la California Pastoral, **crear una arquitectura que conquistará el mun-**

do, sólo ha hecho aquí o allá su aparición esporádica y tímida....

Todo es tanteo y ensayo para Robinsón, que ha tomado posesión de su Isla, pero que aún no acierta a acomodarse y adaptarse a ella.

Se paga el noviciado. Junípero relata los primeros fiascos: "se hicieron almácigos de todo, porque el Padre Juan traía muchas semillas. Todo nació pero nada creció, y admirándonos de ello, vinimos después a conocer que aquella tierra, que no lo mostraba, está a su tiempo cogida del estero, y así no sabe dar sino tule y ortigas". (Se refiere a Monterrey).

Los ganados no existen aún. Sólo hay unas cuantas vacas que se miran como a las niñas de los ojos. La leche se reserva para los enfermos... Todavía al final del primer período, las cinco misiones fundadas están en cogollo tierno y delicado. Serra resume su informe que presenta en México a Bucareli con estas palabras:

"Las misiones, según de lo dicho se infiere, están tiernas, y poco medradas, ya por nuevas, ya por falta de medios".

49.—¡MADRE CALIFORNIA!

La simple, la muda geografía de la Baja California, nos da la impresión de un acentuado franciscanismo. No únicamente por sus cactáceas, algunas de las cuales parecen, por su aspecto singular, cordones anudados, como los de los hábitos de los religiosos de la Orden franciscana; ni sólo por la sobriedad y monotonía de su paisaje, que nos hace imaginar a la Península como metida en un sayal de anacoreta, sino por su íntimo consorcio con esa clase de pobreza que tanto amó San Francisco de Asís. Pobreza fecunda que sabe sin embargo crear prosperidad en torno, riqueza para los demás.

Porque la Baja California se entrega toda entera, se da en oblación completa, como una madre, para que la Alta California surja, crezca y se colme al fin de cuentas de una asombrosa riqueza. Arthur Walbrige North llama con razón a la Península bajacaliforniana, "The Mother of California", la madre de California (California la ha usurpado a su madre hasta el nombre, y se da el lujo de llamarse "California" a secas, obligándonos a emplear los calificativos de Baja o Antigua para designar la tierra peninsular).

Para la organización de las expediciones destinadas a la ocupación de Monterrey, fué preciso que el Capitán Rivera y Moncada requisara en todas las misiones de la Vieja California ganados y provisiones de toda especie para la Nueva California. Serra y Gálvez escogieron de las mismas misiones los paramentos sacerdotales, las campanas y los vasos sagrados para la nueva cristiandad que iba a fundarse. ¡Qué más!: fué preciso arrancar a Fray Junípero de la pobre, desierta Baja California, para crear la rica y florida Alta California.

Con Junípero fueron allá los indios y familias bajacalifornianas que sirvieron de pié para fundar casi todas las nuevas misiones.

Y durante años, los nuevos establecimientos dependen de las viejas misiones bajacalifornianas, y las relaciones entre unos y otros, establecidas por los atajos que circulan entre San Diego y San Fernando Velicatá, son como un cordón umbilical. El Guardián y Discretorio de San Fernando, en 27 de diciembre, piden encarecidamente al Virrey la conservación de este sistema de aprovisionamiento por medio de recuas o de atajos para un caso cualquiera de emergencia: “Este, Señor Excelentísimo, —le dicen—, es muy probable que suceda cada año, mientras las misiones no tomen alguna corriente. O ya sea porque el barco que anualmente lleva las provisiones de bastimentos se

tarde demasiado; o ya (lo que Dios no permita) se pierda; como se perdió dos años ha, el paquebot "San José" con toda la gente y carga".

La base de estas comunicaciones era la misión de Velicatá, pero estaba "en un hilo", según la expresión del Gobernador D. Matías de Armora, porque la Baja California entera corría entonces peligro inminente de hundirse. Armora escribe al Virrey: "Esta península, Exmo., Sor., no puede mantenerse a sí misma, como justamente se tentó cuando había mejores proporciones que ahora, pues la peste, las plagas, las expediciones a Monterrey, y en fin la ingratitude del terreno la han puesto a dos dedos de su perdición.."

Y efectivamente, Baja California estaba al borde del abismo en aquellos aciagos días. En el Sur, el mal gálico o la sífilis diezmaba la población indígena; en el centro y en el Norte, los huracanes, las inundaciones y la langosta habían asolado las sementeras y los poblados.

De todas partes recibe Armora palabras de desesperación. El Padre Francisco Palou y el Comisario de Loreto le escriben contándole los terribles "efetos del Equinoxio", "furiosos en extremo". Por los tornados y las inundaciones, Loreto, Comundú, La Purísima y San Ignacio están en ruinas. "Estos si que son trabajos y (esta sí) que es tierra de miseria digan lo que quieran los que no la han visto", aseguran a la

vez el Presidente y el Comisario de las misiones bajacalifornianas.

Pero Fray Francisco Palou, Presidente de las misiones franciscanas en Baja California, no llegó a desamparar ni en los peores momentos a sus hermanos de la Alta California.

En 14 de agosto de 1770, Armora le había escrito desde el Real de Santa Anna: "Suplico a su Reverencia tome sobre su cargo el cuidado de sostener y auxiliar continuamente las misiones y expediciones de Monterrey, valiéndose de cualesquiera caudales, y arbitrios, en el cierto concepto de que será reintegrado, y en el de que no hay otro algún sujeto en toda esta Península capaz de desempeñar este asunto, como lo ha acreditado un año de experiencias..."

Más adelante, le concreta su pedimento recomendándole en especial Velicatá, como punto vital: "refuerce cuanto sea posible de gentes y víveres la nueva Misión de San Fernando de Velicatá, así por tierra como en canoas por la bahía de San Luis Gonzaga, para que de allí se puedan sostener las nuevas conquistas de San Diego y Monterrey".

Palou le había ofrecido por escrito a Armora no olvidarse de la Nueva California. Por escrito, con la misma letra que años después había de escribir la "Relación Histórica de la Vida y Apostólicas Tareas del Venerable Pa-

dre Fray Junípero Serra”, el Junípero Serra de la fé ciega en la Providencia, el hombre de la férrea voluntad que en los momentos más difíciles y comprometidos ponía todo lo que estaba de su parte para estar a la altura de su deber y lo demás se lo dejaba al Padre Celestial con expresiones como ésta: “Obre Dios” y “Dios sobre todo”.

Y la Vieja California, toda desolación, desengaño, pasado, no abandonó a la Nueva California toda potencialidad, porvenir, esperanza.

50.—EL ELEMENTO HUMANO

Convivieron en el territorio que fué de la Nueva España culturas indígenas tan diversas, que puede decirse que oscilaron entre la cultura de los mayas de la Península de Yucatán, cuya matemática se había adelantado a la europea en la concepción del cero; y la cultura de los pericués, guaycuras y cochimíes de la Península de la Baja California, cuya matemática no llegaba a contar sino hasta veinte, es decir hasta donde les alcanzaban los dedos de las manos y de los pies, porque cuando su aritmética primitiva tenía que salvar esa cifra, se agachaban aquellos indios a recoger un pu-

ñado de tierra que luego arrojaban por diversos rumbos en medio de muecas y aspavientos que evidenciaban su confusión y desconcierto al enfrentarse con cantidades que debieron parecerles infinitas.

Los Indios de la Alta California — elemento humano con el que iba a trabajar Junípero Serra, con el que ya estaba trabajando incansablemente cuando emprendió su viaje a México — se encontraban más cerca, mucho más cerca de los pericués que de los mayas.

“Todos (indios de la Baja y de la Alta California) eran para el historiador norteamericano Theodore Henry Hittell, igualmente estúpidos y embrutecidos — excepción hecha de los indios del Canal de Santa Bárbara — pero en general, parecían meros animales omnívoros sin gobierno y sin leyes...”

Muchos no estarán seguramente de acuerdo con la opinión de Hittell; pero todos tienen que convenir que Junípero no contaba con el material humano del que sacó Fray Bernardino de Sahagún, en el Colegio de Tlaltelolco, sus admirables colaboradores, aquellos indios prodigiosos que “además de conocer muy bien su lengua nativa eran peritos en la latina y en la castellana”.

El mérito de Junípero no está precisamente en la originalidad de sus métodos pedagógicos y civilizadores — viejos en la Nueva Espa-

ña desde la época de Fray Pedro de Gante — sino en que hubo de enfrentarse a problemas mucho mayores que los que resolvió Gante y con elementos muy inferiores a los de que dispuso este gran civilizador, en el corazón de la Nueva España.

Junípero hubo desde luego de enfrentarse al tremendo problema de la diversidad de lenguas o de dialectos. “Hay — escribe E. W. Gifford, del Museo de Antropología de la Universidad de California—, más familias de lenguas habladas en California entre las tribus indias, que en cualquiera otra región del mismo tamaño”.

Enseguida Junípero tuvo que habérselas con otro enemigo formidable: la ausencia de religiones entre los indios de California. Bancroft parece inclinado a estimar esta circunstancia como ventajosa para los religiosos franciscanos. “Los padres misioneros —afirma— encontraron un campo virgen en el que ni Dios ni el demonio eran adorados”.

La mayor parte de los autores de las obras de antropología publicadas por la Universidad de Berkeley parecen inclinados a creer como Bancroft que no hubo religión propiamente entre los indios californios. Philip Stedman Sparkman llega hasta el grado de negar el carácter de deidad a “Changichnish”, de cuyo

culto entre los indios luisenos se ocupa ampliamente el padre Fray Gerónimo de Boscana.

Sin embargo, hay algunos que, como Constance Goddard Du Bois, consideran que el culto a "Changichnish", o "Chinigchinic", el Cuervo, era una verdadera religión.

Contra la opinión de Hittell, que asegura que los indios californios no tenían religión, ni concepto alguno de la divinidad o de la vida futura, ni ídolos, ni forma de culto, ni sacerdotes, ni concepciones filosóficas, ni tradiciones históricas, se ha opuesto la afirmación de Jeremías Curtin quien asegura que el indio de California, como el de todas partes creía que cualquier objeto era divino, excepto el hombre. Para A. L. Kroeber, acaso el mejor conocedor de los indios de California, estos "se encontraban en un estado animístico de pensamiento, en el que atribuían vida, inteligencia y especial poder supernatural, virtualmente a todo ser dotado de vida o sin vida".

Sea de todo esto lo que se quiera, a nosotros nos parece que lo más acertado es clasificar a los indios de las Californias, por sus manifestaciones espirituales y su manera de ser y de vivir, entre las culturas de los pueblos árticos de que nos habla Graebner en "El Mundo del Hombre Primitivo"; culturas a las que pueden señalárseles estas características: animismo,

influjo de los chamanes o curanderos con pretensiones de "mediúms"; ausencia de agricultura, substituida por la caza y la recolección; forma exterior cupular de las casas, con frecuencia hundidas en tierra o mejor dicho, construidas en torno y como continuación de fosos o pozos no muy profundos; nomadismo estacional, etc. Esta última característica no se encontraba entre los indios del Canal de Santa Bárbara y entre los indios de algunos otros lugares que vivían en aldeas de arraigo definitivo; pero entre la mayoría de indios californios sí existía cierto nomadismo ocasionado por la necesidad de recolectar, en diferentes lugares y según las estaciones, los alimentos necesarios.

51.—LA TELA DE PENELOPE

Al avistarse el paquebot "San Antonio" por primera vez por los indígenas de San Diego, los indígenas presintieron el advenimiento de una nueva era. Cuenta Junípero: "según han asegurado, contestes los indios, ahora que se les entiende la lengua, en aquel día se les eclipsó el sol, y tembló la tierra, con lo que junto con la vista del barco, pareciéndoles excesivo pa-

ra ballena, que a primera vista habían conceptualizado, se turbaron en gran manera, y sospecharon novedad grande..”

¿Quiénes eran aquellos seres? ¿De donde salían? Si Hugo Reid no inventa y realmente supo por tradición lo que refiere, los recién llegados parecieron dioses o semidioses a los Indios de Alta California; pero cuando vieron que uno de ellos mataba un pajarito con su arma de fuego, tuviéronlos por hombres, por hombres malvados. Cuando los vieron desfilar montados en mulas los juzgaron por hijos de mula, pues así como las mujeres indias cargaban con sus niños, entendían que las mulas también cargaban aquellos seres por ser sus críos...

A los hombres de la Nueva España los indios de la Alta California les causan impresiones diversas. Don Pedro Fajes, en su “Relación”, no mide a todos con el mismo rasero; porque a medida que recorre el país se le van presentando núcleos indígenas de diversos aspectos: unos son de color moreno, de “mala catadura y talle, sucios y desaliñados en su tanto, y mal parecidos en todo: suspicaces, amigos de la traición y muy poco de los españoles”; pero los habitantes del Río de los Temblores y los “playanos” inmediatos, los encuentra “blancos, pelirrubios y de buen parecer”;

los del rumbo de Santa Clara, le parecen “de buen talle y disposiciones muy ágiles y sueltos”, y aunque parezca mentira, encuentra algunos indios amantes del trabajo, pero deslucidos por “una gran codicia” y “cierta inclinación al tráfico y al negocio”, que hace pensar a Fajes que podría tenérseles como “los Chinos de América”.

Sólo para Junípero Serra, que no vé a los indios con ojos de militar ni de etnógrafo, sino con ojos de misionero para quienes todos los hombres son iguales, en definitiva, porque todos son hijos del Padre común que está en los cielos, todos los nativos de la Alta California son mansos y maleables como la cera, hasta los de San Diego, que Crespi califica tan duramente. Por eso escribe con insistencia al Colegio de San Fernando presentando la ocupación de California como la gran oportunidad para evangelizar: “La docilidad y mansedumbre de los gentiles convida a ello —asegura—, y aunque en algunas partes pinten algo en broncos, no es eso de cuydado; . . . algo se ha de tolerar por Dios”.

¿Cómo eran, en realidad, los indios de la Alta California? Desde luego no son las meras bestias omnívoras de Hittell. Jorge Vancouver, el gran navegante inglés, se acerca bastante a la verdad, cuando nos los presenta como una

mezcla o compuesto de "estupidez y de inocencia". Y dentro de estos dos extremos los misioneros van a enfrentarse con una movilidad y con una inconstancia y una inconsistencia espiritual que hará larga, insegura y desconcertante la labor evangelizadora.

Los indios californios que encuentra Junípero en Alta California, se encuentran en los primeros peldaños del primitivismo o, mejor dicho, en los últimos escalones de la degeneración. Por mucho tiempo los indios y los misioneros marcharán paralelamente, sin encontrarse; porque representan dos conceptos distintos de la vida y están en planos distintos. Siguiendo a W. Wund, podríamos decir que los misioneros representaban el pensamiento occidental, el pensamiento cultivado, penetrado todo él de elementos lógicos; mientras que los californios representaban el pensamiento predominantemente asociativo de los pueblos naturales. El pensamiento asociativo caótico y voluble, en que la noción de causalidad se reduce a simple noción de coexistencia, de simultaneidad. Para el primitivo (o para el degenerado, diremos los que no creemos en el evolucionismo) basta que dos cosas se presenten a sus ojos al mismo tiempo para que se les considere relacionadas. Por eso los californios, al ver al mismo tiempo a sus mujeres cargan-

do a sus hijos y a las mulas cargando a los hombres de la Nueva España, tienen a estos por hijos de mula, sin perjuicio de cambiar de parecer al cambiar de asociación de ideas.

Si a esta huidiza actitud mental de los indios, se agrega la inconstancia que les imponía el ir de aquí para allá en busca de alimentos, se comprenderá la enorme tarea que tenían frente a frente los hijos del Colegio de San Fernando.

Junípero comprendió desde un principio, que mientras no creara en la Alta California una agricultura para asegurar a los indios de una vez por todas alimento regular y abundante, su labor resultaría como la tela de Penélope. Junípero pintará en su viaje a México, informando acerca del estado de las misiones, este tejer y destejer que caracterizó la vida misional en su primera época. Hablando de los indios que había logrado bautizar (después de los esfuerzos inauditos por hacerlos comprender las verdades fundamentales del cristianismo) cuenta "cómo se daban algunas ausentadas de días" y cómo, cuando se les buscaba o volvían por ellos mismos, daban como disculpa de su huída "la necesidad de buscar qué comer, porque les parecía poca la leche de las vacas, con que los alimentábamos; y aunque veíamos que contra tal respuesta no había

réplica de fundamento, lo sentíamos mucho, porque venían de entre los gentiles tan otros que apenas los conocíamos”.

52.—LEON QUE SOLO A LA CALENTURA SE RINDE

De esta California insegura, precaria, frágil, pequeña, “pequeña como una gema” pero “grande como un destino”, partió Fray Junípero Serra para la Ciudad de México, embarcándose en el paquebot “San Carlos” el 20 de octubre de 1772, en el Puerto de San Diego.

El 20 de ese mismo mes, Fages le había transcrito parte de una comunicación de Bucareli, en que este Virrey, sorprendido por Fages, ponía prácticamente a los misioneros bajo las órdenes del Comandante militar y esta amenaza inminente para la suerte de las misiones, determinó el viaje, después que Serra lo consultó detenidamente con los Padres de San Diego y de haber celebrado una misa invocando las luces de lo alto.

Bancroft señala acertadamente las razones que impulsaban a Junípero para ir personalmente a tratar los asuntos de California con el nuevo Virrey; la ausencia del fundador y pro-

tector de aquellas misiones, D. José de Gálvez, quien había partido para España, hacía necesarios los más grandes esfuerzos en la Ciudad de México para mantener vivo el interés por las nuevas misiones; por otra parte, precisaba un cambio de la actitud de las autoridades y de los reglamentos locales para la mejor marcha de la California y era preciso saber "of what stuff Bucareli was made", dice Bancroft: de qué clase de gente era Bucareli.

Con Serra venía "la Hermana Llaga", compañera inseparable de sus andanzas, que los cirujanos de los barcos habían querido curarle y que él había defendido como un tesoro. Venía también un misterioso indito neófito que Serra traía consigo con secretos propósitos de que se hablará más adelante.

Junípero llegó a San Blas el 4 de noviembre. Se hospedó en el Hospicio de la Cruz de Tepic y desde allí, cayéndose y levantándose, emprendió un increíble viaje a la Ciudad de México. Enfermó en el camino de Tepic a Guadalajara; cayó en esta Ciudad en cama y estuvo a punto de morir; enfermo aún, se puso nuevamente en marcha y enfermó de nuevo de suma gravedad entre Guadalajara y Querétaro, llegando a esta última población dispuesta a sacramentarse y morir, pero surge de nuevo milagrosamente y convaleciente

de tabardillo, prosigue su viaje a México a donde llega el 3 de febrero de 1773.

El Guardián de Santa Cruz de Querétaro refirió años más tarde a Palou cómo en aquel Colegio se dió por muerto a Junípero, y este mismo, nos cuenta así las penalidades de su caminata: “esta venida a México me ha sido de mucho quebranto, pues de lo estropeado del camino llegué a la Ciudad de Guadalajara ardiendo en calentura, a pocos días me mandaron sacramentar y estuve mucho de peligro; después de que la calentura continúa quebró en tercianas, proseguí con ellas mi camino, y llegé a la Ciudad de Querétaro otra vez tan caído que también me mandaron sacramentar”.

En México siguió con estas alternativas. Fray Pablo Font escribe desde San Fernando a Fray Jaime Axaló, de la Provincia de Cataluña, admirado de la resistencia increíble de Junípero: “tan en breve lo hemos visto muerto como resucitado”.

Tenía entonces Serra más de sesenta años; pero ni los años ni las fatigas lo habían doblegado: “hombre de ancianidad muy venerable”, describe Font en la carta de referencia, “en medio de su larga y trabajada ancianidad, tiene las propiedades de león, que sólo a la calentura se rinde...”

58.—COMPLETO TRIUNFO DE
SERRA EN MEXICO

El triunfo de Junípero en México fué completo. Pájaros del mismo plumaje, Bucareli y Serra acabaron bien pronto por entenderse. Las dimensiones de los volúmenes de esta colección de "Vidas Mexicanas" no nos permiten ocuparnos ampliamente de los resultados obtenidos por Junípero con su viaje a México; por otra parte, la trascendencia de estos resultados en la Historia de California fué tan grande, que ya los historiadores norteamericanos, concediéndoles toda la importancia que merecen, los tienen minuciosamente estudiados y expuestos.

Habiéndole referido el Padre Serra al Virrey verbalmente la situación de las misiones y las medidas que estimaba pertinente se tomaran, Bucareli suplicó a Junípero formulara por escrito sus proposiciones concretas, y Junípero elevó al Virrey su famosa "representación" de 13 de marzo de 1773, con 32 proposiciones. Bucareli sometió el memorial de Serra, acompañado del parecer del Fiscal, a la junta de Guerra y de Real Hacienda la cual aprobó la mayor parte de las proposiciones de Serra.

Una de las cosas fundamentales propuestas por Junípero, y aprobadas por la junta, fué la declaración de que "el gobierno, mando y crianza de los indios bautizados tocaba privativamente a los padres misioneros", quedando obligados a comportarse con respecto de los mismos indios en la forma y términos que un buen padre de familia debe comportarse en el manejo de su casa, educación y corrección de sus hijos.

A la llegada de Junípero Serra a México, estaba a punto de suprimirse el apostadero o base naval de San Blas; Junípero llegó a tiempo para salvarlo, y para salvar acaso toda la maravillosa historia de nuestras exploraciones marinas de Monterrey hasta Alaska; exploraciones que se hicieron con San Blas como punto de partida y que, de haberse suprimido, tal vez no hubieran tenido lugar, ya que gracias a Serra no sólo se conservó el Apostadero, sino que la corona lo dotó de marinos tan notables como Don Francisco de la Bodega y Quadra.

Una simple conversación de Serra con Bucareli hizo a éste cambiar su opinión respecto de San Blas, y, a solicitud del Virrey, Serra escribió con fecha 22 de abril de 1773 su magnífico "Parecer sobre el modo más fácil y menos costoso de llevar víveres y avíos a Monte-

rrey", que remitido a Su Magestad y unido al peligro de la amenaza rusa, determinaron la conservación del apostadero y más tarde el envío a él de 7 oficiales de marina, tenientes de navío y fragata, alférez, pilotos, cirujanos y capellanes. (Un tanto del "Parecer" obra en el Archivo Gral. de la Nación.— Misiones, 12). La enumeración de las expediciones marinas al Noroeste con base en San Blas, evidenciará la importancia y trascendencia de la opinión de Junípero que salvó al apostadero.

Expedición de Juan Pérez en 1774, que descubrió Nutka; expedición de 1775 de Bruno Heceta, que subió hasta los 57 grados y Juan de la Bodega y Cuadra que remontó hasta los 58; la de Ignacio Arteaga, de 1779, que llegó hasta los 60 grados; la de 1788, de Esteban Martínez, que reconoció las costas de Alaska casi hasta el estrecho de Behring; la de 1789, del mismo Martínez, para la ocupación de Nutka; la de 1790, al mando de Francisco de Eliza, para fortificar Nutka, de donde salieron a su vez las expediciones de Fidalgo hasta Alaska y la de Quimper en reconocimiento del estrecho de Fuca, y las de las goletas "Sutil" y "Mexicana" y de Jacinto Camaño, que pusieron término a la leyenda de los estrechos.

A petición de la Junta de Guerra y de

Real Hacienda, Junípero presentó además, al Gobierno de la Nueva España, su "Informe sobre número de soldados y presente estado de las misiones de Monterrey", de fecha 21 de mayo de 1773 que obra también en el citado Tomo 12 del Ramo de Misiones del Archivo General de la Nación. Este documento es uno de los más preciosos para la historia de la Alta California.

Con las representaciones de Junípero como base principal, se mandó poner en vigor, por derecho del Virrey, de 24 de mayo de 1773, el "Reglamento e instrucción provisional para el auxilio y conservación de los Nuevos y antiguos Establecimientos de las Californias...", redactado por D. Juan José de Echeveste y que es la consagración en gran parte del pensamiento político y administrativo de Fray Junípero Serra.

54.—OTRA VEZ LOS RUSOS SOBRE CALIFORNIA

Junípero Serra pudo quedarse en la Ciudad de México a pasar tranquilamente sus últimos días. Lo hubieran hecho Guardián de San Fernando. Pero en sus oídos resonaba el

canto de las Californias, el canto fascinador de las sirenas, que lo llamaban desde lejos. "Allá es mi vivir, —le escribe Serra al Padre Miguel de Petra en Mallorca, avisándole que se vuelve a California—, y allá espero en Dios sea mi morir". La tierra remota, por él colonizada, reclamaba sus huesos. Por su parte el Padre Font, de quien hemos hablado, escribe al Padre Axaló, refiriéndose a la salida de Junípero para sus misiones: "Ahora vuelve a Monterrey, mil leguas de camino de mar y tierra, como quien no dice nada, a visitar aquellas misiones, y alegrarlas con su presencia y providencias que ha alcanzado, y a presidirlas, y fundar otras hasta que muera". Todo un programa.

Por el mes de septiembre de 1773 salió de México el Padre Serra rumbo a Tepic y San Blas, acompañado del P. Fray Pablo Mugarregui. En San Blas se preparaba la salida de dos barcos: el "Santiago", con provisiones para las misiones del Sur de la Alta California, y la nueva fragata "Santiago", alias "la Nueva Galicia", al mando de D. Juan Pérez, a quien en las instrucciones de 24 de diciembre del mismo año se le ordenaba que de Monterrey, a donde llevaría provisiones para dicho puerto y misiones del Norte de California, había de "tomar la altura que le pareciera conveniente con la con-

sideración de que su caída a la costa fuera a lo menos a los sesenta grados de latitud y, hecha así la recaída, vendría siguiéndola en demanda de Monterrey". (Arch. Gral. R. de Historia — 61). El registro de la costa tenía por objeto descubrir si había en ella establecimientos extranjeros, pues una carta del Conde de Lacy, Ministro de España en Rusia, fechada en San Petersburgo en 7 de febrero de 1773, anunciando nuevas expediciones rusas hacia América, había puesto de nuevo a la Corona de España sobre aviso.

Junípero no tenía la intención de embarcarse en la "Santiago" porque ésta no iba a hacer escala en San Diego y él necesitaba forzosamente llegar primeramente a aquel puerto. Pero D. Francisco de Hijoza escribió al Virrey en 10 de enero de 1774, que a la vista de la nueva Fragata se había entusiasmado el Padre Presidente de las Misiones de California y había decidido embarcarse en ella.

Así lo hizo y según el diario de bitácora de la fragata "Santiago" (Hist. 61, del Arch. Gral. de la Nación), Pérez se hizo a la vela a la media noche del 24 al 25 de enero de 1774.

55 —ROBINSON CRUSOE VUELVE
A SU ISLA

Junípero volvía feliz a su destierro. Había conseguido una nueva reglamentación para los nuevos establecimientos, casi a la medida de sus deseos, y retornaba con gran cantidad de provisiones, de instrumentos, de utensilios, de objetos indispensables para reemprender la vida de Robinsón que había llevado en la Alta California, mejor armado para la lucha. La "Santiago" cargaba para Monterrey, entre otras provisiones y mercaderías, 1,580 fanegas de maíz, 546 de frijol, 21 tercios de garbanzo, 25 cargas de panocha, 208 arrobas de carne, 200 cargas de costales de Ixmiquilpan, etc. Y el paquebot "San Antonio" salía también abarrotado de carga para San Diego.

En carta de 16 de enero le dice al Guardián desde Tepic: "voy cargado de herreros, con poco hierro "y ningún acero"; atribuye la anomalía a error de Echeveste, pero añade que ya pidió al Síndico de las misiones, le remita "quince quintales de lo primero y cinco de lo segundo".

Llevaba consigo también carpinteros y

había logrado que se decidiera a pasar a California el cirujano Don José Dávila para combatir el chamanismo con la medicina y para substituir al inolvidable D. Pedro Prat, que había fallecido.

Y en la larga travesía, preparaba para sus grandes planes futuros al misterioso indito Juan Evangelista, de 15 años, de la misión de Monterrey, que había llevado a México, donde había sido confirmado por el Ilmo. Sr. Arzobispo Peralta.

“Cuenta el Padre Serra que al acercarse a San Diego, comenzó a preparar a bordo del barco debidamente al indito, que había traído a México, para que difundiera en California lo que había visto. Le preguntó entonces qué se habían imaginado los suyos respecto del origen de los soldados y misioneros, y le contestó Juan Evangelista que unos creían que eran hijos de las mulas que los cargaban; que luego los viejos dijeron que habían salido de debajo de la tierra, que eran sus antepasados resucitados. Junípero le preguntó enseguida si después de haber estado en la Ciudad de México, y habiendo visto tanto esplendor y tanta gente vestida, seguía creyendo él en que las mulas parían hombres con cotona, y el joven indio le contestó: que no podía creer ya en semejantes cosas y que difundiría entre los suyos la verdad de lo que había visto”:

Ya veremos cómo este indio se convertirá de veras entre los suyos en un Juan Evangelista.

56.—UNA NUEVA ERA

A las 5 de la tarde del 12 de marzo de 1774, según su diario de navegación, la fragata "Santiago" quedó asegurada y bien armada frente al Puerto de San Diego. La víspera habían abordado el barco Fray Vicente Fuster y el sargento Carrillo, manifestando que desde agosto estaban a media ración y que en Monterrey "se hallaban algo peor, porque no tenían más ahorro que la leche de las vacas y lo que hallaban cazando".

Nunca los nuevos establecimientos —decían— habían sufrido mayor necesidad. Pero aquella hambre sería la última. Empezaba una nueva edad en que la California iba ya a bastarse a sí misma.

A su llegada, el Padre Serra se encontró ya en la Alta California a muchos de los religiosos franciscanos que habían ido allá después de entregar a los dominicos las misiones que ocupaban en la Baja California. En 30 de agosto, de 1773 habían llegado por tierra a San Diego, Fray Francisco Palou con los

Padres Gregorio Amurrio, Fermín Francisco de Lasuén, Juan Prestamero, Vicente Fuster y José Antonio Murgía.

Se cuenta que con motivo del IV Concilio de Letrán se encontraron en Roma San Francisco de Asís y Santo Domingo de Guzmán, y que éste le propuso a aquél:— “Sois mi compañero. Caminad conmigo, no nos separemos y ninguno podrá prevalecer contra nosotros”. Entre ambos quedó sellado un pacto de amistad que el Dante cantó en su Divina Comedia. Pero entre los franciscanos de la Alta California y los dominicos de la Baja California, la amistad no fué nunca, que digamos, muy estrecha. La Baja California no fué más que la providencia de la Alta. Afortunadamente ésta ya no necesitaba los cuidados maternales de aquélla. Había llegado a su mayoría de edad.

En lo temporal, a la llegada del Padre Serra de México, a pesar de las hambres de los últimos meses —debidas a una falla del paquebot “San Carlos”—, el porvenir para la Alta California era ya resueltamente risueño. Serra informa al Guardián desde San Diego, pocos días después de su llegada, que San Gabriel había levantado el año anterior 110 fanegas de maiz. Y hablándole de esta misión y la de San Diego, agrega: “Ambas misiones

tienen buenas y grandes cosechas de trigo". Las misiones hacia el norte, pintan no menos prósperas.

Mientras la ruta de la Baja California parece cerrarse, o por lo menos estrecharse (pues los nuevos ocupantes, los Padres Dominicos si no han clausurado del todo la puerta, antaño de par en par abierta, por lo menos la han entornado) una nueva y grande ruta parece abrirse por el rumbo de la desembocadura del Río Colorado. Serra comunica en la misma carta que la expedición de Juan Bautista de Anza y del padre Fr. Francisco Garces, del Apostólico Colegio de Santa Cruz de Querétaro, (que Serra apoyó cuando estuvo en México) había encontrado al fin el camino de Sonora y la Alta California.

Con Junípero Serra, que volvía nueva y definitivamente a California, para quedarse en ella para siempre, llegaba al fin, para aquellas tierras la prosperidad plena y fecunda.

57.—OPTIMISMO

El Padre Serra salió de San Diego rumbo a Monterrey el 14 de junio. Después de 6 días muy penosos, "por las muchas lluvias por arriba y atascaderos por abajo", llegó a la

próspera misión de S. Gabriel. Se detuvo allí 10 días y dejó "una familia de Guadalupe de carpintero y carpintera". En S. Diego había dejado una de "herrero y herrera". Salió el 22. El 28 se encontró con el gran explorador D. Juan Bautista de Anza, que bajaba de Monterrey a S. Gabriel, y, en un poblado de la canal, tuvieron una larga entrevista "habiendo estado una noche juntos". El 30 llegó a S. Luis, de donde salió el 4 de mayo y el 6 llegó a S. Antonio. De aquí salió el 9 y el 11 o el 12, (pues no está muy claro el número en la carta de Junípero de donde tomamos estos datos), de buena mañana", llegó al Presidio de Monterrey y luego a la misión de San Carlos, después de un año, ocho meses y dieciseis días de ausencia, con gusto de todos", viendo dice el propio Junípero, que después de tantos trabajos míos y de todos, teníamos en casa remedio de tantas penas, así por líneas de provisiones como de providencias".

En la misma carta de que nos venimos valiendo para dar estas noticias, y que está dirigida desde Monterrey, en 14 de junio de 1774, refiere Junípero: "Con la descarga de la fragata (la "Santiago", que había llegado a Monterrey) llenó el almacén sus troxes, y, por no haber todo, está hasta hoy en medio del patio del Real: un montón de más de 200

fanegas de maíz, sin miedo de ladrones”. Enseguida explica por qué no corre peligro que se roben lo que no ha podido ser guardado en el almacén: “Ya todos están hartos y sobrados”. Añade que del Real “vienen grandes rimeros de tortillas” que mandan los soldados a sus ahijados los neófitos de la misión, y que, aunque en ésta “se llena y vacía tres veces al día el cazo pozolero, no deja de quedarles a estos pobres su rincón donde meter las tortillas”.

Luego se ocupa de dar la noticia de la continuación del viaje de Pérez, que será como el prólogo de la admirable serie de expediciones marinas que harán el registro minucioso de las costas desde Monterrey hasta Alaska. Habla del viaje con una familiaridad y llaneza que asombra en estos días medrosos en que vivimos, encerrados dentro de las fronteras de un territorio enormemente empequeñecido, si se le compara con el que nos dejaron hombres como Serra. Cuenta que el 7 se hizo a la vela la fragata con los padres Fr. Juan Crespi y Fr. Tomás de la Peña como capellanes “de la expedición de descubrimiento que ya vulgarmente llaman acá ir a la Rusia”.

58.— LA CONQUISTA ESPIRITUAL

En el terreno de la conquista espiritual, Junípero no se muestra menos optimista.

“En esta misión —escribe al Virrey desde San Carlos de Monterrey en 26 de agosto de 1774— el ver un centenar entre niños y niñas casi de un mismo tamaño, cómo rezan y responden solitos a todas las preguntas de la Doctrina Christiana; cómo cantan, van vestidos de manta y sayal rayado, juegan contentos, y se pegan al Padre como si siempre lo hubiesen conocido, es espectáculo tierno y muy para alabar a Dios”.

Además de la gracia divina, tres factores —según Serra— contribuían grandemente al cambio de actitud espiritual que se observaba en los indios. Desde luego la influencia del indio Juan Evangelista que había vuelto de México contando maravillas. Serra, profundo conocedor del alma colectiva, había calculado bien los efectos que tenían que producir su plan de llevar en su compañía a la Nueva España un indio testigo que diera fé del país de la abundancia, de donde habían salido los conquistadores de la California; un indio para que testimoniara que el mundo era más grande de

lo que se imaginaban los viejos de su tierra y para que volviera luego entre los suyos contando lo que había visto en su largo viaje por ciudades populosas y campos ubérrimos.

También la llegada de mujeres novo-hispanas en los últimos barcos, había hecho su efecto y producido una honda impresión entre los indios. Los hombres blancos no salían del vientre de la mulas; los hombres blancos no brotaban como hongos del seno de la tierra. También había mujeres entre ellos y en gran número, de tal manera que no habían venido en busca de las mujeres indígenas porque allá lejos les hicieran falta.

“Parece —hace notar Junípero al Virrey— que con las noticias que ha esparcido el indito que agasajó Vuestra Excelencia durante su estancia en México), y haber visto venir en ambos barcos (los últimos llegados a California) mujeres del mismo porte e idioma de los hombres, han acabado de creer que hay otras tierras y que no hemos venido a buscar conveniencias, sino trabajos para bien de ellos, y así lo han dicho varios de ellos. “Ahora sí creemos, dicen, ahora sí”. De rancherías remotas y embreñadas entre la sierra, van cada día concurriendo...”

Junípero señala dos factores más: por una parte, el contagio mental y la imitación;

y por otra parte, la prosperidad naciente, la riqueza a la vista, que se entraba por los ojos con el verde tierno y prometedor, de las nuevas campiñas abiertas al cultivo: “Ven la Iglesia que está con aseo —prosigue Junípero — ven las milpas de maíz que están tan hermosísimas; tantos muchachos y demás gentes como ellos, vestidos, que cantan y comen en abundancia...”

Así soñaron la conquista de las nuevas tierras, Fray Bartolomé de las Casas, el agitador, y Fray Francisco de Vitoria, el creador del Derecho de Gentes.

59.—PERO FALTABA LA SANGRE

Las simientes que había llevado consigo Fray Juan Crespi, con solicitud casi femenina, habían fructificado y florecido varias veces en las nuevas misiones. Alta California había iniciado ya, en toda forma, su enriquecimiento, que todavía hoy prosigue con flores extrañas. Plantas y árboles que habían esperado en España durante siglos, durante milenios, la voz de la Reina Isabel para que se pusieran de nuevo en marcha, habían llegado y arraigado en la más remota de las

Californias, tras un largo y penoso peregrinar. Para que el peral llegara a fructificar en San Diego, según Carlos Pereyra, fué preciso que se fundaran cerca de doscientas poblaciones que le sirvieran como de postas en su viaje hacia el Noroeste. Por tramos, el camino de las nuevas plantas y de las nuevas semillas había coincidido con el sendero sangriento que dejó aquel grande carnicero que se llamó Nuño de Guzmán. Pero, por lo general, las rutas de dispersion coinciden con las rutas de la difusión del Evangelio. Las plantas y simientes siguen más bien en pos de los hombres de paz que de hombres de presa.

El Jesuíta Francisco Piccolo, el de las rosas de Castilla, había subido a cuestras, en un costal, por el espinazo de las bravías sierras bajacalifornianas, la simiente del trigo hasta avanzadas latitudes. Caído Piccolo, un franciscano, Fray Juan Crespi, iba a recoger el costal simbólico, y cargarlo sobre sus espaldas para llevarlo hasta la Nueva California. Episodio común y corriente en esa Carretera de las Antorchas que fué en nuestro país la civilización en marcha durante la época colonial. De las manos de cada misionero andariego, moribundo, otro misionero arrebatava el fuego sagrado para llevarlo más adelante, cada vez más adelante.

Pero aun faltaba en la Alta California aquello que Tertuliano llamaba semillero de cristianos: faltaba la sangre.

60.—LA SUBLEVACION DE SAN DIEGO

Serra había obtenido la remoción de Fages como Comandante. Para substituirlo se nombró, con repugnancia de Junípero, al Capitán Don Fernando de Rivera y Moncada. Tan luego como llegó éste de la Baja California a Monterrey, con soldados y familiares, el sábado 23 de marzo de 1774, comenzó el Presidente Serra a gestionar con él la fundación de las nuevas misiones acordadas por Bucareli. Pero no fué sino hasta el 12 de Agosto de 1775 en que, de común acuerdo con Serra, Rivera y Moncada, se avino a la fundación de la Misión de San Juan Capistrano. En 30 de Octubre, el P. Lasuen dijo misa en el lugar escogido y ocho días después llegaba el P. Amurrio, de la misión de San Gabriel, con el ganado. Pero la fundación en forma hubo de suspenderse por la sublevación de los indios en San Diego.

La noche del 4 al 5 de noviembre de 1775, cerca de mil paganos rodearon la Misión de San Diego de Alcalá y después de saquear la

sacristía y el almacén, le prendieron fuego, habiendo dado muerte al ministro de la misión, Fray Luis Jaime, un compatriota de Junípero, y al herrero José Romero.

Cuando la noticia llegó a Monterrey, Junípero lanzó al saberla esta exclamación mitad de júbilo y mitad de dolor.

“¡Gracias a Dios ya se regó aquella tierra; ahora sí se conseguirá la reducción de los Dieguinos!”

Se había regado sangre mártir.

61.—RECONSTRUCCION

La llegada de la expedición de Sonora con familias y ganados para la fundación de San Francisco California, al mando del Capitán Juan Bautista de Anza, y algunos otros asuntos urgentes, impidieron que Junípero bajara inmediatamente a S. Diego, pero su pensamiento estaba obsesionado por una sola palabra: ¡reconstrucción!

El 30 de junio de 1776 logró emprender el viaje aprovechando la oportunidad que se le presentó para embarcarse en el paquebot “El Príncipe”, que salió de Monterrey con carga para S. Diego.

Junípero era muy bien querido entre la gente de mar y fácilmente pudo ganarse el concurso de la marinería para sus proyectos de rehacer San Diego. Llegado a este lugar, el Capitán del barco D. Fernando Quiroz le proporcionó 20 marinos, el contra-maestre y carpinteros con tiendas, armas, provisiones para varios días, adoberas, botas, barras etc.; acto continuo, "la gente de mar comenzó a trabajar con gusto y empeño, entreverados (sic) indistintamente y sin melindre con los indios e todos los oficios".

Pero el espíritu envidioso, y mezquino del Comandante Rivera y Moncada no podía ver con buenos ojos aquella colaboración de los hombres de mar con los hombres del hábito de S. Francisco. Comenzó a echar pullas; "se dejó decir nuestro capitán que no saldría (Quiroz) con la obra". Picado el Capitán del "Príncipe", se mudó al lugar en que se reconstruía la misión con más gente y en tres días había cinco mil adobes, piedra, madera y demás materiales necesarios, y cuando se abrían los cimientos, Rivera y Moncada mandó que se retirara la gente.

Junípero fué a verlo; trató en vano de encontrar una fibra sensible en aquel rudo militar mediocre. Todo fué inútil. Junípero resume así su entrevista con él: "Dixe e hice

lo que pude. D.Fernando estuvo cabisbaxo, sin decirme nada...”

El campo fué desamparado; “lo que decían por el camino varios soldados y no soldados de acción tan cobarde —escribe Junípero— lo omito porque no remedia mi pena”.

Se contaba más tarde que al Capitán Quiroz, lanzando un suspiro, se le oyó decir.

—Estos diablos parece que tiran a que yo quiebre con los Padres.

Otra vez, una vez más, la lucha entre el ázoe y el oxígeno, La sola presencia de Junípero en algún lugar ozonizaba la atmósfera; pero a la “Señora Tropa”, como la llamaba el Padre Serra, le había encomendado el destino la misión de entorpecer, de malograr todas las empresas del gran misionero.

62.—SOLDADOS CONTRA MISIONEROS

La Historia de la Nueva California ha sido hasta aquí la lucha de Junípero contra D. Pedro Fages y contra D. Fernando de Rivera por la fundación de nuevas misiones; la Historia de la Nueva California va a seguir siendo en adelante la lucha de Junípero contra el propio Capitán Rivera y Moncada y el futuro

Gobernador, D. Felipe de Neve, por la fundación de más misiones. Siguiendo la vida de Junípero Serra, monótonamente irreprochable, llegan momentos en que nuestro deseo de humanizarle, le busca de propósito defectos y errores. Tuvo unos y otros; pero no siempre se acierta a señalar los auténticos que pudo tener, sino los se le inventan o inmerecidamente se le atribuyen. Los historiadores norteamericanos como Bancroft y Chapman, trabajados inconscientemente por el deseo de humanizar a Junípero, aprovechan la brillante oportunidad que les brinda el desacuerdo de Serra con los militares para ponerse, siquiera algunas veces, en contra del hombre fastidiosamente recto.

Eso sí, para tomar partido Bancroft, un tanto a favor de Neve, en contra de Junípero (hasta cierto grado) en el asunto de la prohibición de aquel a éste para administrar el sacramento de la confirmación, sin el pase impuesto por el Patronato, Bancroft se apresura a advertir: "Ningún ardiente hombre de iglesia, mantiene más exaltada opinión de la virtud de Junípero Serra; de su pureza de intención, de su abnegada devoción, de su industria y de su celo que yo... Pero..."

Confesamos que también nosotros hemos deseado, en ocasiones, estar alguna vez en

contra de Junípero, por el mismo afán de humanizarlo. Leyendo la correspondencia del Padre Lasuén, en el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, llegó un momento en que creímos poder realizar nuestros deseos. Hay una carta de Lasuén en que el feudo entre Serra y Rivera parece resolverse un poco favorablemente a favor del último; pues Lasuén abraza abiertamente la causa del Comandante, a quien llama: "tan christiano, tan prudente, tan discreto y tan acertado". Es cuando el Padre Lasuén quiere dejar a Junípero para irse de Capellán con Rivera y Moncada al Presidio. Pero cuando Lasuén logra su propósito de irse de capellán al Presidio, cuando trata de cerca a Rivera y Moncada, cuando se convence cómo tiene trabajada a la troja contra los misioneros, cuando se dá cuenta de cómo obstaculiza sistemáticamente las empresas misionales, Lasuén vuelve a Junípero, arrepentido y desilusionado, y escribe al Guardián que es imposible que por mediación de él, de Lasuén, se consiga el entendimiento entre Serra y Rivera y Moncada por la obstinación del comandante, y habla de "las ningunas esperanzas de adelantamiento alguno de estas conversiones con semejante Jefe"

El lema, que el Padre Mugártegui atribuye al Gobernador Neve, cuando escribe al

Guardián, en marzo 15 de 1779, desde San Juan Capistrano, que dicho Gobernador ha dado a sus soldados "una tan breve como admirable regla para su gobierno, de que nunca sean fraileros, ni se metan en complacer, ni dar gusto a frailes", parece ser no sólo la regla de Fages, Rivera y Neve, sino la clave de la hostilidad del elemento militar a Junípero. Los pomposos nombres de Comandante y Gobernador, resultaban desproporcionados en un país en que, fuera de las actividades de las misiones, nada existía. Los Comandantes Fages y Rivera, y el Gobernador Neve, al principio, no tenían sobre quienes mandar, sino sobre un puñado de soldados; por eso viven celosos del ascendiente de los religiosos sobre sus escasos subordinados, por eso sienten impulsos de invadir constantemente la jurisdicción de los misioneros y por envidia de ver crecer las misiones, se convierten en el peso muerto, en el lastre de la acción de Fray Junípero.

63.—FUNDACION DE LAS MISIONES DE SAN FRANCISCO, SAN JUAN CAPISTRANO Y SANTA CLARA DE ASIS

Pero contra la obstinación de Rivera y Moncada y luego, contra la sorda oposición de D. Felipe Neve, Junípero lleva a efecto su misión providencial.

Encontrado el camino entre Sonora y Alta California, como ya hemos visto, Juan Bautista de Anza volvió por donde había llegado, pasando a Sonora a organizar la expedición de colonos y ganado para la ocupación de San Francisco California. El 23 de octubre de 1775, salió de Horcacitas otra vez hacia la nueva California, al frente de 240 personas, entre soldados, colonos, vaqueros, mas una gran cantidad de ganado. Después de una marcha estupenda por los desiertos, llegó a la Misión de San Gabriel el 4 de enero de 1776, con 244 personas: 5 niños habían nacido durante la maravillosa e increíble caminata y sólo una mujer había muerto de parto.

Con gente de sobra para emprender la ocupación de la Bahía de San Francisco y con las órdenes terminantes de Bucareli, Rivera y Moncada, a pesar de su sistemática oposición

de que hizo víctima al mismo De Anza, tuvo que ordenar se diera cumplimiento a las fundaciones proyectadas; y José Joaquín Morga salió de Monterrey con las familias de soldados-colonos, acompañado de los Padres Palou y Cambón a fundar el Presidio y misiones ordenadas, llegando el 27 de junio de 1776. Según Chapman, el Presidio de San Francisco California fué dedicado formalmente el día 17 de Septiembre de ese mismo año y la Misión del mismo nombre fué fundada solemnemente el 9 de octubre; pero el Padre Palou, fundador de la misión, la da por prácticamente establecida y fundada en 1°. de agosto.

Serra no estuvo presente en virtud de andar por el Sur tratando de restablecer la misión de San Diego y edificar definitivamente la de San Juan Capistrano.

Con la llegada en 29 de septiembre de soldados y elementos de la Baja California, después del asalto de los indios a San Diego, —soldados reclutados en Guadalajara y conducidos por Guillermo Carrillo—, Rivera y Moncada no pudo seguir obstaculizando a Serra y dió su consentimiento para establecer San Juan Capistrano, saliendo el para el Norte, entre otras cosas para no presenciar el nuevo triunfo de Junípero.

Serra, con los Padres Fuster y Lasuén,

se puso manos a la obra y comenzó aceleradamente la reconstrucción de San Diego, con el concurso de los indios neófitos. Luego procedió al Norte, y acompañado de los Padres Murgartegui y Amurrio, se consagró a fundar definitivamente la Misión de San Juan Capistrano, y cuando llegaron al lugar donde antes había erigido Lasuén una cruz, en el primer intento de fundación, cruz que aún estaba de pie, desenterrando las campanas que habían ocultado en octubre de 1775, se improvisó una iglesia, y Junípero, dijo la primera misa de la misión fundada en toda forma (Engelhardt, "The Missions and Missionaries of California).

Urgido Rivera y Moncada por Bucareli, que ya daba por fundadas las dos misiones acordadas para la Bahía de San Francisco, después de una exploración que efectuó acompañado del Padre Peña, escogió un lugar que estimó a propósito "en el remate del brazo de mar del puerto de San Francisco, que corre el Sueste", como escribe Palou, y autorizó la fundación de la Misión de Santa Clara de Asís. El Padre Peña dijo allí la primer misa el 12 de enero de 1777.

64.—EL PADRE SERRA REALIZA UN SUEÑO VIVIDO.

En vista de la importancia que iba adquiriendo la Nueva California y el impulso que el Gobierno de la Nueva España quería darle, así como por la conducta obstaculizadora de Rivera y Moncada al Padre Serra y a la expedición colonizadora de D. Juan Bautista de Anza, se tomó la resolución de que D. Felipe de Neve, que había llegado a Loreto, Baja California, en 4 de marzo de 1775, como gobernador de las Californias, pasaba a establecer la sede de su gobierno a Monterrey, que se convirtió con gusto de Serra, en la cabecera de aquellas provincias.

Neve tenía instrucciones terminantes para que se establecieran las misiones intermedias entre Monterrey y San Diego en el Canal de Santa Bárbara, y se fundaran pueblos de españoles. Neve iba a fundar con gusto los pueblos de San José en el Norte y de los Angeles en el Sur porque ello significaba al fin la colonización civil de la Alta California y la creación de un mundo que el representante del poder temporal podía realmente tener bajo su autoridad y a su cargo. Pero para la funda-

ción de misiones se mostró tan renuente como sus antecesores.

Durante su administración, Junípero sólo logró fundar la misión de San Buenaventura, realizando así uno de sus sueños más largamente acariciados. Junípero vivía sus sueños. Y el de la fundación de San Buenaventura lo vivió desde que en la Baja California preparaba con el Visitador Galvez las futuras fundaciones, escogiendo y separando los ornamentos, campanas y vasos sagrados, para las nuevas iglesias que habían de edificarse. Para él un sueño no era sólo una telaraña inconsutil; era la nebulosa de la que nacía siempre una realidad. Así, tratándose de la misión de San Buenaventura, en sueños, le había llevado su contabilidad, porque soñado le había creado ya un patrimonio; tenía escogido el lugar "ab inicio", en un bello paraje junto al mar denominado "la Apuesta". San Buenaventura, en el ensueño fecundo de Junípero, era una entidad, que no siempre entendían los extraños, el Padre Mugartegui, ponemos por caso.

Leemos en una de las cartas de Serra cosas tan deliciosas y candorosas, como éstas, que parecen de niño que defiende el juguete predilecto:

"En lo tocante a la misión de S. Buenaventura, sentiría mucho que después de siete años que estoy ansiando por ella, y que por

mis manos compuse con el Padre Parrón en el Puerto de La Paz sus ornamentos y en todo este tiempo cuidando sus cosas, que ahora por sólo ahorrar el trabajo de enviar un juego de ornamentos se ha de quedar el lienzo del Santo rodando...”

En carta a Bucareli de 25 de diciembre de 1776, la manifiesta que para la Misión de San Buenaventura todo está listo, pues que ya va para siete años que tiene depositado el ganado en San Gabriel y sólo faltan dos campañas de colgar, no porque no las tuviera desde un principio, sino que las dió para la de San Juan Capistrano...

Durante la administración de Neve ocurre un acontecimiento trascendental para las misiones de la Alta California: esta provincia queda de derecho y de hecho, sobre todo después de muerto Bucareli, bajo la Comandancia General de las Provincias Internas, con asiento en Arizpe, Sonora. Esta Comandancia fué creada por Gálvez, al ocupar el puesto de Ministro General de las Indias. Substraídas así las Californias de la administración y mando del Virrey, Serra quedó a merced de Neve. Con él librará en sus últimos días una lucha mas grave que con Fages y Rivera: la lucha por la administración de las confirmaciones, cuestión creada por el Patronato Real fuerte-

mente saturado ya de regalismo borbónico, ya de regalismo francés.

Pero Neve concede a Serra realizar su viejo sueño. Había llegado a Monterrey en 3 de febrero de 1777. En noviembre de ese mismo año fundó el "pueblo de españoles" de San José, con 14 familias sacadas de Monterrey y San Francisco; y, en septiembre 4 de 1781, el Pueblo de los Angeles, en el Río de la Porcíncula, cerca de la misión de San Gabriel. Y no fué sino hasta febrero de 1782, cuando se decidió a hacerle el gusto a medias al Padre Serra de la fundación de la Canal. A medias, pues, sólo consintió que fundara la misión de San Buenaventura, y al fundarse el presidio de Santa Bárbara puso pretextos para no fundar los mismos del mismo nombre.

El Domingo de Pascua 31 de marzo de 1782, Junípero fundó solemnemente la misión de San Buenaventura en el paraje denominado "Assumpta"; dijo la primera misa bajo una enramada que se había improvisado, y vuelto hacia el mar, predicó acerca de la Resurrección.

Y frente al mar, sólo separado del mismo por dos o tres campos de maíz bajo el cielo espléndido de California, entre jardines y huertas de árboles frutales, la contempló lleno de admiración años más tarde Vancouver y le pareció la mejor de todas, la joya de las mi-

siones. El gran marino inglés no sabía el secreto de aquella belleza inusitada: San Buenaventura había sido el sueño más largamente acariciado de Junípero.

65.—JUNIPERO, PROVIDENCIA, ACTIVIDAD, EQUILIBRIO

Hemos relatado brevemente las últimas fundaciones de misiones por ser su historia bien conocida. Pero para relatar las prodigiosas actividades de Junípero durante esta misma época, se necesitaría un libro. Por carta patente de 7 de febrero de 1775, que le entregó De Anza, el Discretorio había querido restringir sus atribuciones y hasta cierto punto maniatarlo, debido a quejas de alguno o algunos de los misioneros, que consagrados por entero y exclusivamente a sus misiones respectivas, no se daban cuenta de las necesidades generales de todo el conjunto de misiones y la conveniencia de una dirección común que distribuyera los bienes y equilibrara las ventajas y desventajas. Pero Junípero Serra, con tacto exquisito pero decidido y enérgico, siguió siendo la providencia de todas las misiones, su regulador y su director. En una palabra, su Presidente.

Nada mejor para pintarnos este admirable papel de Junípero, que este trozo de una de sus propias cartas, de 26 de febrero de 1777, dirigida al Guardián:

“Escribí últimamente a V.R. desde la Misión de San Juan Capistrano el día 1°. de su fundación y el siguiente pasé a la de San Gabriel, hice reconocer y contar el ganado vacuno de San Buenaventura y con todo él me volví luego a dicha misión (de San Juan). Estuve en ella un mes y días, y les dexé ochenta y dos cabezas de dicha especie, que fué todo de dicha San Buenaventura; sus como doce mulas y lo demás que dirá el informe de herramientas, víveres, etc. . . Les quedó casa hecha con puerta y llave, Iglesiasita adelantada, corral; y nada mas de lo animal. De lo espiritual, les dejé intérprete y unos cathecúmenos, que dice el señor Gobernador ya son cuatro christianitos que tienen. Salí de allí y día 6 de diciembre llegué a la de S. Gabriel y como dos horas después llegó el P. Mugártegui que venía de San Luis con las mulas de esta misión y algunas de dicho San Luis, con víveres para la suya. Los que juntos a los que le había agenciado del almacén de San Diego, y algo de S. Gabriel, me quitaron el cuydado de cómo habían de pasar la vida. El que sí me quedó bueno (el cuidado) fué de la parte Mi-

sión de S. Diego, a la que nada valió el mérito de haber mantenido tanto tiempo de las limosnas de otras a quien (ha) sabido bien guardar (sic) intactos sus tres mil pesos de salario, comiendo de los cuatrocientos del pobre frayle. Ya; pero llegado que fuí a S. Luis, le pude sacar tres tercios de arina para aquellos pobres, y con la ayuda que supliqué a San Gabriel, y ahora últimamente al señor Gobernador, espero poder seguir su trabajo. La de S. Luis dió maíz para el P. Pablo, para San Juan Capistrano, lo que pudieron llevar las mulas: once fanegas de maíz y una de garbanzo; y en mi vuelta, me las cargaron con doce fanegas para la de Santa Clara y ya las entregué al Padre Munguia”.

66.—RUTINA EN LA AGONIA

En estas andanzas; en estas subidas y bajadas entre Monterrey y San Francisco; y bajadas y subidas entre Monterrey y San Diego, Junípero iba siempre por los caminos como un juglar o trovero del Señor, cantando con su potente voz cánticos sencillos, accesibles a los indios, cristianos y gentiles, que solían acompañarlo en sus cantos y en sus cami-

natas. Los indios salían a su encuentro y lo seguían luego por horas y horas y aun por días, hasta que los indios de otros poblados venían a su vez a buscarlo. Algunos se le acercaban familiarmente y poniendo sus manos en sus hombros le daban la bienvenida con las únicas palabras que sabían del español:— “¡Padre viejo!...¡Padre viejo!”, o le gritaban, desde largas distancias, al avistarlo, con una especie de saludo que Junípero había difundido a todo lo largo de las costas y aún tierra adentro como el primer lazo de unión entre los núcleos indígenas, antes en constante guerra entre sí. “¡Amar a Dios!”, breves palabras en español pacificador y unificador.

La gran bahía de S. Francisco fué el límite de sus correrías. Estuvo por allá dos veces: en septiembre y octubre de 1777, y a mediados de 1784. La primera vez, cuando conoció la espléndida bahía, ante la grandiosidad y la belleza de ésta, en uno de esos transportes de admiración que son también una suerte o especie de plegaria, exclamó lleno de gozo por el triunfo de haber llegado allí, y recordando el cordón de misiones que se extendía desde San Diego a Monterrey, y que no era más que una prolongación de la cadena de misiones de San José del Cabo a San Diego: “¡Gracias

a Dios! Ya nuestro Padre San Francisco con la santa cruz de la procesión de las misiones, llegó al último término del continente de la California, pues para pasar adelante, es necesaria embarcación”.

Cuenta Palou —que es a la vida de Junípero, toda proporción guardada, lo que “el Celano” es a la de San Francisco—, que en la última visita a las misiones del norte, presentía ya su trance final, a la inversa del otro Don Quijote, y se preparaba a bien morir.

A poco de su regreso a Monterrey, escribió a todos los ministros de las demás misiones, llamándoles para la despedida final... Sólo Palou pudo acudir a tiempo; pero lo vió practicar la rutina, de todos los días: cantar en el coro con los neófitos, proveer a la alimentación y vestido de sus indios y practicar todas las devociones y quehaceres ordinarios, con que creyó que Junípero no estaba de tanta gravedad. Por esas fechas había llegado barco al Puerto y Junípero acudió a su descarga, y de los géneros que traía comenzó a cortar con sus propias medidas los vestidos para cubrir las desnudeces de los indigenas.

Era que Junípero había domesticado el heroísmo a tal grado que lo heroico era en él una rutina cotidiana. En su agonía misma, Junípero seguía viviendo su rutina de años

y años. Pero Junípero agonizaba; de pie, pero agonizaba, "con mucha cargazón de pecho".

El 27 de agosto de 1784 lo visitó Palou en su celda: le halló con el breviario en la mano, rezando "Maitines" al amanecer, como era su costumbre. Luego pasó a la Iglesia por su pie, a recibir al Señor y cantó el **Tantum ergo Sacramento** "con su voz natural, tan sonora como cuando sano". La noche la pasó a ratos hincado de rodillas, reclinando el pecho contra la cama; y a ratos sentado en el suelo, reclinado en el regazo de los indios que habían llenado su celda para estar a su lado en los últimos momentos.

Cuando sano, por los caminos, sólo había acostumbrado para dormir, tender una frazada en el suelo para apoyar sus espaldas y sobre el pecho ponía siempre antes de entregarse al sueño una gran cruz de madera que llevaba siempre consigo. El 29 amaneció al parecer aliviado. Como a las 10 fueron a saludarlo el Capitán de la fragata recién llegada, José Cañizares, y otras gentes de mar y estuvo conversando en sus cinco sentidos con ellos, sentado en una silla de cañas...

67.—“LAUDATO SII, MIO SIGNORE, PER SORA NOSTRA MORTE NATURALE...”

Hacia el medio día del mencionado 28 de agosto de 1784, estando acompañado en su celda por los hombres de mar de que hemos hablado, interrumpiendo de pronto Junípero un largo silencio que se había hecho, se dirigió a Palou, sumamente inquieto, con estas palabras:

—Mucho miedo me ha entrado, mucho miedo tengo; léame la “Recomendación del Alma” y que sea en alta voz, que yo la oiga.

Así se hizo y de los labios de su discípulo y compañero, Francisco Palou, escuchó el tremendo “¡Proficiscere!” el “¡Sal de este mundo, alma cristiana!”... verdadero empujón hacia el abismo a la bestezuela medrosa que aún se aferra a la vida por un terco instinto de conservación.

Pero de los propios labios de su discípulo y compañero, oyó también las palabras apaciguadas y prometedoras:

“Que nuestra morada sea hoy en la paz y nuestra habitación en la Santa Sión”.

Al terminar la lectura, sosegado ya su espíritu, prorrumpió lleno de gozo: “Gracias

a Dios, ya se me quitó totalmente el miedo; gracias a Dios ya no hay miedo, y así, vamos afuera”.

Junípero Serra salió entonces, por última vez, a la gloria del día; deseaba sin duda despedirse, como San Francisco en el Monte Alborna, del mundo circundante, del paisaje familiar, de los hermanos menores.

Ya afuera, bajo el cielo y ante el mar, elevaría a Dios el Himno del Sol, plegaría que toda alma verdaderamente franciscana canta, aun sin palabras, con sólo ponerse en contacto con la Naturaleza:

—Alabado seas, mi Dios, alabado seas en todas tus criaturas y singularmente en nuestro excelso hermano el sol... (que esplendería a esa hora con toda su belleza en el cielo de la Alta California).

Luego, recordando acaso su remota, su bien amada Baja California, donde había aprendido a estimar como en ninguna otra parte del mundo a nuestra hermana el Agua, porque en ninguna otra parte cobra el agua tanto valor y es tan franciscana, prorrumpiría interiormente en acción de gracias:

—Alabado seas, Señor, por nuestra hermana el Agua, tan útil, tan humilde, tan preciosa y tan casta...

Y al llegar a la parte en que San Fran-

cisco canta a nuestra hermana la Muerte, en estrofa que añadió a su cántico en vísperas de su fallecimiento, pondría Junípero en ella todo el énfasis, todo el acento de su emoción en tramonto, para convertir su último trance en oración, su misma agonía en plegaria, y repetiría con Nuestro Padre San Francisco las palabras maravillosas:

—“Laudato sii, signore, per sora nostra morte naturale... “(¡Alabado seas, Mi señor, por nuestra hermana la Muerte natural!)

Después de este canto interior, sin palabras, sentándose Junípero en una silla, cogió el “Diurno” y se puso a rezar el Oficio.

“En cuanto concluyó —relata el padre Palou— le dije que era más de la una de la tarde, que si quería tomar una taza de caldo, y diciéndome que sí, lo tomó, y después de dadas gracias, dijo:

—Pues vamos ahora a descansar.

“Fué por su propio pie al cuartito donde tenía cama y tarima —prosigue su biógrafo y discípulo— y quitándose sólo el manto, se recostó sobre las tablas cubiertas con la frazada, con su santa cruz arriba dicha, para descansar. Todos pensamos que era para dormir, supuesto que toda la noche no había probado sueño. Salieron los señores (los marinos que habían ido a visitarle); pero estando (Palou)

con algun cuidado, al cabo de un rato volví a entrar, y arrimándome a la cama para ver si dormía lo hallé como poco antes lo había dejado, pero durmiendo ya en el Señor..."

68.—COMO UN SUEÑO GENTIL...

Con su muerte, Junípero Serra abre otra era en la Alta California; una era nueva que Herbert Howe Bancroft llama "the Golden Age of California", la Edad de Oro de California.

"Nunca antes o después —escribe el gran historiador norteamericano, refiriéndose a la California creada por Junípero — nunca antes ni después hubo en América un lugar en que la vida fuera como en California, un largo y alegre día de fiesta ("a long happy holiday"), un lugar con menos trabajos, menos preocupaciones e inquietudes; como en los viejos y dorados tiempos, bajo el signo de Cronos o de Saturno, la cosecha de los frutos de la tierra era la carga principal de la vida y la muerte sobrevénia sin decadencia, como un sueño gentil. (... "and death coming without decay, like a gentle sleep").

69.—JUNIPERO SERRA, CREADOR DE RIQUEZA

Phillip Stedman Sparkman, en un interesante estudio de la cultura de los Indios Luisños, que apareció en las publicaciones de *Arqueología y Etnografía* de las prensas universitarias de Berkeley, hace una lista larga y minuciosa de la variedad casi infinita de productos de la tierra a que apelaban los indios de la Alta California como alimentos para matar el hambre. La nómina demuestra que donde todo era comestible, se carecía en realidad de alimentos. De alimentos seguros y regularmente suficientes.

En ciertas estaciones había superabundancia de determinadas semillas o frutos silvestres. Pero por lo general la búsqueda del sustento era la obsesión del año entero. Esta ocupación casi única de la lucha por la vida; esta preocupación fisiológica privando por encima de cualquiera otra manifestación de vida, hacían del indígena de la Alta California una especie de bestia en hambre perpétua o lo adormilaba en hartazgos efímeros. Por eso Hittell pudo escribir con ciertos visos de razón que el indio era una mera bestia omní-

vora. "Riggers", escarbaadores, llaman los norteamericanos a estos indios, porque se pasaban la vida escarbando como los osos en busca de tubérculos y raíces...

Enfrentarse con este problema del hambre endémica fué la preocupación constante de Junípero desde el primer día que pisó la Nueva California.

Junípero Serra, que siempre vivió en la más absoluta pobreza franciscana fué ante todo un prodigioso creador de riqueza.

Porque la pobreza franciscana se circunscribe a la Orden "y sólo para ella es grave y vital", como dice el Seráfico Padre San Buenaventura. Así, (como el propio San Buenaventura afirma de la pobreza de San Francisco), la pobreza de Junípero fué copiosamente suficiente... Suplía con admirable virtud las cosas que faltaban, de manera que no fallaba ni el alimento, ni el agua, ni la casa, cuando faltaba la eficacia del dinero, del arte y de la naturaleza.

Porque la pobreza franciscana es de fruto oculto, pero muy abundante; es tesoro escondido...

Durante los primeros años, su labor parecía casi infructuosa; pero luego las semillas y los ganados fueron creciendo, primero en

proporción aritmética, y luego en proporción geométrica.

Podría darse una idea del ritmo extraordinariamente acelerado, del aumento a la dobla de la riqueza agro-pecuaria de la Alta California en torno de las misiones, reproduciendo aquí las cifras de los padrones o censos bienales que obran en el Archivo General de la Nación; pero mejor que la cifra muerta, preferimos pintar con la palabra viva y sencilla del mismo creador de esta prosperidad, la historia del grano de mostaza, la maravillosa historia de la parva semilla que nació difícilmente, pero que echó luego tallo y ramajes que cubrieron la California entera.

He aquí cómo nos habla Junípero de la hora cero; de la nada casi absoluta, de la que había de sacar el prodigioso florecimiento: "Lo que aquí se ha hecho—escribe allá muy a los principios, en carta a Palou de 21 de junio de 1771, desde la recién fundada misión de Monterrey — lo que aquí se ha hecho por parte de la misión, cuanto a campo, nada. Una huertecita hicimos aquí pegada que cercamos, y la cabaron los indios; se hicieron almácigos de un todo, porque el P. Fray Juan (Crespi) traía (desde la Baja California) muchas semillas. Todo nació bien, pero nada creció, y admirándonos de ello, vinimos des-

pués a conocer que aquella tierra, que no lo mostraba, estaba a sus tiempos cogida del estero, y así no sabe dar sino tule y ortigas”.

Los ensayos, los tanteos, se repitieron sin descanso. Se pagó el noviciado ineludible de la empresa nueva. Pero la oposición de la tierra iba a ser vencida a fuerza de paciencia, de observación y de trabajo.

Hablando Serra de la Misión San Gabriel, en el informe rendido en México, expone: “En medio de tantas tribulaciones, sembraron los padres el primer año su pedazo de trigo, que nació y pintaba muy bien; pero por falta de experiencia del terreno, lo sembraron en vaginal, y las muchas aguas que sobrevinieron lo anegaron, y se perdió. Lo que sí se logró felizmente, fué una huerta bien capaz, y cercada, la cual cuando yo pasé abundaba en varios géneros de verduras, melones, sandías, etc’ . . .

10.—¡SOMOS RICOS!

En carta a Bucareli de 2 de julio de 1775, Serra lanza desde Monterrey, un rotundo grito de victoria.

Junípero informa que la cosecha de la misión de San Carlos, del año anterior, fué

abundante; que se recogieron 20 fanegas de cebada; 125 de trigo, 150 de maíz, etc.; que “los pobres neófitos han comido y comen sin escaseces”; que comienza a motejarse que los misioneros anhelan hacerse ricos; pero que dejando a los demás la libertad de hablar y de decir lo que quieran, él espera que si el año anterior se levantaron 300 fanegas de semilla, para el año en que escribe pasarán de 600, “mientras —dice textualmente— las bocas y roturas del hábito que visto, predicán nuestra pobreza”.

De este triunfo no quiere compartir. Lo atribuye a la Providencia (“Dios sobre todo” es su expresión cotidiana) y al Virrey Bucareli: “Nuestro Señor —manifiesta a éste último— quiso dar a Vuestra Excelencia la gloria y el mérito de desterrar el hambre y la necesidad de esta tierra con las abundantes provisiones con que la llena, y luego después metió su Divina Magestad su mano poderosa echando el resto y sello de sus piedades”.

El “crescendo” de la abundancia, rebasará, poco después de la muerte de Junípero, las columnas de los padrones, de los censos, de las estadísticas. Don Francisco de Palou y Tamariz, a quien la codicia hizo en la época de la guerra de independencia enemigo de los misioneros, pone en conocimiento del Rey en

20 veinte de mayo de 1814: "Rica en producciones (la Alta California), en tal exceso, que se ignora el número de ganado vacuno, caballo y de lana que existe en aquella provincia, haciéndose indispensable repetir matanzas, sin embargo del que semanalmente se consume".

¡Qué diferencia abismal entre esta superabundancia y la penuria inicial! Con motivo de la llegada a la Alta California de la primera expedición de Sonora, la expedición exploradora en busca de camino, y ponderando los sacrificios que tuvieron que hacer entonces la misiones para alimentar a los expedicionarios, Junípero nos revela, en carta fechada en San Diego a 31 de marzo de 1774: "Ello sí, que las vacas que hasta aquí hemos guardado como las niñas de los ojos, contentándonos con su leche para que multipliquen, irán haciendo el gasto para que no perezcan nuestros hermanos de la Santa Cruz (de Querétaro) de hambre"... Vancouver ve en esta abnegación y severa economía la base de la riqueza pecuaria de la Alta California.

71.—VOCACION FRUTAL E INDUSTRIAL DE CALIFORNIA.

Hemos visto cómo vuelve Junípero de México “cargado de herreros y de carpinteros”. Pero no siempre cuentan él y sus hermanos con expertos en artes y oficios. Por eso viven una intensa vida de robinsones.

“La necesidad —escribe el viajero francés Dufлот de Maufras— los volvía industriales; causa asombro ver cómo con tan pocos recursos, lo más frecuentemente sin obreros europeos, con la ayuda de poblaciones salvajes, de una inteligencia casi nula y con frecuencia hostiles, hayan podido ejecutar, independientemente de sus trabajos de gran cultura, otras obras considerables de arquitectura, de mecánica, tales como molinos, máquinas y utensilios, puentes, rutas, canales de irrigación” . . .

Pero estos improvisadores no se contentaban con lo que les enseñaba la lucha por la vida; se preocupaban por transmitir los conocimientos adquiridos a los indios y colonos. De allí su estupenda labor educativa, que ha sabido apreciar debidamente Herbert Eugene Bolton. El gran historiador dice que la capilla era sólo una pequeña parte de la planta de la

misión; “en cada misión bien desarrollada —advierte— había un establecimiento industrial en el centro. No ha sido el educador moderno del siglo XX quien primeramente inventó el entrenamiento manual escolar en América. Dos o tres siglos antes de este educador, los misioneros franciscanos y jesuitas habían hecho ensayos con éxito de esta clase de instrucción sobre las dos terceras partes del hemisferio occidental”.

El éxito de estos ensayos, lo evidenciaron las huertas y los talleres de las misiones, de los que arranca la doble vocación frutal e industrial de la Alta California.

Los invasores norteamericanos de 1846 — 47, se admiraban a medida que avanzaban en la tierra conquistada de California, de las grandes huertas cultivadas por los religiosos. Hablando de la misión de San Luis Obispo, Ewin Bryant en su libro “What I Sow in California”, nos cuenta: “Hay allí grandes jardines, cercados por altos y substanciales muros, que contienen una gran variedad de árboles frutales y de arbustos. Ví naranjos, higos, palmas, olivos, parras...”

En S. Fernando, vió reunidas la mayor parte de las frutas y muchas de las plantas de los climas templados y subtropicales, y,

aunque no era ya la estación, vió que las rosas estaban en plena floración.

Tanto Bryant de Norte a Sur, como Dufлот de Maufras de Sur a Norte, fueron visitando los grandiosos falansterios que eran las misiones, cuando la secularización de Gómez Farías los había ya paralizado. Y ambos se sobrecogen de admiración ante la visión de las enormes salas desiertas, llenas todavía de la ruda, de la primitiva, pero —para su época y su medio— eficiente maquinaria, abandonada bajo los techos ya en ruinas y asediada por todas partes por la desolación del desierto que iba conquistando de nuevo la California.

72.—LA ARCADIA CRISTIANA

“Con tanta riqueza — escribe Dufлот de Maufras — se concibe fácilmente que los indios hayan sido dichosos, bien alimentados y bien vestidos...”

El resultado de tanta riqueza material, parejamente desarrollada con una riqueza espiritual, fué la creación de una especie de “Arcadia Feliz”, “Spanish Arcadia” la llama Nellie Sánchez van de Grift, quien le dedica un libro. Pero esta Arcadia no es como el Paraí-

so Guarani, de las misiones jesuitas del Paraguay, un Eden cerrado a los blancos, sino un abierto eden abierto a todos los hombres aún los marinos de todo el mundo, gente que caía sin arraigo bajo el hechizo de esta tierra, escribe Nellie Sanchez van de Grift, y como los antiguos comedores de loto, olvidan su hogar y su familia y se quedan a vivir al amparo de las misiones.

Hemos leído todos o la mayor parte de los ataques que se han hecho a los misioneros franciscanos de California, por nacionales y extranjeros: hemos visto el tremendo volumen número 12 de 1 "Ramo" del Archivo General de la Nación; los ataques del obispo de Guadalajara a los subordinados de Palou, las recriminaciones del Padre Horra a sus hermanos encabezados por Lasuén el admirable, y hemos visto los cargos que, repitiendo lo dicho por el Padre Horra, sin originalidad alguna, formula José María Padres, hechura de Gomez Farías, contra los misioneros de California para adueñarse de la enorme riqueza por ellos acumulada; pero contra estas críticas exageradas, contra estos ataques infundados o acusaciones interesadas, se levanta el testimonio de hombres de todas las naciones, de todos los credos, de todas las condiciones. Desde el aristócrata Langsdorff, aúlico con-

sejero del Zar de todas las Rusias, hasta J.B. Dy, cazador trampero del Kentucky, pasando por el capellán protestante Walter Colton y por Harrinson G. Rogers, “a sataunch Calvinist”, un convencido Calvinista, compañero de Jedeiah Smith. El elogio de la California Pastoral, como la llama Bancroft, se escapa espontáneo, o forzado, a pesar de todas las reservas, de los labios de Vancouver, de La Perousse, de Alcalá Galiano, de Malaspina, etc: y hasta de los hombres del “Rurik”. Y con el testimonio de todos estos visitantes de California, puede afirmarse, plenamente, que Junípero logró crear una Arcadia Cristiana, una Utopía como no la soñó Tomás Moro, una Ciudad del Sol sin las rigideces geométricas y absurdas de Campanella: un remedio de paraíso que acaso no tiene paralelo en la historia del mundo.

73.—“ALLEGRETO” DE LA SINFONIA PASTORAL

“Los californios eran el pueblo mas dichoso de la tierra, escribe el trampero kentuckiano J. Dy Gastan, su tiempo en un continuo círculo de placer y de fiestas, alegría y felicidad”. Y añade que California era el país sin

pobres; "Si alguna persona se presentaba tan pobre que no tuviera un caballo que montar, algún pariente o compadre le daba una espléndida montura, algún otro una silla, brida, reata y espuelas; un tercero una vaca lechera; algún otro un buey para comer, y así por el estilo; no había una necesidad que no pudiera satisfacerse..."

Para Walter Colton, no ha habido pueblo alguno que haya gozado tan completamente de la vida como los californios de la California Pastoral.

La exclamación de William Heath Davis, es la exclamación de todos los que vivieron entre aquellos hombres de la Arcadia Cristiana de Junípero: "Los nativos de California, son el pueblo más feliz que haya yo visto jamás".

Vivieron los californios, indios y novo-hispanoamericanos, tan jubilosamente su vida, tan llevaderamente, y en tal estado de inocencia paradisiaca, que parecen substraidos a la maldición bíblica: "Ganarás el pan con el sudor de tu frente"; el trabajo se hace sin fatigas, sin sobresaltos, sin angustias, y por momentos, es difícil decir donde termina la labor y donde comienza la fiesta, porque se entremezcla el trabajo con el pasatiempo.

Hablando Nellie Sánchez van der Gift de los "rodeos" anuales, tiene esta significativa expresión: "one hardly knows whether to list

them, among occupations or amusements''; no acierta uno donde clasificarlos, si entre las ocupaciones o entre las diversiones.

Hasta lavar la ropa era una fiesta —advierete la misma autora — y reproduce el relato de Doña Guadalupe Vallejo: Ir a lavar la ropa en comun era un pretexto para ir a hacer días de campo, comer en reunión, bailar al atardecer bajo las arboladas, y regresar en lentas carretas de bueyes, con los niños dormidos y cantando bajo la luna o bajo las estrellas.

Y lo mismo eran las ocupaciones de los indios: mitad trabajo, mitad fiesta, casi siempre con sentido religioso cuando eran las más trascendentes de la vida, como las de la recolección. En las cosechas de trigo, — por ejemplo — las últimas espigas segadas eran atadas en forma de cruz y llevadas en procesión por los indios hacia las iglesias, cantando y bajo el repique de las campanas echadas a vuelo, y salía a su encuentro el misionero debidamente revestido, con cruz alta, ciriales, incensario e hisopo para bendecir el nuevo grano de las eras y de los trojes henchidos.

74.—OLVIDO Y GLORIFICACION

La obra de Junípero no perdura en la Alta California como ruina, sino como cosa viva: se nota en la Nueva California, desde San Diego a San Francisco, la presencia ambiental de Junípero, como notó Ozanam la presencia de San Franciscó en Asís y como todo el mundo puede sentir la presencia de Don Vasco de Quiroga en torno de nuestro lago de Pátzcuaro.

Para los norteamericanos sigue tan viva la obra de Junípero, que todo el florecimiento actual de California no les parece sino una continuación de lo realizado por aquel gran misionero.

Por eso, a la inversa de nosotros que lo hemos olvidado totalmente; ellos lo han glorificado.

Lo más tremendo de los efectos del estado de espíritu que nos llevó a nosotros a la pérdida de aquellas lejanas provincias, no fué la merma de nuestro territorio, sino la pérdida de los valores morales que se necesitan para que un pueblo acierte a dar con sus verdaderos héroes y con sus auténticos grandes hombres.

Los norteamericanos sí han sabido comprender al Padre Serra y hacerlo suyo.

El Presidente de los Estados Unidos, con autorización del Congreso nacional, había invitado a cada uno de los Estados de la Unión a enviar al hall de la Casa de los Representantes del Capitolio de Washington dos estatuas, en mármol o en bronce, de sus ciudadanos muertos más ilustres por su renombre histórico o más notables por sus servicios cívicos o militares. Cuando el Estado de California consideró llegado el caso de aceptar la invitación, por "Resolución" adoptada por el Senado en 1.º de abril de 1927 y por la Asamblea en 21 del mismo mes, acordó enviar al National Statuary Hall del Capitolio de Washington a Junípero Serra y Thomas Starr King.

Y el Estado de California envió así al Capitolio de Washington, la estatua en tamaño heroico que levanta su cruz entre los más altos creadores de la grandeza de los Estados Unidos.

Isidore B. Dockweiler, en el discurso de dedicación de la estatua, pronunció en síntesis este supremo elogio del humilde franciscano: fué un hombre de grandeza en la simplicidad, de triunfo en el desaliento; su marca inextinguible perdura en la faz de California;

justicieramente se levanta aquí su estatua para edificación del futuro, en medio de los inmortales de nuestra Nación; su memoria no perecerá y su nombre será bendito de generación en generación.

INDICE

A manera de Prólogo.	7
000.—DESTINO.	12
1.—Un tal Miguel José Serre.	17
2.—Vocación.	20
3.—La marca de fuego.	23
4.—¡Vete por el mundo y maravíllate!.	26
5.—Junípero decide venir al Nuevo Mundo.	29
6.—El bautismo de mar.	32
7.—Con las naves quemadas.	36
00.—Frailes Andariegos.	39
8.—Fray Junípero, el trotamundos de la pata coja.	44
9.—“¡Quién nos trajera una selva de junípe- ros”!.	47
10.—Los Apostólicos Colegios de Propaganda Fide.	48
11.—Serra es enviado a la evangelización de los Pames.	51
12.—Cerco y asedio de Sierra Gorda.	53
13.—El hombre providencial.	56
14.—El problema de alimentar al lobo de Cubio.	58
15.—Llenando los trojes.	61
16.—Un jefe se ha forjado.	63
17.—La conquista de la Diosa Cachum, Madre del Sol.	65

18.—El hombre propone y Dios dispone.	68
19.—El orador.	69
0.—Baja California canta como la Sirena.	73
20.—Serra destinado a las Misiones de California.	78
21.—Junípero disputa a sus propios hermanos la Baja California.	81
22.—Polarización de fuerzas hacia el Noroeste	84
23.—D. José Gálvez sueña otra vez en el oro de la Reina Calafia.	86
24.—El gran Visitador en el Noroeste.	88
25.—Fracaso parcial de Gálvez en California.	91
26.—Serra hace suyo el proyecto de colonizar la Alta California.	95
27.—Las expediciones por mar y tierra a Monterrey.	98
28.—Junípero besa el suelo de la Baja California.	101
29.—El Espíritu está pronto, pero la Carne es flaca.	105
30.—El arribo de las expediciones a San Diego.	107
31.—Búsqueda de Monterrey y fundación de San Diego.	110
32.—La Bienvenida de las rosas.	113
33.—¡El puerto de Monterrey es un mito!.	117
34.—Vuelve la caravana de esqueletos.	120
35.—“Passar avant i mai retrocedir”.	122
36.—Las nuevas Cartas de Relación.	125
37.—Segunda búsqueda, hallazgo y toma de posesión de Monterrey.	128
38.—Erección del presidio y misión de San Carlos de Monterrey.	131
39.—Nace una arquitectura que conquistará al mundo.	132
40.—La Nueva Tierra de Promisión.	137
41.—El momento.	140

42.—Azoe contra oxígeno.	143
43.—Cosa de locos.	145
44.—Hombre del destino.	147
45.—Pequeñeces de Junípero.	149
46.—La grandiosa concepción juniperiana. . .	152
47.—Fundaciones de S. Antonio, S. Gabriel y S. Luis.	154
48.—La primera época de las Misiones en la Alta California.	158
49.—¡Madre California!.	161
50.—El elemento humano.	165
51.—La tela de Penélope.	169
52.—León que sólo a la calentura se rinde. . . .	174
53.—Completo triunfo de Serra en México. . . .	177
54.—Otra vez los rusos sobre California. . . .	180
55.—Robinson Crusoe vuelve a su isla. . . .	183
56.—Una Nueva Era.	185
57.—Optimismo.	187
58.—La Conquista Espiritual.	190
59.—Pero faltaba la sangre.	192
60.—La sublevación de San Diego.	194
61.—Reconstrucción.	195
62.—Soldados contra misioneros.	197
63.—Fundación de S. Francisco, S. Juan Caspis- trano y Sta. Clara de Asís.	201
64.—El Padre Serra realiza un sueño vívido. .	204
65.—Junípero, providencia, actividad, equilibrio.	208
66.—Rutina en la agonía.	210
67.—“Laudato sii, mio Signore, per Sora Nostra Morte Naturale”.	214
68.—Como un sueño gentil.	217
69.—Junípero Serra, creador de riqueza. . . .	218
70.—¡Somos ricos!	221
71.—Vocación frutal e industrial de California.	224
72.—La Arcadia Cristiana.	226
73.—“Allegreto” de la Sinfonía Pastoral. . . .	228
74.—Olvido y glorificación.	231

SE TERMINO DE
IMPRIMIR ESTA
OBRA EL DIA 21 DE
MAYO DE 1943, EN
LOS TALLERES DE
IMP. GRAFOS,
EN MEXICO, D. F.

VIDAS MEXICANAS

1. HERNAN CORTES, CREADOR DE
concelos.
LA NACIONALIDAD, por Josó Vas-
2. DOÑA MARINA, LA DAMA DE LA
CONQUISTA, por Federico Gómez de
Orozco.
3. GASTON DE RAOUSSET, CONQUIS-
TADOR DE SONORA, por Joaquín
Ramírez Cabañas.
4. DESASOSIEGOS DE FRAY SER-
VANDO, por Eduardo de Ontañón.
5. FRAY BARTOLOME DE LAS CA-
SAS, EL CONQUISTADOR CON-
QUISTADO, por Agustín Yañez.
6. MANUEL ACUÑA, POETA DE SU
SIGLO, por Benjamín Jarnés.
7. PONCIANO, EL TORERO CON BICO-
TES, por Armando de María y Campos.
8. FRAY JUNIPERO SERRA, CIVILI-
ZADOR DE LAS CALIFORNIAS, por
Pablo Herrera Carrillo.

PROXIMAMENTE :

- AMADO NERVO, por Bernardo Órtiz de
Montellano.
SAN FELIPE DE JESUS, por Eduardo
Enrique Ríos.
JUAN N. ALMONTE REGENTE DEL
IMPERIO, por Rafael F. Muñoz.
JUAN DIEGO, por Antonio Pompa y Pom-
pa.

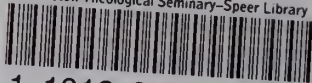
Y otras obras del mayor interés, escritas
por los mejores biógrafos.



E D I C I O N E S
X O C H I T L
M E X I C O

F864.S5 H47 1943
Fr. Junipero Serra : civilizador de las

Princeton Theological Seminary-Speer Library



1 1012 00202 2962

